

# El triturador de huesos

La segunda investigación  
del detective Brenner

**WOLF HAAS**

**Siruela/ Policiaca**



**WOLF HAAS**

**El triturador  
de huesos**



Ediciones Siruela

Wolf Haas

**El triturador de huesos**  
La segunda investigación  
del detective Brenner

Traducción del alemán de  
María Esperanza Romero

**Nuevos Tiempos Ediciones Siruela**

# Índice

## El triturador de huesos

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13

Créditos

# El triturador de huesos

¡Y dale!, ha vuelto a ocurrir algo.

La primavera, eso sí, es una época maravillosa, con poesía y todo; además cualquiera sabe que la primavera vida genera. De modo que al comienzo nadie quería creer que de repente iba a ser al revés.

Pero los tiempos cambian. Al final hubiéramos dado lo que fuera con tal de que la cosa hubiera mantenido la gravedad que pareció tener en un principio. Para entonces sólo habían pasado tres semanas y, como digo, aún estábamos en primavera; porque luego, vaya verano..., más pasado por agua que otro poco, sobre todo julio, un asco. En cambio la primavera, ¡qué delicia!

Y quien viera ahí a Brenner, sentado en el asador Löschenkohl, no habría adivinado fácilmente por qué diablos había ido a parar a esas latitudes. Le habría tomado más bien por un excursionista que aprovecha el día primaveral para darse una vuelta en coche por el este de Estiria.

Y seguro que hubiera sido más sensato hacer una excursión a aquella aletargada zona de viñedos. Disfrutar el paisaje, tomarse un vinito, comer un poco de pollo asado. Que no hace falta más para tener la sensación de que el mundo no está tan mal como pensamos.

En la vida entenderé cómo semejante cosa pudo haber pasado, precisamente aquí.

La primavera, sin embargo, tiene una fuerza tal que hace que el ser humano sienta sencillamente el pulso de la naturaleza y entonces, ya puedes estar vadeando en sangre hasta las rodillas que de un momento a otro piensas en el amor. Ahora mismo, por ejemplo, Brenner se encontraba de cuerpo presente en el asador Löschenkohl esperando su comida, pero sus pensamientos estaban en otra parte bien diferente. Calculaba cuánto tiempo hacía que su prometida lo había abandonado. Y lo creas o no, habían pasado doce años y medio.

Aunque no fue sólo la primavera la que hizo que lo recordara. Siempre que comía pollo, Brenner no podía por menos de pensar en Fini. En realidad se llamaba Josefine, pero, naturalmente, todos le decían Fini.

Y te juro que alguien a quien le guste tanto comer pollo como a la Fini no lo encuentras tan fácilmente. Porque cada semana la chica llegaba a comerse dos o tres de esos animalitos; era poco menos que adicta. Y roía los huesos que era un placer verla. Que unos caníbales no le llegarían al zancajo. Y nada más entrar al comedor del Löschenkohl Brenner tuvo a Fini ante sus ojos. Porque el Löschenkohl es un asadero de pollos, pero no uno cualquiera... Tú imagínate un almacén de muebles o uno de esos garajes para

aviones jumbo. Pues así, y luego piensa en ese garaje para aviones atestado de gente comiendo pollo asado.

Pero ahora alguien interrumpe a Brenner en sus cavilaciones, y no puede seguir pensando en Fini. Además, qué sentido tiene darle más vueltas al asunto. Porque no debes olvidar una cosa: el compromiso sólo duró dos semanas, de manera que lo que recordaba de ella no era mucho más que su manía de comer pollo y, por supuesto, sus tetas descomunales. Fini decía que era por la cantidad de hormonas que les echan a los pollos en la comida.

Pero ahora, fuera Fini, porque el viejo Löschenkohl se acerca a Brenner trayéndole su pollo empanado. Te preguntarás por qué es el viejo Löschenkohl el que le sirve personalmente el pollo a Brenner. Pues escucha con atención lo que te voy a decir, porque la cosa tiene gracia. El hombre le tiende la mano a Brenner y dice:

–Löschenkohl.

Brenner, levantando su trasero medio milímetro del banco de madera, dice:

–Brenner.

El viejo Löschenkohl se sienta a su mesa. Pero, claro, si a día de hoy dos toman asiento en una misma mesa y cada uno espera que el otro diga algo, la conversación se hace difícil.

–Buen provecho –llega a decir el viejo Löschenkohl, y ambos permanecen sentados uno frente al otro, sin despegar los labios, hasta que Brenner termina de comerse su primer trozo de pollo.

Porque no olvides una cosa. Un pollo del Löschenkohl consta de cuatro trozos, y cuando te has comido dos estás que revientas. Por eso cuando la camarera viene a cobrarte, siempre trae un pedazo de papel de aluminio, para que en tu casa tengas una buena merienda. De ahí la fama que tiene el Löschenkohl en toda Estiria, que hasta en Graz lo conocen. Incluso los vieneses se toman la molestia de bajar hasta aquí los fines de semana, cuando ya no saben qué hacer para saciar a sus voraces criaturas.

Y ahí tienes a Brenner, con medio pollo empanado y una cerveza delante y al viejo Löschenkohl enfrente, tomándose un chato de vino Löschenkohl porque el hombre tiene su propia viña detrás de la casa. Entretanto, Brenner espera tranquilamente a que el otro se decida por fin a tomar la palabra.

Pero éste no dice ni mu y se limita a mirar cómo su comensal se aplica a roer los huesos. El viejo tiene los carillos de un color francamente morado, de modo que si quisieras podrías contar todas y cada una de las venas, y su respiración es tan pesada que recuerda un desvencijado coche de correos. A la que Brenner acaba de comerse el primer trozo y deposita los huesos en el plato que le han colocado para tal efecto, el dueño del asador va y le dice:

–¿Qué le parece?

¿Se refería al pollo o a si Brenner aceptaba el encargo? Porque se trataba de uno de esos encargos que para aceptarlos tienes que pensártelo muy mucho. En cualquier caso, Brenner no habría podido contestar afirmativamente porque tenía la boca llena del empanado de un centímetro de grosor que cubría aquel pollo, y que saber, sabía a todo

menos a pollo.

–No me extraña que tenga usted tanta fama en todo el país –dice Brenner.

–Un poco menos de fama no vendría mal.

Löschenkohl eran tan alto que incluso sentado le sacaba a Brenner media cabeza. Hoy en día hay mucha gente alta y Brenner ya está acostumbrado a tener que levantar la mirada para dirigirse a personas más jóvenes. Pero antes la gente no crecía tanto. Y Brenner ahora recordaba que una vez, en una excursión cultural de la Escuela de Policía, habían visitado un castillo y en ese lugar todo era enorme, todo salvo la cama del dueño del castillo que no superaba en tamaño a la de una cuna.

Vete tú a saber si no se le ocurrió pensar en eso porque el viejo Löschenkohl tenía algo de..., no quiero decir majestuoso, pero sí de..., de venerable rey del pollo.

–¿Y entonces por qué quiere remover el avispero? –dice Brenner con todo y que, en realidad, no debería hablar con la boca llena.

–Lo que queremos es zanjar el asunto de una vez por todas.

–Pero el negocio marcha bien.

–El negocio sí.

–¿Cuántos pollos llega a vender en una semana?

–Diez mil si es buena, cinco mil si es mala.

–Y el problema entonces son los huesos.

–No, no. Con los huesos ya no tenemos problemas.

–Pero antes sí los tenían.

–Sí, antes ya se sabe. Hasta lo del incidente teníamos problemas con los huesos. Pero menuda multa la que tuvimos que pagar.

–¿Cuántos huesos le suponen diez mil pollos?

–Digamos que de un pollo el 40% son huesos. Pues... unas cuatro toneladas si la semana va bien.

–O sea casi una tonelada por día.

–Si la semana es buena.

–Y, claro, ya no daban abasto con los huesos.

–Eso antes. La empresa creció demasiado rápido, cada año una ampliación, para que Hacienda no te coma a impuestos. Y, claro, no dábamos abasto con los huesos.

–¿Y ahora?

–Ahora hace tiempo que tenemos la nueva moledora de huesos en el sótano. Y asunto arreglado.

–¿Pero la moledora también la tenían antes?

–Sí, pero una demasiado pequeña. Porque la empresa crecía y crecía y la máquina, claro, no crecía con ella.

A Brenner ahora le costaba cada vez más dar cuenta de aquel pollo empanado chorreante de grasa, pesadilla de cualquier vegetariano.

–¿Y quién se ocupaba entonces de la moledora de huesos?

–Pues el yugo.

–Y fue entonces el yugoslavo el que notó que había huesos grandes entre los de pollo.

–No, qué va. El yugo no notó nada porque aquí no tenemos sólo pollos, tenemos de todo. Un codillo de cerdo es igual de grande. De manera que el yugo no notó nada.

–Pero entonces ¿quién lo descubrió?

–Verá, se nos presentaron los de la Inspección Sanitaria. Porque ya no dábamos abasto con los huesos. Cada día teníamos más clientes y, obvio, cada día más huesos. De modo que el yugo cada día se retrasaba más con la moledora. Entonces, para evitar la peste los metimos en la cámara frigorífica. Y, claro, nos cayó la visita de la Sanitaria.

–¿Y ellos descubrieron el pollo?

–¿Que si descubrieron? Si un día te llega una visita de la Sanitaria, puedes estar seguro de que encontrarán algo. Te hacen sentir... que ni que fueras un auténtico criminal; sólo porque tienes un merendero de pollos.

Brenner ahora le hincaba el diente al muslo de pollo empanado porque, claro, si el dueño del local está sentado a tu mesa, tienes que hacer de tripas corazón, no puedes dejarte en el plato más de la mitad de lo que te han servido.

–Quiero decir un asador –se corrigió a sí mismo Löschenkohl–. Porque tenemos de todo, codillo y demás, aunque, claro, en un 90% pollo. Pero no crea, lo de los huesos de pollo no tenía por qué ser un problema. Le compramos al yugo una nueva moledora, quiero decir una más moderna, diez veces más potente, y ahora sólo tiene que darle al botón y sanseacabó. ¡Cójalo tranquilamente con la mano!

Lo decía refiriéndose al pollo de Brenner. Porque el viejo Löschenkohl veía que se complicaba un poco la vida hundiendo el cuchillo en el muslo unas veces por aquí, otras por allá.

–Lo que es un comedor de volatería siempre lo coge con la mano –dice el viejo. Pero Brenner era poco aficionado a la volatería y hubiera preferido comerse la mantecosa pata con cuchillo y tenedor. Pero el dueño venga a insistir–: Hasta en los mejores restaurantes permiten comer el pollo con las manos.

Ahora, antes de que el viejo se desvíe del tema, Brenner le hace caso, coge el pollo con la mano y dice:

–¿Y después?

–Después, claro, pasó lo de los huesos humanos.

–¿La Inspección Sanitaria le abrió expediente?

–¿La Inspección Sanitaria? Qué va. Lo que hicieron fue enviarnos enseguida a la Brigada Criminal.

–¡Ah!

–Porque tonto no fue el que nos echó el muerto entre la montaña de huesos. Porque dicho entre nosotros, lo que había antes era una auténtica montaña de huesos, cuando el yugo sólo tenía la moledora pequeña.

–Así y todo, salió a la luz.

–Nada salió a la luz, nada de nada. Hasta hoy la Brigada Criminal sigue sin encontrar rastro alguno. Ni siquiera han encontrado al dueño de los huesos. La Sanitaria esa sí que es eficiente, siempre encuentra algo. Pero lo que es la Criminal, ésa no encuentra ni la mitad de lo que descubre la otra.

A Brenner ahora el pollo le sabe mejor con cada mordisco que le pega. Al comienzo el sabor le resultaba un tanto extraño, pero, se ve que era cuestión de acostumbrarse, y como estaba tostadito y crujiente, pues perfecto. Eso era lo más importante. Porque Brenner no es lo que se dice un paladar fino. Así y todo a la mitad del segundo trozo tuvo que dejarlo, o sea que ni pensar en entrarle al tercero y menos al cuarto.

—¿Acaso no le gusta? —pregunta el viejo Löschenkohl ofendido. Aunque inmediatamente se ve que sólo se hace el ofendido. Porque, cuando un restaurador pone porciones tan grandes que sus comensales no llegan a acabárselas, evidentemente lo que siente es orgullo.

—Demasiado —resuella Brenner.

—Papel de aluminio no le traigo. Por la noche le serviremos otro —dice el viejo Löschenkohl—. Porque se quedará aquí, ¿verdad?

A Brenner esto le parece un poco precipitado. Ni siquiera ha conocido a la patrona que ayer lo llamó completamente desesperada.

—Primero tengo que hablar con la patrona.

—¿Con la patrona? —dice Löschenkohl como si jamás hubiera oído hablar de una patrona.

—Fue ella la que me llamó.

—Ah, quiere decir mi nuera. Sí, con ella también tiene que hablar. Se la hago venir enseguida.

El viejo se levanta y aprovecha para llevarse a la cocina el plato medio lleno de Brenner.

Pero la patrona, de momento, no aparece.

A Brenner lo puedes despertar en mitad de la noche y preguntarle quién ganó el descenso de esquí olímpico de 1976, y te dará cumplida respuesta. Porque aquel fue su primer año en la policía, y el día de la carrera tuvo que forzar la puerta de un cuarto de servicio de un hotel. Estaba a pie de calle, justo enfrente de la calle mayor de Hallein. Era más bien una especie de lavadero donde vivía el camarero que atendía el bar del cine.

Al otro lado de la calle había un grupo de personas paradas frente al escaparate de un negocio de electrodomésticos porque allí había televisores a color en cuyas pantallas se podía seguir la carrera olímpica. Y que Brenner y su compañero tardaran tanto en poder abrir la puerta se debió quizás a que una y otra vez interrumpían la tarea para echar un vistazo a la retransmisión.

Brenner hasta se acordaba de que su compañero se había rasgado la chaqueta del uniforme con un trozo de chapa. Aquel mismo compañero que años después se hizo traer una filipina de catálogo que sólo pesaba 40 kilos. Ya no recordaba su nombre, pero sí la pestilencia que se les vino encima cuando por fin lograron abrir la puerta. Un hedor que en su vida olvidará. Aunque el camarero sólo llevaba dos días muerto, y fuera la gente daba gritos de alegría porque el austríaco había logrado el mejor tiempo. Increíble el ruido que pueden armar cuatro gatos.

Sin embargo, ahora que el viejo Löschenkohl le abre el cuarto de servicio, lo creas o no, Brenner vuelve a sentir esa misma pestilencia bestial. Aunque cabe pensar que aquella vez en Hallein el pestazo se debía más al olor a queso y a sudor que despedían los calcetines y las camisas del camarero que a la descomposición del cadáver, piensa Brenner mientras abre la ventana.

Y a la que saca la cabeza, oye un fuerte ronroneo parecido al que produce una hormigonera; de modo que se da la vuelta y le dice al viejo Löschenkohl:

–Menudo ruido el que hace su cámara frigorífica.

–La cámara frigorífica está al otro lado, en el anexo. Es la más moderna de toda Estiria. Una inversión millonaria. Los intereses del préstamo me están comiendo. Pero oír no oyes nada en absoluto porque todo está computarizado; es una pasada.

Brenner no hizo ningún comentario, por lo que se oía tanto más el ronroneo.

–Lo que usted está oyendo es la moledora de huesos. Se la oye un poco. Pero peor es el ruido que hacen los pájaros al amanecer.

–Ya lo creo.

–Ahora en la primavera la algarabía que arman es impresionante. No puedo remediarlo.

Pero si necesita cualquier otra cosa... –dice el viejo Löschenkohl.

–No, no necesito nada.

Brenner se alegró de que el viejo se marchara. Volvió a acercarse a la ventana para reflexionar con tranquilidad. Tenía dos opciones: o cerrar la ventana y aguantar el mal olor, o dejarla abierta y oír el ruido de la moladora de huesos.

La tercera posibilidad era, obviamente, salir por piernas.

Lo que pasa es que si tú hoy quieres salir por piernas de algún sitio, tienes que hacerlo inmediatamente, sin tiempo que perder. Porque la costumbre es un mal enemigo y al día siguiente se te presenta cualquier imprevisto y al subsiguiente ya has empezado a acostumbrarte. Brenner lo sabía de sobra. La pega era que tenía pesadez de estómago por el pollo, de modo que decidió dar un paseo digestivo. Y, claro, paseando volvió a calmarse.

Quizá fue por el cálido sol de primavera, o por la idílica carretera apenas transitada, donde sólo pasaba un coche cada cinco minutos. O quizá se debió sencillamente a las verdes colinas porque dicen que el verdor tranquiliza los nervios. Tal vez en los países donde la policía viste uniformes verdes, los agentes son menos agresivos que donde llevan uniforme de otro color. Y a lo mejor la gente es más pacífica si tiene policías que van de verde. Vete tú a saber si entonces hay menos ultrajes a los agentes de la fuerza pública. Sería interesante saberlo.

A Brenner, sin embargo, el asunto lo traía sin cuidado. Hacía ya quince años que no llevaba uniforme y un año que había dejado el cuerpo. Ahora, caminando por los viñedos estirios pensaba en el gusto que daba pasear por ahí y en que tal vez no le vendría mal quedarse unos días.

En cualquier caso, el paraje no era tan solitario como le pareció al principio. Desde hacía un buen rato venía oyendo un fragor de mil demonios. Primero pensó que se lo estaba imaginando porque casi sonaba como si tras la colina hubiera un estadio de fútbol, igual que esos rugidos huracanados de los miles de espectadores. Y, cómo te diría, detrás de la colina había, en efecto, un estadio de fútbol en cuyas gradas de madera habría varios miles de aficionados, que hasta pensarías que en cualquier momento el estadio se vendría abajo aniquilando de golpe y porrazo a todo el pueblo de Klöch.

Cuando Brenner vio el cartel colgado al pie de la taquilla entendió por qué el equipo de un villorrio como éste podía tener tanto público.

Porque claro, la Copa es la Copa. Habiéndoles tocado Oberwart en el sorteo, los de Klöch se enfrentaban a un equipo de Segunda División, cuando ellos juegan cinco categorías por debajo. La Copa es, pues, la gran oportunidad de los pequeños. En tal tesitura todo equipo menor piensa que va a ser capaz de eliminar a Goliat de la Copa, o lo que es lo mismo, que saldrá a relucir su ira santa.

Ahora bien, partidos de esta índole suelen jugarse con un punto de brutalidad. Porque cuando los pequeños huelen su oportunidad, no conocen perdón. Esto no vale sólo para el fútbol, también es aplicable a los países, como cuando uno pequeño se ensaña al ver llegada la ocasión. Pero no me refiero ahora a Austria en especial, sino que hablo en términos generales.

Y el estadio de fútbol del Klöch se asemeja ahora a un auténtico infierno porque, cuando llega Brenner, el partido está a punto de terminar y el marcador sigue cero a cero. Dos o tres jugadores del Klöch están tumbados en el césped sufriendo calambres porque han echado los bofes. ¡Arriba, arriba! ¡Venga, a seguir! Y las estrellas del equipo de Oberwart chutando una y otra vez a la portería del Klöch. El guardameta, sin embargo, no te lo creerás: un auténtico mago. Y me quedo corto.

Luego, tremenda entrada de un defensa del Klöch, que hasta se oye cómo crujen los huesos. Entonces, a la que el árbitro expulsa al defensa, el público quiere lincharlo. Pero abajo está la policía. Y menos mal. Porque de inmediato se despliegan los agentes con los perros, y como a la multitud le tiemblan las carnes a la vista de los pastores alemanes, renuncia a linchar al imparcial.

Tras la prórroga el resultado sigue siendo de empate a cero. Y entonces, claro, llega la hora de los penaltis. En las filas del Oberwart juega Bacher, ex delantero de la selección, que se dispone a lanzar. El balón va a entrar en la escuadra. Mejor imposible. Pero el guardameta del Klöch, no veas, una maravilla, porque saca la pelota de la mismísima escuadra.

Y para qué explayarme, el caso es que los jugadores del Klöch, de categoría inferior, transforman todos los penaltis, eliminando a Oberwart de la Copa. Una euforia semejante, claro, termina contagiándote, y en el camino de vuelta, el humor de Brenner es bien distinto del que tenía a la ida. Cualquiera diría que con semejante alegría se te mejora la digestión. Pero a las siete, cuando el detective vuelve al Löschenkohl, sigue teniendo el pollo tan atravesado en el estómago que no siente apetito alguno.

No obstante, entra en el comedor del establecimiento. No para comer, pero sí porque piensa que ya va siendo hora de conocer a la patrona. La víspera lo apremió tanto al teléfono, que se le hubiera echado a llorar si Brenner no hubiese accedido a acudir. Y ahora no se le ve el pelo. Pero así son los jefes, iguales en todas partes del mundo, piensa Brenner, todos cortados por el mismo patrón.

En el comedor, en ese momento es la hora de máximo ajeteo: viernes por la noche y las masas comiendo a más no poder. A esta hora no voy a molestar a la patrona, piensa Brenner, y se sienta a la mesa de unos hinchas de fútbol borrachos porque no hay otro sitio libre.

—¿Le pongo un pollo?

Es la misma camarera de la tarde, que inmediatamente reconoce a Brenner y le atiende antes que a los demás, que llevan más tiempo esperando.

—No, gracias —dice Brenner.

—¿O prefiere un codillo? Los hacemos muy buenos.

—No, por Dios.

—Entonces, ¿costillitas de cerdo con patatas fritas?

—Sólo una cerveza —dice Brenner, que debe de tener una pinta muy lamentable porque la camarera le dirige una mirada alentadora y enseguida le trae su cerveza, antes incluso de tomar nota de los otros pedidos. Lleva una falda de cuero rojo ceñida como una piel de salchicha, pero es la amabilidad en persona, piensa Brenner, echándose de un sorbo

media cerveza al colete.

Hacia las nueve de la noche el negocio empieza a decaer, y cuando la camarera le pone la tercera cerveza, él le pregunta:

–¿Dónde anda la patrona?

–A la patrona no la he visto todavía.

–¿Cuándo viene?

–Ya debería estar.

Pero una vez despachada la tercera cerveza, la patrona sigue sin aparecer y Brenner acaba por cepillarse una milanesa sin una pizca de hambre. Es de esas personas que no pueden dormir si no han cenado. Cuestión de costumbre sencillamente, pero así es la gente, los unos no pueden dormir por empacho, los otros por desempacho.

Pues lo dicho, Brenner se zampa la milanesa y la riega con otra cerveza, y a las diez está ya tumbado en la cama del cuarto de servicio. O quizá habría que decir hamaca. Pero está tan cansado que no le molesta ya nada, ni siquiera el eterno ronroneo de la moladora de huesos.

Y es que hoy en día la gente se pasa con tanto tra-la-la en torno al dormir: que si hay que tener una cama superferolítica, que si todo tiene que ser ecológico, que, claro, ni una mosca ha de oírse; y la habitación explorada con el péndulo, pues lo ideal es que las venas de agua subterránea estén lejos del lugar donde los señores han tenido a bien poner a descansar su trasero. Y a fin de cuentas para qué, si luego ni soñar con un descanso tan profundo como el que Brenner, con medio asador en la barriga, ha tenido esta noche.

Pero cuanto más profundo es el sueño más difícil resulta el despertar. Ésa es la otra cara de la moneda.

Cuando a la mañana siguiente la camarera va a retirar la bandeja del desayuno de Brenner, constata que si bien el detective se ha bebido el café, el resto ha quedado tal cual. La mantequilla y la mermelada, envasadas al vacío en barritas de plástico como te las sirven hoy en día en todas partes, que ni que todos fuéramos a la luna. Pero no creas que a Brenner le molesta lo de esos envases porcionados, lo que pasa es que sencillamente en la mañana siempre tiene un mal genio de libro.

La camarera, en cambio, irradia una alegría tal que no parece normal.

–¿No ha comido usted nada? ¿Hubiera preferido una rebanada de queso?

–No, no. Está bien así.

–¿O un surtido de fiambre?

–¿Surtido de fiambre?

–Sí, o de embutido.

Brenner sabe, cómo no, lo que es un surtido de fiambre. Pero la palabra le hace pensar de nuevo en los huesos, o lo que es lo mismo, en toda la historia que le ha traído a este lugar y entonces, con su humor de perros, pregunta a la camarera:

–¿Se puede saber qué le pasa a su patrona?

–¿Qué le va a pasar?

–¿Dónde está?

–¿La patrona? No ha llegado todavía –dice sonriendo la camarera y se va, a paso corto

y ligero, hacia la cocina llevándose la bandeja del desayuno.

Brenner se alegra de que se haya marchado, así puede dedicar un rato a la lectura del periódico. Porque lo curioso es que siempre que te pones a ojear la gaceta local de un sitio, donde eres forastero, te encuentras con problemas que no te atañen en absoluto, y a decir verdad no hay nada más relajante. La mitad del periódico está lleno de noticias relacionadas con la victoria del Klöch en la Copa, incluida una foto del guardameta en portada, en la que éste ejecuta el paradón. Hazaña presenciada por 3.500 espectadores. Cuando el pueblo sólo tiene mil vecinos.

Por lo demás, hay pocas noticias que despierten el interés de Brenner, que ahora se está preguntando si ponerse o no con el crucigrama. Una costumbre que le viene de cuando era policía de tránsito. Por entonces podías darte con un canto en los dientes si en una noche de servicio alguna vez podías entretenerte en resolver un crucigrama.

Cosa no exenta de peligro, por cierto. A un compañero de Brenner lo pillaron una noche llenando todo un cuadernillo de crucigramas. Pero no te vayas a creer que era un as en resolverlos, simplemente había repetido la misma palabra: deprimido. Sólo que ésta no siempre encajaba en las casillas, fuesen horizontales o verticales. De modo que lo mandaron derechito a la jubilación anticipada con treinta y dos años. Ya ves tú, se diría que para un policía los peligros son un tiroteo o una persecución; pues no señor, se nos olvida el de los crucigramas.

No es que quiera afirmar que Brenner era un hombre de olfato. En el trabajo a menudo hubiera querido tenerlo. Un buen olfato y con él al delincuente en el saco. Pero éste no era uno de sus talentos, así como tampoco estaba especialmente dotado para la música o para los idiomas. Y menos para las matemáticas. Pues tampoco el instinto era su fuerte. ¿Por qué no admitirlo? Claro que en este momento, el olfato no le falló y decidió no ponerse a resolver el crucigrama.

En cambio, se dedicó a observar a la camarera envolviendo los cubiertos en las servilletas y sintió franca admiración al ver que alguien podía estar de tan buen humor a tan tempranas horas del día. Y es que, a decir verdad, los hombres en eso son iguales, preciso es reconocerlo, y Brenner, tres cuartos de lo mismo, porque piensa: si la camarera está como unas pascuas, debe de ser porque tiene un buen amante.

Pero, a ver, no olvides una cosa. La habitación de la camarera está justo al lado de la de Brenner; las separa tan sólo un delgado tabique de madera. Porque esto antes era la buhardilla y en algún momento, sin gastarse mucho dinero, decidieron reconvertirla en cuartos para el servicio. Ahora bien, esta noche Brenner ha dormido tan profundamente que no se ha percatado del grito de placer proferido por la camarera a las once y media. Aunque cuando estás dormido nunca dejas de oír algo. Inconscientemente. Y creo que fue por eso por lo que se le ocurrió pensar en el amante, mientras la observaba envolviendo los cubiertos.

Pero ¿a que es curioso? Cuando hoy en día observas a alguien que está de buen humor, éste se te contagia. O quizá no es que se produzca exactamente un contagio, pero sí algo por el estilo. Lo cierto es que ahora Brenner piensa si no tendrá algo de bueno el hecho de que la patrona no esté presente. Iré a echarle un vistazo a la moledora de

huesos en el sótano y a charlar un poco con el yugo, se dice.

El hecho de que bajara solo al sótano no despertó sospecha alguna, puesto que los lavabos también estaban allí. Unas instalaciones que no veas, como de aeropuerto, porque donde mucho se come, ya me dirás tú, se necesitan servicios sanitarios en forma. Y no se puede negar que en el Löschenkohl todo estaba como una patena.

De manera que pasa por delante de los lavabos aeroportuarios yendo tras el ronroneo de la moledora de huesos. A medida que avanza por el pasillo interminable, el ruido de la máquina sube de volumen. Finalmente llega a la puerta, y cuando la abre: ¡Virgen santísima, qué panorama! Está en un tris de echar el café del desayuno por la boca.

Primero sólo ve las espaldas del yugoslavo en medio de una montaña de huesos que le llegan hasta la cadera y con los que el hombre va alimentando la moledora casi tan larga como las quince cabinas que forman el lavabo para caballeros. Y el olor, ni te cuento. Tú imagínate los quince retretes juntos.

Por la corriente el yugo debe de haber notado que alguien ha abierto la puerta. Y cuando se da la vuelta sosteniendo en sus zarpas de guardameta, enormes como platos, unos cuantos costillares de pollo, Brenner enseguida reconoce en él al héroe de los penaltis.

–Ayer estuvo usted espléndido –dice Brenner. Porque considera que a los extranjeros hay que hablarles en un alemán correcto, de lo contrario nunca van a aprender la lengua.

–¿Perdón?

–Ayer. Usted espléndido.

–¿Perdón? Yo no hablar bien alemán.

–¡Felicitaciones! Oberwart no meterle gol –dice Brenner, y ya ves lo rápido que se esfuman los buenos propósitos. Pero la fórmula no tarda en surtir efecto.

–Oberwart no gol –dice el yugoslavo con una sonrisa de oreja a oreja. Brenner enseguida repara en que tiene una dentadura postiza, una completa prótesis dental. Porque, claro, esos guardametas tienen una vida peligrosa.

–Periódico decir: tú héroe de Klöch –dice Brenner.

–Yo no héroe.

–Pero periódico decir así.

El guardameta vuelve a lucir su sonrisa. Tiene la prótesis tan floja que no para de bailar cada vez que sonrío, dejando entre la encía y los dientes falsos un resquicio que absorbe la mirada del interlocutor. Tengo que abstenerme de hacerle bromas al portero, piensa Brenner. Pero, qué te voy a decir, el guardameta yugoslavo no deja de regocijarse por la victoria en la Copa y, sin que Brenner pronuncie siquiera una palabra, vuelve a enseñar los dientes de extremo a extremo de la cara y dice:

–Oberwart no gol. Prórroga no gol. Penaltis.

–Tú héroe de penaltis.

Y claro, de nuevo exhibición de dientes y el Kukident que brilla por su ausencia.

–Oberwart tres penaltis al carajo.

Así es la gente. En lugar de hablar con los extranjeros como es debido, les enseñan las palabras más soeces.

Brenner se acerca unos cuantos pasos al guardameta y, pese a que ha estado atento para no pisar ningún hueso, siente al instante un crujido bajo su pie izquierdo.

–Tú pasar a la segunda vuelta.

–5.000 chelines prima –dice el guardameta sonriendo.

–Tú pronto millonario.

–Yo millonario diez años antes. Primera liga yugoslava. Yo coche grande, pero todo el dinero...

–Al carajo. Ya sé.

–No, al carajo no. Yo construir casa bonita. Casi lista. Pero guardameta siempre peligroso. Delantero mala bestia. Pegar en mi cabeza, no en pelota. Yo todo roto. Cabeza roto. Yo dormido tres meses. Todo coser, implante platino. Yo dejar de jugar primer liga. Yo jugar Klöch. Klöch equipo bueno. 2.000 chelines fijo. Yo mandar dinero familia. Para seguir con casa. Yo pronto catorce años.

–Cuarenta.

–Sí, cuarenta. No, catorce. Cuarenta. Yo pronto no jugar más en Klöch. Luego a la mierda. Pero todavía poder. Todavía.

–Todavía Oberwart no gol.

–Todavía. 5.000 chelines prima mandar familia.

–Tú héroe.

–Yo no héroe –dice el hombre y luego Brenner oye el terrible rechinar de la moledora de huesos, cuando por fin el yugo introduce los costillares.

Esto vuelve a recordarle a Brenner el momento en que ayer hasta el último de los 3.500 espectadores oyó cómo crujieron los huesos del delantero del Oberwart. Sólo que ahora suena como si sucediera al revés. Es decir que tú como delantero oyes desde el césped que a los 3.500 espectadores se les rompen los huesos. Así más o menos suena la moledora, un ruido más bien desagradable, las cosas como son.

Ahora Brenner sale pitando, primero por el fragor de la máquina y segundo porque quiere por fin hablar con la patrona. ¿Qué hago yo metiendo mi nariz en los huesos de los pollos, cuando ni siquiera me han contratado como es debido?, piensa.

Pero cuando llega al piso superior la patrona sigue sin aparecer. De manera que, de un momento a otro, Brenner pierde los estribos. Y sinceramente tengo que decir que lo entiendo. Porque a ver: lo llama por teléfono, lo hace venir hasta aquí y cuando acude, ella, mutis por el foro.

Sube a su habitación y en dos minutos ha recogido sus bártulos. Porque así pasa con los buenazos, a la que se cogen un cabreo, ya no hay pero que valga.

Pero Brenner no sería Brenner si no llega a presentársele un imprevisto. Cuando ya está en el aparcamiento, piensa que el viejo Löschenkohl es un hombre decente, que suficiente castigo tiene con la que le ha caído encima y... de éste voy y me despido en un periquete.

Le llama la atención que enfrente del establecimiento hay un único coche, un Porsche gris plateado, de macarra farolero. Y cuando vuelve a entrar, oye los gritos desde el pasillo que conduce al comedor y, al abrir la puerta, ve a la camarera, al viejo

Löschenkohl y a un hombre desconocido, que no tiene para nada la pinta de ser el conductor de un Porsche. Tú, claro, dirás, ¿qué pinta tiene un conductor así? Y yo te contesto, lo mires por donde lo mires, no la del hijo de Löschenkohl.

–Mi mujer ha desaparecido –grita dirigiéndose inmediatamente a Brenner.

–Usted es...

–Löschenkohl –dice el hijo de Löschenkohl estrechando la mano de Brenner–. ¿Tampoco usted sabe dónde está mi mujer?

Brenner nota que tiene la mano muy blanda y que, a primera vista, no se parece en nada a su padre. Pero que es un hombre desagradable, eso sí se ve en el acto. Su forma de hablar, ¿sabes?, ofensiva y desafiante a la vez. Además está tan gordo e inflado que a su lado el padre de tez violácea parece lo que se dice un pimpollo.

Pero no es de extrañar que no se parezca al padre. Porque éste, nacido en el 29, con dieciséis años se alistó voluntariamente en los últimos días de la guerra y, aunque le hicieron pedazos el bajo vientre, salió mejor parado que los que no volvieron. Y puede que ése sea el secreto de su buena mano para los negocios, y que ésta, como suele sospecharse en la mayoría de comerciantes ambiciosos, tenga que ver con un pequeño problema. En cualquier caso, poco después de la guerra se casó con una mujer que ya tenía un hijo y a ese hijo ahora él le está parando los pies:

–Ya aparecerá. No es la primera vez que se despide a la francesa.

–Pero me llamó anteayer y me insistió en que no faltara a la cita de hoy por la mañana con el detective. Que también yo tenía que hablar con él.

Tendría unos cuarenta o cincuenta años, aunque a Brenner le recordaba al bebé que tuvo la mujer de Oberascher, que era en realidad de Schmeller, y todo el mundo lo sabía salvo Oberascher. Y, en efecto, Löschenkohl está hablando a su hijo como si fuera una criatura:

–Ése sí que es un problema, ¿comprendes? Hace venir al señor Brenner y ella le da esquinazo. Además no hay nada acordado, ni siquiera cuánto ha de cobrar el señor Brenner.

Ahora el bebé gigante vuelve a dirigirle a Brenner esa mirada ofendida y, en cambio, dice con redomada agresividad:

–¡Pida lo que quiera!

«El Porsche» está a punto de decir Brenner, sólo para divertirse.

Pero se muerde la lengua. La situación no está para bromas. Y observa cómo de los ojos de alcoholico de Löschenkohl júnior salen dos ríos de lágrimas. Entonces piensa: nada de guasa. Aunque ganas no le faltan.

Antes, cuando no todo el mundo podía permitirse el lujo de un televisor, la gente iba a la taberna a ver la tele. Y menudo acontecimiento, qué te crees tú. Mundial de fútbol en México y todo Klöch en el Löschenkohl. Y ni siquiera había sitio para todos cuando el brasileño mareó al italiano con su bailoteo.

Cuatro a uno, todavía lo recuerdo, y todos los vecinos del pueblo del lado del brasileño, porque ese Pelé era un mago. Completamente negro, un negro negrazo porque los hay más claros, pero Pelé, vamos, negro como el carbón. Y los ojos blancos y brillantes, y él, un artista, como no lo ha habido nunca más.

Ni lo habrá en mucho tiempo, porque a esa gente hoy en día le va demasiado bien. Si a día de hoy creces en un barrio de chabolas, tienes ya de todo, televisor a color, vídeo; la gente en esos lugares lo tiene todo. Y los chiquillos ya tampoco se emplean a fondo cuando juegan, les falta la motivación última si la chabola ya no es lo que era. A lo mejor llegan a ser buenos futbolistas, pero nunca serán lo que se dice un Pelé.

Por aquel entonces ni soñar con un televisor a color en el Löschenkohl. Y con los de blanco y negro, al comienzo podías estar contento si tenías imagen. Porque a menudo sucedía que o bien sólo tenías sonido, pero no imagen, o sólo imagen, pero no sonido. Y tenías un botón para decidir lo que preferías: una buena imagen o un buen sonido. La alternativa era optar por la solución intermedia: una imagen no tan buena, y en cambio un poco de sonido. Aunque también te podía tocar la fastidiosa raya en el medio de la pantalla: media imagen arriba de la raya y la otra media por debajo; y a Pelé, como quien dice, caminando con sus botas Puma por encima de su propia cabeza.

Aunque de eso hace ya mucho tiempo, hoy en día todo el mundo tiene su propio televisor en casa. Y los que entonces eran jóvenes, hoy son viejos. Con cada mundial vuelves a pensar que han pasado otros cuatro años. La vida, desde luego, es un soplo. Te compras una radio, luego un televisor, luego un vídeo. Después encargas un aparato de fax y el técnico que viene a instalártelo llama a la puerta, y tú sales a abrirle, pero resulta que no te encuentras al técnico sino al triturador de huesos que viene a por ti. ¿Acaso no es así, si hemos de ser sinceros?

Pero, a ver, no te me pongas triste. Porque aunque todo haya cambiado, una cosa sigue siendo igual, tal y como ha sido siempre. Y es que el último viernes de cada mes echan *Aktenzeichen XY*, aquel programa en directo de la segunda cadena alemana. Ése también es el motivo por el cual la noche del viernes en cuestión todo Klöch ha vuelto a congregarse frente al televisor en el Löschenkohl. Pues por una vez que Klöch aparece en la pantalla, hay que ir al Löschenkohl, ya me dirás. Porque ahora que la gente lo tiene

todo en casa, la soledad que la acompaña no siempre es divertida.

Ahora bien, el viejo Löschenkohl no recordaba haber visto nunca semejante afluencia de público en su establecimiento ni siquiera cuando le pusieron el primer televisor en las Navidades del 57. Y eso que Klöch tenía por entonces 123 habitantes más; porque sabrás que la gente joven ya no se queda en el pueblo, se largan a la ciudad o quién sabe adónde. Pero esa noche, de los que seguían allí, casi todos estaban. Incluso muchos niños, porque hoy en día a las criaturas se les deja mirar lo que sea en la tele. De modo que después no puede sorprenderte si ya en el parvulario comienzan a volarse la tapa de los sesos.

Las camareras estaban tan estresadas que ni te cuento. Que si cuatro medios pollos para la mesa tal, que si codillo para todos los de la mesa cual, que si seis cervezas aquí y una tarta de la casa allá y patatas fritas para los niños. Y por supuesto, los clientes a cuál más impaciente. ¿Qué pasa con mi codillo? Oiga, que le he pedido una limonada. ¿Dónde para mi milanesa? ¿Ya le habéis quitado las plumas a mi pollo o qué?

Luego la música de *Aktenzeichen XY* y de golpe todo el mundo en silencio. De modo que nadie tiene que ordenar que se callen, en cuanto empieza el programa todo el comedor está sumido en el silencio más absoluto. Porque la piel de un pollo asado no tiene comparación con la piel de gallina que se te pone al oír la música de ese programa.

Pero cuando todos están esperando que Eduard Zimmermann, el presentador, tome la palabra, va Jacky y dice a voz en cuello desde el fondo de la sala como si todos los vecinos hubieran venido a escucharle a él:

–Eduard Zimmermann, genio y figura. Ese tipo nunca cambia. Hasta creerías que es un delincuente operado, que un día asaltó un tren y luego se operó la cara para que nadie lo reconociera. Y ahora se ha quedado así para siempre.

Brenner ya conocía a Jacky. Era el hijo de la mujer de los lavabos del Löschenkohl y se pasaba el día apostado en la barra con una cerveza en la mano conversando con la gente. En ese momento los de Klöch se vuelven para lanzarle una mirada de enojo, pero él no ha terminado:

–No sería mal camuflaje, el de presentador del mismísimo *Aktenzeichen XY*. Meterte en la boca del lobo, como quien dice. Pero por otra parte, con las huellas dactilares le hubieran descubierto enseguida y, claro, derecho a la cárcel se va Eduard, el Operado.

Pero le siguieron los «Chist», «Silencio», «Cierra el pico» y demás interjecciones no tan educadas. Brenner se admiró de que le cortaran de este modo la palabra porque, a decir verdad, Jacky le había caído simpático. El primer día incluso pensó que era el hijo del jefe. Y oye, no me extraña que Brenner lo haya creído.

Era bien percido, tenía la pinta de ese *latin lover* con el que sueñan las mujeres y que luego las decepciona por no estar a la altura. Pero eso a mí me trae sin cuidado. El caso es que Jacky con sus 30 años ya tenía mechones plateados en su pelo azabache y siempre vestía americana. La sola prenda le daba aires de jefe, y, claro, también el hecho de que se pusiera a hablar con todo el que se asomara por allí, al estilo de los viejos taberneros.

Pero ahora el viejo Löschenkohl se inclina sobre la barra y le susurra algo al oído.

Entonces, vuelve la calma. Porque el viejo es famoso por su capacidad de poner orden. Cuando en su establecimiento un borracho se pone pesado, él inmediatamente: venga, a pagar y largo de aquí. Jacky enseguida comprendió y Eduard Zimmermann pudo comenzar.

Primero repasa los casos tratados en la última edición del programa e informa sobre los avances conseguidos; por ejemplo, la captura de un alemán, falsificador de dinero, en la Suiza francesa. Los helvéticos, por supuesto, no se andan con chiquitas, de modo que al alemán: ala, a tu país, a tu área de máxima seguridad. Por lo demás, ninguna novedad, y el presentador da comienzo a la exposición de los nuevos casos.

–A ver, Sabine, ¿qué nos cuentas? –dice Eduard Zimmermann, porque este hombre es muy de su familia, y como tal se ha preocupado de instruir a su propia hija, a Sabine, en los pormenores del oficio. Ahora ella también se dedica a la caza de delincuentes; es un encanto de chica, y ahora el padre la invita a anunciar al siguiente asesino.

Y empieza el primer docudrama. Siempre hay tres en cada emisión y entre uno y otro van presentando los retratos de delincuentes de poca monta, aunque los docudramas son el plato fuerte del programa. Uno, por lo general, muestra una violación; el otro, un asesinato; y en el tercero, el protagonista suele salvarse por los pelos, pero por desgracia ha quedado paralítico.

El primer docudrama aún no es el de Klöch. De manera que, como disminuye un poco la tensión en el comedor, uno puede acabarse su pollo tranquilamente. Porque el docudrama que están mostrando trata de una niña de dieciséis años que se halla desaparecida. Tú imagínate, iba cada día en el autobús escolar al instituto. Al menos eso creían sus padres. Pero qué va, no te lo pierdas, en realidad ejercía de prostituta de lujo en Hamburgo. Y aquí tenemos su bolso, y para cualquier información que pueda facilitarnos al respecto comuníquese con la Brigada Criminal de Neumünster, le espera una recompensa de 10.000 marcos.

Normalmente una cosa así hubiera alborotado a los de Klöch, pero hoy todos estaban pendientes del docudrama que tenía que ver con ellos. Empieza el segundo y tampoco es el de Klöch. Luego va a empezar el tercero y el suspense se hace insoportable cuando Eduard Zimmermann dice:

–Un crimen especialmente misterioso fue descubierto en marzo del año pasado en «Ostreich».

Y más le valía no haber pronunciado la palabra. Tendría que haberse informado antes de cómo se pronuncia bien el nombre de este país.

–Se dice «Öster–Reich» y no «Ostreich» –vociferan al unísono desde varias mesas.

Porque cuando eres de un país pequeño, no te gusta que encima le quiten una sílaba al nombre de tu país. Aunque puede que no haya sido tanto por la sílaba, sino más bien por la tensión acumulada, que en ese momento encuentra una válvula de escape. Sin embargo, Eduard Zimmermann continúa impertérrito:

–Adelante, Peter Nidetzky, desde nuestro estudio en Viena.

–Éste también ha envejecido desde la llegada a la luna –dice Jacky. Porque recordarás que Nidetzky fue el periodista encargado de comentar en la televisión la llegada del

hombre a la luna en 1969. Sólo que cuando los alunizajes pasaron de moda, a Nidetzky lo relegaron a comentarista de hípica de adiestramiento, que, digan lo que digan, no puede compararse con los alunizajes. Y lo mismo sucede en *Aktenzeichen XY*, Nidetzky sigue confinado a escenarios de segunda. Pocas son las ocasiones en que el programa conecta con Viena y raras las veces en que de ahí sale algo que valga la pena. Si acaso desde Suiza el responsable aporta, de cuando en cuando, algún caso con envidia, pero desde Viena, que yo recuerde, casi nunca.

De manera que para Peter Nidetzky éste es un gran día. Años enteros con la consabida hípica de adiestramiento y ahora su voz resuena de nuevo con la misma excitación que rezumaba cuando comentó el primer aterrizaje en la luna.

–Klöch es un pueblecito dormido al este de Estiria, pegado a la frontera con Hungría y Eslovenia. Enclavado en un paisaje de suaves y apacibles colinas que a los austríacos nos evoca un idilio de excepcional pureza difícil de encontrar hoy en día. Ubicada cerca de la famosa Toscana estiria, la ruta del vino de Klöch goza de una popularidad que aumenta cada año. Por consiguiente, son cada vez más numerosos los merenderos para excursionistas y las idílicas tabernas de vino joven que ofrece la región. La más grande y conocida de ellas es el asador Löschenkohl, situado en Klöch, localidad de 1.000 habitantes y escenario, el año pasado, de ese hallazgo que hace pensar en todo menos en un paraíso terrenal.

En estos momentos los habitantes de Klöch hubieran podido entrar en el libro de los récords: 500 personas metidas en una sala sin chistar porque en ese momento ni siquiera se atreverían a pegar un mordisco a su muslo de pollo. Parecen atornillados a sus asientos, no beben un sorbo de cerveza, no mueven un músculo de la cara, mientras Peter Nidetzky ofrece su relato imprimiendo a su voz un tono de máxima seriedad.

Su referencia al «paraíso terrenal» lo convierte, como quien dice ipso facto, en un pájaro que ensucia su propio nido. Pues eso de tirar piedras al propio tejado está mal visto aquí, en la China y en la Cochinchina. Porque en este asunto los de Klöch están muy de acuerdo, los huesos se los colocó alguien de fuera.

Pero entonces ya comienza el docudrama y el locutor de la conocida voz opaca dice:

–Lunes 23 de octubre de 1995. Klöch es una localidad situada al este de Estiria. Estamos en el asador Löschenkohl, popular destino de excursionistas.

Ahora los de Klöch tienen una experiencia singular. Cuando tú, a día de hoy, ves un programa en la tele, lo normal es que te transportes, quieras que no, al lugar de los hechos. Y en la pantalla aparece la fachada del asador. Mientras que los de Klöch están sentados en su interior. Sensación extraña esa de estar dentro y fuera a la vez, o lo que es lo mismo, esquizofrenia.

Y quién sabe si es ése el motivo por el que Egger tira su vaso cerveza justo en ese momento.

Se produce un breve alboroto, pero luego, los espectadores ven el interior del asador, y al viejo Löschenkohl haciendo su aparición. Aunque no ven al auténtico, porque éste, siempre dueño y señor de lo que le rodea, se halla junto a la barra manejando el mando a distancia y regulando el volumen para que todo pueda oírse con la mayor nitidez posible.

El que aparece es, pues, un actor que hace de Löschenkohl.

–Desde su juventud, Friedrich Löschenkohl, de 67 años de edad, es propietario de un asador en esta localidad. Él mismo se ha encargado de convertir con el paso de los años el que fuera un modesto merendero en todo un pujante establecimiento gastronómico.

El doble de Löschenkohl le sirve ahora a un cliente un pollo asado bien crujiente; lo que se aprecia incluso en la pantalla. Pero el actor no se parece en nada al Löschenkohl de verdad. Es un auténtico enano comparado con el tabernero de casi dos metros de altura que ahora sostiene el mando a distancia. Aunque el traje regional que lleva sí que concuerda. Pero habla demasiado porque el Löschenkohl real es lo que se dice un estoico de tomo y lomo, tirando más bien a budista.

Luego, cuando el locutor continúa su relato la expectación alcanza su punto álgido.

–Como en la mayoría de los municipios de provincia, también el de Klöch tiene una oferta de ocio más bien escasa. Tanto mayor es, pues, la importancia que corresponde a las asociaciones locales, sobre todo al club de fútbol.

Aparece entonces en pantalla el auténtico equipo de balompié de la localidad durante su entrenamiento, y ves cómo el hijo de Haller marca un gol con un chut nada desdeñable, hay que reconocerlo. Ni que decir tiene que el chico está en la gloria. Aunque se vio enseguida que el guardameta era otra vez un actor porque sus paradas dejaban mucho que desear.

–Debido a su proximidad con la frontera, el club de categoría inferior puede hacer alarde de un nutrido número de jugadores extranjeros. La estrella del equipo es el portero Goran Milovanovic, de la antigua Yugoslavia.

Ahora muestran al guardameta, bajando la escalera que conduce al sótano del asador.

–En los ratos en que Goran no guarda la portería del FC Klöch, trabaja en el asador Löschenkohl. Como el establecimiento goza de fama, tanto dentro como fuera de la comarca, genera una importante cantidad de huesos de desperdicio. Éstos se reciclan gracias a una moladora instalada en el sótano. Una de las tareas de Goran consiste en atender dicha máquina.

Ahora se ve cómo el actor que hace de Goran pone en marcha la moladora.

–En la tarde del 23 de octubre, cuando Goran Milovanovic se dispone como siempre a realizar su trabajo, hace un descubrimiento terrorífico.

El actor que hace de guardameta introduce la mano en un montón de huesos de pollo y saca de la máquina un fémur humano con rodilla y todo.

La secuencia que sigue es un buen truco. Muestra en un primer plano la rodilla sostenida por las manos del yugoslavo que la va doblando de un lado a otro, pero de repente, ya no son sus manos las que se ven en pantalla, sino las de Peter Nidetzky en el plató, a modo de colofón del docudrama.

–En efecto, señoras y señores –dice Nidetzky–, ésta es la rodilla que encontró Goran Milovanovic; y tras ella salió a la luz un número considerable de huesos humanos. Según revelaron los análisis criminológicos, pertenecen a un hombre de mediana edad. Son los únicos indicios de los que disponemos en este caso sumamente misterioso. Estamos buscando no sólo al autor, sino también y primordialmente a la víctima. Tenemos

especial interés en conocer la identidad de personas desaparecidas por esas fechas, de las cuales la policía no haya tenido constancia hasta el momento.

–Si anduviéramos comunicando cada desaparición a la policía...

Vuelve a ser Jacky quien lo dice. Y no le falta razón. En general debo admitir que a menudo Jacky está en lo cierto. En su estado ético, suele tener más razón que otros, siempre sobrios. Y es que es verdad, aunque no nos guste oírlo: uno de cada dos jóvenes desaparece, como quien dice, de la noche a la mañana, de estos andurriales. Salen al ancho mundo, sea para trabajar de camareros en Tirol o de peones de obra en Linz.

Porque Arabia Saudita es un destino menos frecuentado, allí tienes toda clase de pluses, eso sí, pero tienes que comprometerte por un determinado número de años. Quienes lo hacen tienen de todo: mujeres y lo que haga falta; la pasta te la mandan al banco del pueblo. Pensarías que cuando regresan al cabo de un par de años tienen la vida resuelta. Pero, qué va, cuando vuelves ya te has acostumbrado a lo de Arabia Saudita, y más de una vez ha pasado que alguno de los que ha regresado no ha sido capaz de habituarse a la vida normal.

Conozco un caso de Straden, de uno que se benefició al hijo del vecino, un chaval de diecisiete años. Lo pillaron y el chico se marchó a Graz, no sé qué habrá sido de él, de eso hace ya veinte años. Al montador retornado de Arabia Saudita lo encontraron al cabo de unos días muerto en su taller. Hubo toda suerte de rumores, cómo no. Sólo para explicarte que puede ser un problema si te vas muy lejos de casa.

En el comedor del Löschenkohl los comensales vuelven a estar inquietos. Cunde la decepción ante el hecho de que el programa no trajera nada nuevo, nada que los allí reunidos no supieran ya más que de sobra.

Y entonces Nidetzky encima sale con Horvath, uno que los vecinos no pueden ver ni en pintura.

–En este contexto, la Brigada Criminal de Graz está interesada en conocer detalles de la desaparición del hombre que ven en esta fotografía. Se trata del prestigioso artista Gottfried Horvath. Después de alcanzar una fama considerable tanto dentro como fuera del país, regresó hace unos años a su pueblo natal, al este de Estiria. Siguiendo su ejemplo, con el tiempo, otros artistas fueron estableciéndose en caseríos abandonados de la comarca. Así es como el este de Estiria acoge hoy en día a una nutrida colonia de artistas. Hace un año escaso que Gottfried Horvath desapareció sin dejar rastro. Hasta hoy no se tiene noticia alguna de su paradero.

En cuanto Nidetzky vuelve a darle la palabra a Eduard Zimmermann, el viejo Löschenkohl apaga la tele. Las camareras tienen ahora más trabajo que antes del programa. Unos piden la cuenta, otros con insistencia otra cerveza y los que ya han pagado se levantan y entorpecen el paso.

En todas las mesas hay discusiones enfervorizadas y Brenner, por supuesto, aguza el oído. Porque, si a día de hoy quieres ser detective, naturalmente tienes que tener las antenas puestas, aunque lo que te toque oír no sean más que memeces. Pues a menudo es precisamente la memez la que te da una pista. Pero claro, el problema está en que la gente no suelta sus propias memeces, sino que anda repitiendo sólo las de la prensa.

Ahora bien, los de Klöch están más o menos de acuerdo en que los huesos vinieron de allá abajo, o sea de la ex Yugoslavia. Sospechan que fue una banda de tráfico ilegal de personas. Y que a los tipos se les asfixiaron los inmigrantes en el maletero del coche y en algún sitio los tenían que descargar. Seguro que fue así como ocurrió.

Jacky saca a colación a aquel hombre de negocios de Graz que hace algún tiempo, cuando todavía había guerra allá abajo, aparecía por el Löschenkohl para encontrarse con chicos jóvenes. Buscaba muchachos austriacos y alemanes, aburridos de estar en casa y dispuestos a hacer de mercenarios de los yugoslavos.

En cuanto Löschenkohl oye el comentario de Jacky, enseguida se inmiscuye en la conversación:

–A ése lo eché yo con cajas destempladas. Al principio no podía saber qué tipo de negocios estaba tramando aquí en mi establecimiento.

Brenner nota cómo la cara de Löschenkohl se va ensombreciendo a medida que sus comensales van regodeándose en las historias truculentas de aquella guerra librada prácticamente a la puerta de su casa. Y no se sorprende, porque Jacky ya le contó que los yugoslavos le volaron los huevos al viejo Löschenkohl hace 50 años. Y por lo tanto no puede haber sido agradable para él que con la nueva guerra le estén recordando todo el tiempo aquella peripecia, y para colmo en su propio asadero de pollos, que a lo largo de décadas ha ido erigiendo como baluarte contra los horrores del pasado.

–Pero lo de la Inspección Sanitaria no se lo contaste al Zimmermann –dice riendo Jacky y le da una palmada a Löschenkohl en el hombro, signo del estado de embriaguez en el que se encuentra.

–Eso ya lo sabían ellos –dice Löschenkohl, con gesto envarado.

–¿Entonces por qué no lo han contado? ¿No sería así, cabronazo, que les diste el permiso de filmar en tu establecimiento a condición de que no hablaran de lo de la Inspección Sanitaria?

Jacky es uno de esos hombres que cuando está borracho empieza a meter puyas. Por lo demás una buena persona, nada que objetar pero, eso sí, cuando está borracho, más bien un buscabroncas que no pierde ocasión de liarla.

–De todas formas, hoy los de la Inspección Sanitaria no me encontrarían nada de nada. Con la moladora grande ya no hay tutía.

–Sí, ahora la cosa es que es tremenda –dice Jacky simulando excitación–. Allá en el sótano podría seguir habiendo huesos humanos y nadie lo notaría porque Milo los tritura inmediatamente en la máquina.

–No me mezcles a Milo en este asunto.

–Por cierto, ¿dónde se habrá metido?

A nadie le llamó la atención el hecho de que Milovanovic no estuviera presente. Y eso que lo han mencionado en la tele con nombre y apellido, o sea ha sido el héroe de la noche. Pero no comprende bien el alemán, además como yugoslavo no puede saber lo famoso que es aquel programa.

Los de Klöch, por su parte, tampoco pueden saber en ese momento que perderán siete a cero el siguiente partido de la Copa porque su portentoso guardameta seguirá

desaparecido sin que nada se sepa de él.

Si a día de hoy te fijas en un equipo de fútbol queriendo saber quién es el más importante, te será difícil encontrar respuesta. Unos dirán que es el entrenador; otros que el pichichi. Otro que no se puede olvidar es al director de orquesta, y de un tiempo a esta parte está en boga decir que el colectivo lo es todo y las estrellas sólo crean problemas.

En lo que se refiere al FC Klöch, después de su victoria en la Copa, cualquier advenedizo diría que el más importante es el guardameta Milovanovic. Pero se equivoca.

Claro que aquí abajo, entre los del pueblo, hay quien considera que Schorsch, el utillero, es un creído. Pero a decir verdad, sólo porque desde hace tres años nunca se le ha visto sin su móvil Motorola no necesariamente tiene que serlo. Y a Schorsch no le falta razón cuando dice:

–En mi calidad de utillero, me paso el día yendo de un lado a otro, llevando y trayendo cosas de aquí para allá. De manera que sin móvil estaría perdido.

Y que unos cuantos que se las dan de listos se burlen de él, no le produce ni frío ni calor. Porque quien sepa de fútbol, sabe que sin Schorsch el FC Klöch no existiría. Y el que no sepa de fútbol, ése de todos modos para Schorsch es un cero a la izquierda.

Y en el entrenamiento de aquella tarde se volvió a ver lo importante que era el utillero.

Los jugadores realizaban ejercicios de lanzamiento; algunos tienen un disparo potentísimo, la verdad sea dicha. Porque nuestros chicos son hijos de campesinos... Ya sé, me arrugarás la nariz y, de acuerdo, la filigrana, o sea la técnica, no es lo suyo, pero chutar chutan como cañones.

–¡Venga, venga, otra más! –brama Ferdl, el entrenador, aunque no es que los jugadores presenten síntomas de cansancio, al contrario. Se han pasado el día entero en la oficina y como son campesinos, quiero decir, desde el punto de vista genético, o sea de origen (porque sabrás que hoy en día los campesinos están en peligro de extinción, con lo cual estos chicos tienen que hacer de oficinistas) conservan la fuerza, por herencia, pero no saben qué hacer con ella. De modo que al final del día están contentos de poder estrellar la pelota entre los postes–: ¡Venga, venga, otra más!

Los jugadores ya están acostumbrados a que, salvo esta frase, de la boca de su entrenador no salga mucho más. Pero ahora que el defensa Dollinger ha empotrado la pelota con portero y todo en la red, al entrenador se le agría el gesto. Porque es el guardameta del juvenil, y el chico un auténtico fideo. Dollinger le lanza el tiro desde diez metros de distancia incrustando al muchacho entre las mallas, cual capullo de algodón.

–¡Venga, venga, otra más!

El entrenador anima al portero a levantarse. Pero tiene que hacer un gran esfuerzo para

no agarrar al enclenque con sus propias manos y arrojarlo a la ducha. Y eso que el guardameta del juvenil es a quien menos se puede culpar de que, tres días después del programa de la tele, Milovanovic, el héroe de la Copa, siga sin aparecer.

Cuando los jugadores acaban lanzando dos de las tres pelotas de entrenamiento por encima de la valla al arroyo que pasa al lado del campo, el entrenador pierde definitivamente los estribos. Le da un ataque de furia tal que la mitad de los jugadores vuelve a jurarse de dientes para dentro que se buscarán otro club.

Y es ése el momento en que todos vuelven a tener claro quién es el hombre más importante del FC Klöch. Porque Schorsch, el utillero, en ese preciso instante, hace su entrada en el campo. En la mano izquierda lleva el móvil y en la derecha algo aún mucho más importante.

–¡No es para tanto! Sólo son dos pelotas perdidas –grita en medio del primer segundo de silencio que sigue a la bronca del entrenador.

En efecto, en el saco de yute repleto que lleva colgado del hombro derecho, hay exactamente treinta pelotas. Porque hoy le ha tocado el turno al saco grande, que lo es casi más que la persona entera del utillero.

No debes olvidar lo que significa para un futbolista un saco de pelotas lleno a reventar. Porque como futbolista tienes una relación especial con el balón. Antes eran de cuero marrón, luego llegaron los blanquinegros, luego los multicolores y finalmente los que parecen una bola de nieve con capa de plástico por encima. Los balones han ido cambiando, sólo una cosa ha permanecido siempre igual.

Cuando se produce un momento de tensión durante el entrenamiento, Schorsch el utillero entra corriendo al terreno de juego con su saco de pelotas. Porque siempre ha sabido que en el instante en que los jugadores ven el saco ya presienten el inminente retumbar de los balones sobre el césped. Tienes que imaginártelo como una cascada atronadora de pelotas de cuero. Y sentir esa cascada es para los jugadores una nueva inyección de moral.

Ahora bien, en este momento, Schorsch el utillero se lleva tamaña sorpresa al ver que, pese a haber salido corriendo al encuentro de los jugadores con el gran saco de las pelotas al hombro, las caras de éstos se ensombrecen por momentos.

–¡Dos pelotas en el arroyo no son para tanto! –grita de nuevo el hombre intentando animar a los jugadores, y les vuelve la espalda para que vean mejor el saco repleto.

Pero cuanto mejor ven éstos el saco, más pálidos se ponen. Y todos callan. Incluso el entrenador ha dejado de vociferar, cosa que el utillero interpreta como un pequeño triunfo personal. Es decir, que el entrenador no vuelva a cargar otra vez contra los jugadores como suele pasar cuando hay bronca. Sin embargo, el truco esta vez no acaba de surtir efecto, y él se da cuenta.

–¿Qué os pasa hoy? –grita haciendo balancear el saco a sus espaldas como si fuera san Nicolás.

–El saco –dice Udo Sommerer, que apenas hace sólo una temporada pasó del juvenil al primer equipo. También yo ignoro por qué es precisamente Udo el primero en recobrar el habla.

–¿Qué pasa con el saco? –dice Schorsch y guarda por un momento el móvil bajo la pretina de su pantalón de deporte porque necesita la otra mano para desatar el saco.

–¡El saco! –gritan ahora otros jugadores porque el utillero sigue sin percatarse.

–¿Qué ocurre con el saco? –grita. No ha visto nada porque, claro, el hombre no tiene ojos en la nuca.

Pero ahora, de buenas a primeras, percibe una sensación de humedad en su pantorrilla desnuda. Porque durante la noche, mientras ha estado en el sótano frío donde se guardan los balones, la pelota treinta uno sólo ha causado una mancha insignificante en el saco. No obstante, cuando el utillero comienza a pasearlo por el campo en medio del calor de la tarde, el cuero empieza a soltar sangre. Y al llegar al área de castigo ya se distingue un poco la forma del cráneo en el saco de yute. Ahora bien, no es que yo quiera comparar el saco de yute de Schorsch con el sudario que encontraron en Turín. Pero tienes que imaginártelo un poco así, que la nariz y las órbitas oculares resaltan cada vez más sobre la tela. Y a la que la pelota treinta y uno empieza a gotear en la pantorrilla desnuda del utillero, éste por fin se da por enterado.

Ahí te das cuenta de lo importante que es que un utillero lleve siempre un móvil encima. Porque un cuarto de hora más tarde la gendarmería de Radkersburg ya está en el terreno de juego. Y no ha pasado ni siquiera una hora cuando la Brigada Criminal de Graz también hace su aparición.

Aunque los agentes de Graz hubieran podido tomarse su tiempo, porque los gendarmes de Radkersburg son muy eficientes y no les dejan trabajo alguno. Han identificado a la víctima sin lugar a dudas, pues todos, menos el joven guardameta, reconocieron la cabeza. Pertenece a Ortovic, delantero del Feldbach, equipo contra el que perdieron uno a cero hace apenas unos meses. La ironía del destino quiso que fuera precisamente Ortovic quien anotara con un gol de cabeza: córner en el minuto 76 y Ortovic subiendo como un cohete en el segundo palo. Y ahora esto.

Los gendarmes de Radkersburg incluso habían inspeccionado ya todo el recinto cuando llegaron los de la Brigada Criminal de Graz. Pero del cuerpo de Ortovic ni rastro. La puerta del sótano no había sido forzada porque la ventana siempre permanece abierta para evitar humedades. En Klöch eso no suele ser un problema, porque ahí nadie roba. Y esa vez de hecho tampoco hubo sustracción sino más bien adición.

Que tampoco había pistas de otra índole, les dijeron los gendarmes de Klöch a los de la Brigada Criminal de Graz, que luego se empeñaron en encontrar huellas dactilares o pedestres sin obtener gran resultado.

A las cinco y media el tra-la-la ya había terminado. Los gendarmes de Radkersburg ya habían colocado su control de velocidad por radar en la salida norte. El forense se había llevado la cabeza de Ortovic para realizar otras pruebas, y el auxiliar de la Brigada Criminal estaba contentísimo de que su jefe, Kaspar Krennek, lo hubiera mandado a casa. Era su último día laboral antes de las vacaciones, y durante toda la tarde había estado en ascuas sudando la gota gorda de pensar en que a lo mejor tendría que posponer su viaje a Tailandia por la bendita cabeza de futbolista.

Sin embargo, Kaspar Krennek es, en ese sentido, un jefe atípico. Le gusta hacer de

suplente de sus subalternos porque una vida de sólo oficina, política y espárragos estirios también termina siendo un suicidio a plazos.

Cuando Kaspar Krennek aparece en el Löschenkohl, la gente, por supuesto, lo reconoce inmediatamente. No sólo porque medio equipo de fútbol ya ha pasado por ahí y desgranado los sucesos con lujo de detalles, sino porque Kaspar Krennek, claro, es conocido en toda la provincia. Desde que está en la Brigada Criminal de Graz, y de eso ya pronto hará diez años, los periódicos le han cogido un cariño que no veas.

Tienes que saber que su padre, August Krennek, fue el famoso Hamlet de la posguerra. Ahora bien, el hijo, queriendo oponerse al padre, se metió a policía. Pero una vez hizo carrera en la Brigada Criminal, su padre en el lecho de muerte se reconcilió con él.

Y si hoy en día tienes un padre actor, tú, claro, también llevas un poco el arte de la interpretación en la sangre. Aunque con Kaspar Krennek habías de fijarte muy mucho para descubrirle las dotes histriónicas. Porque la vanidad no se la notabas enseguida. A primera vista parecía un hombre callado y modesto. Pero a la que te lo mirabas mejor le veías el plumero: se creía el príncipe de la sección de homicidios.

Cuando a las cinco y cuarto entra en el comedor del Löschenkohl con su chaqueta de piel de veinte mil chelines, no da muchos rodeos.

—¿Dónde está el jefe júnior? —le pregunta a la primera camarera con la que se topa.

—¿Qué jefe júnior? —responde Gudrun, porque lleva sólo un par de semanas trabajando en el Löschenkohl y al júnior no lo ha visto más que una vez. Pero enseguida la jefa de camareras acude en su ayuda.

—¿Está buscando a Paul?

—Lo que quiero es hablar con él.

Kaspar Krennek aprendió de su padre que hay que expresarse con precisión. Y querer hablar con alguien no quiere decir para nada que uno esté buscando a esa persona.

—Conque hablar —dice la otra en un tono como quien dice: no te hagas el listillo—. Paul no vive aquí.

—¿Y dónde vive, pues?

—Eso tendrá que preguntárselo al padre.

—Con el padre entonces se puede hablar.

—Primero tendría que ir a buscárselo —dice la camarera riendo maliciosamente, y se va hacia la cocina.

A Krennek le sorprende un poco el ambiente alegre que hay en el local. Pero por otra parte es justo en esa especie de hilaridad donde reconoces que la gente se caga de miedo ante la muerte.

Al cabo de dos minutos vuelve la camarera. Pero no con el viejo Löschenkohl, sino acompañada de un hombre de la edad de Kaspar Krennek, pero una cabeza más bajo y medio metro más ancho. Y con una piel dura, dura de pelar:

—Encantado, Brenner.

A Krennek le ha fastidiado un poco el que para empezar la resoluta camarera le haya hecho perder los papeles tan rápidamente, pero ahora se alegra de haber recuperado su

estudiada modestia. Le da la mano a Brenner y pretende parecer tan reservado que olvida presentarse, antes de que Brenner diga:

–Usted busca al señor Löschenkohl, ¿verdad?

Esta vez Krennek no corrige, a riesgo de que su padre se revuelva en la tumba.

–El señor Löschenkohl lamentablemente hoy no está –dice Brenner.

–¿Se refiere al joven o al viejo?

–No está ninguno de los dos. De todas formas, el joven nunca suele estar. Y el viejo ha ido a la revisión médica a Graz. No viene hasta mañana.

Revisión médica. Brenner no puede saber que con esas palabras ha asustado a Krennek. Porque desde que era niño éste tiene la obsesión de que a los cuarenta se morirá de cáncer. Y ahora ya ha cumplido los 39. De modo que no se atreve a ir a la revisión médica.

Ambos se sientan a la mesa y después de tomarse dos cervezas ya ni se percatan de que los comensales no dejan de mirarlos. Y de veras tengo que decir que raras veces ha sucedido que un inspector de policía y un detective privado colaboren tan bien.

Brenner le cuenta al inspector que la patrona del Löschenkohl está desaparecida, y Krennek le revela a Brenner por qué le urge tanto hablar con su marido. Y es por lo del escándalo de los sobornos que hace medio año sacudió la liga comarcal de Estiria. Se supone que el joven Löschenkohl sobornó a un delantero del Feldbach. Precisamente a Ortovic, a quien alguien ahora le ha cortado la cabeza para luego meterla en el saco de las pelotas del FC Klöch.

A las diez el inspector se dispone a marcharse.

–Si ve al viejo Löschenkohl, dígame que mañana vendré a verlo.

–Mañana lo encontrará con seguridad –le dice Brenner al despedirse.

Sigue sentado ahí cuando la camarera cierra el local después de que Kaspar Krennek se haya marchado. La mujer tiene una cara tosca, no por la edad, pues tan vieja no es, sino porque sencillamente no tiene rasgos finos; los suyos son definitivamente burdos. Y eso que finura de alma no le falta. Aunque tenga un cuerpo grueso como esos futbolistas profesionales cuando se retiran. Entonces entrenan menos, pero siguen ingiriendo la misma cantidad de comida, de modo que echan carnes. Y en ese estado, claro, la falda roja de cuero es cosa atrevida.

Pero eso sólo vuelve a probar que no se puede juzgar a las personas por su aspecto exterior. Lo único que Brenner no acaba de comprender es de dónde saca esa mujer a sus amantes noche tras noche, porque lo que llega hasta sus oídos desde la habitación de la chica es... vamos, no quisiera describirlo porque no es apto para menores.

–¿Dónde se ha metido el jefe? –le pregunta Brenner.

–No ha vuelto de la revisión médica.

–No, no me refiero al viejo. El marido de su patrona.

–¿No se estará refiriendo al Niño del Porsche?

Niño del Porsche. En ese momento Brenner vuelve a pensar en lo contento que está de no vivir en el campo, porque al menos no le pueden poner un mote como éste.

–Por mí que todos sean jefes. En eso no soy quisquillosa. Como camarera, en

cualquier caso, tienes a todo el mundo encima dándote órdenes. Pero el Niño del Porsche, desde luego, no es mi jefe.

–¿Quiere decir que el viejo sigue siendo el jefe?

–La patrona es la jefa. Pero ahora tengo que comerme mis salchichas Frankfurt porque, si no, se me enfrían –dice la camarera regresando a la barra.

–Pero la patrona sólo es la nuera –dice Brenner mientras ella se sirve sus salchichas en la barra.

–Y la única que sabe cómo manejar un negocio –dice la camarera–. ¿O acaso cree que el Niño del Porsche sería capaz de regentar un establecimiento como éste?

–¡Siéntese aquí a mi lado con sus salchichas!

–Si no le molesta –dice la camarera y se acerca de nuevo a la mesa con sus humeantes salchichas. Y poco faltó para que escupiera el primer mordisco de lo caliente que estaba. Pero basta con que mueva dos veces rápidamente los maxilares y pegue un fuerte soplo para que pueda tragárselo.

–No hay nada mejor que unas salchichas Frankfurt. A condición de que estén calientes.

–Calientes bien que están –dice Brenner, y se admira de ver cómo ella engulle ya el siguiente bocado ardiente.

–Es así como tienen que estar.

–Quizá es por eso por lo que a mí las salchichas Frankfurt nunca me han gustado del todo. Porque siempre me las he comido demasiado frías.

–En Frankfurt la gente dice «salchichas Viena» y en Viena «salchichas Frankfurt» – dice la camarera con la boca llena–. ¿Y sabe por qué?

–Será porque a nadie le apetece que le llamen perrito caliente.

–Ésa podría ser la explicación –dice la camarera riendo–. Pero no. Le cuento por qué: fue un charcutero vienés el que inventó estas salchichas. Un tal Frankfurt.

–Uno diría que han existido siempre.

–No, no. Fueron inventadas. En Viena. Por Frankfurt.

–¿Y a usted también le gustan los perritos calientes?

–Sí, me encantan.

–Pues si tanto le gustan, el Niño del Porsche tendría que ser su mejor amigo.

–¡Ya me dirás! Menudo perrito, aunque la verdad es que es soso y frío –dice la camarera riendo porque para ella al parecer ha llegado el momento de pasar al tú.

Brenner, en cambio, aún estaba un poco inseguro de si debía tutearla o no. Seguro que conoces esa situación en la que alguien te ofrece el tú y a ti, por lo que sea, no te sale. De manera que Brenner decidió empezar con alguna frase exenta de tú:

–¿Se puede saber dónde se ha metido el tal Niño del Porsche todo este tiempo?

La camarera se encoge de hombros mostrando su desinterés. Desde lo del soborno ya no se atreve a venir por casa.

–¿Crees que tiene algo que ver con la muerte de Ortovic?

¡Jopé!, la primera vez que dices de tú a alguien es un poco como si sintieras cosquillas en la garganta, sensación bastante similar a la de cuando tienes algo que te quema en la boca.

–No me hagas reír –se limita a decir la camarera.

Y luego se oye cómo alguien abre la puerta con la llave desde fuera. Porque en un pequeño detalle Brenner no ha sido del todo sincero con el inspector Krennek.

–El tren ha tenido un cuarto de hora de retraso –dice bufando Löschenkohl al entrar.

–Un cuarto de hora en un trayecto de sesenta minutos es mucho –comenta Brenner.

El viejo se sienta al lado de Brenner y la camarera le trae un vaso de agua.

–¿Quiere acompañarme a cenar? –le pregunta el hombre a Brenner.

Ahora bien, doble oportunidad para el detective. Primero puede entablar conversación con el viejo Löschenkohl antes de que éste se entere de lo de la cabeza de Ortovic para ver si le cuenta algo de la historia sobre el soborno supuestamente protagonizado por su hijo. Y segundo:

–Unas salchichas Frankfurt.

Porque aunque no tiene ya ni pizca de hambre, el placer con que ha visto comer a la camarera le ha contagiado las ganas.

–Toni, unas salchichas Frankfurt sin pan y una cerveza –le ordena Löschenkohl a la camarera que se encuentra en el otro extremo del asador desierto.

–¿Y usted? –pregunta Brenner.

–Yo ya no comeré nada más. El médico me ha dicho que tengo que tener cuidado con lo que como. Todo va siendo demasiado para mí. Lo único que espero es que usted encuentre pronto a mi nuera. Solo no puedo con el negocio.

–¿Y su hijo?

¿Cuánto tiempo necesitan unas Frankfurt? Al menos diez minutos para que estén en su punto. Porque sabrás que no hay que hervirlas, si no, se revientan. Sólo hay que dejarlas en agua caliente. Y, claro, mucha gente comete el error de no dejarlas lo suficiente. Para que estén bien calientes tienes que dejarlas al menos diez minutos en el agua.

Y esto ¿a qué viene? Resulta que mientras llegan las salchichas, el viejo Löschenkohl no dice una sola palabra. Ha entendido perfectamente la pregunta, pero no contesta durante al menos diez minutos. Y esas salchichas tardan, vaya si tardan. Pues la camarera misma se ha encargado de vigilar que estén el tiempo suficiente en el agua.

Luego Brenner, como desafiando a la muerte, pega un buen mordisco a la salchicha ardiendo, sólo para poder decir:

–Ahora me he quemado la lengua, ¿verdad?

–Tiene que esperar un poco.

Brenner asiente y sopla su humeante salchicha, pero antes de volver a metérsela en la boca, dice:

–¿Que tengo que esperar un poco con la pregunta sobre su hijo? ¿Cuánto tiempo más?

–¿Con la pregunta? Qué va. Con eso no se ha quemado usted la lengua. Es que yo estaba totalmente ido. Absorto en pensamientos.

–No me entienda usted mal, pero si he de encontrar a su nuera, tengo que disponer del máximo de información sobre ella. Y por supuesto también sobre su marido.

–Sí, eso lo comprendo.

–He estado en la cancha de fútbol. En el entrenamiento.

–Sí, está bien que los chicos practiquen.

–Estuve hablando un poco con el entrenador –mintió Brenner–. Me contó que su hijo ha estado metido en un asunto de soborno.

–Menuda tontería.

–¿Acaso no es cierto?

Ahora imagínate cómo Brenner con su lengua palpa que en el paladar se le han desprendido trocitos de piel. ¡Tan caliente está la salchicha!

–Sí, cierto es, por desgracia, que mi hijo cometió semejante tontería.

–¿Y desde entonces no ha vuelto a casa?

–No, eso no. Hace mucho más que ya no está. Se casó hace cuatro años y desde entonces no se le ve el pelo.

–Pero su mujer está al frente del negocio.

–Sí, sí. Su mujer se ha quedado. Pero él siempre anda de picos pardos por ahí. Imagínese, se casa con una mujer formal. Porque ella es responsable, ahí no hay vuelta de hoja, siempre ha trabajado. Y él coge y se larga.

–¿Y qué ha estado haciendo su hijo durante todo este tiempo?

–Eso tendrá que preguntárselo a él. Nada a derechas. Sólo viene cuando necesita dinero. O ahora, por ejemplo. Porque está preocupado por su mujer. La cosa tiene gracia, no se ocupa de ella durante todo el año, pero si ella pone tierra de por medio, entonces a él le parece el colmo. Aquí tendría que estar, pensando, en lugar de andar pendoneando por ahí en el Porsche.

Luego Löschenkohl vuelve a enmudecer, y no es la primera vez que a Brenner le llama la atención cómo el anciano puede caer de un momento a otro en el mayor de los mutismos.

Un pobre viejo, más solo que la una, piensa Brenner, y yo para qué voy a torturarlo hablándole del hijo. Cuando de todos modos no me va a decir la verdad. Que un padre te cuente la verdad acerca de su hijo, es cosa difícil de lograr. Porque digamos que estuviera dispuesto a hacerlo, ¿dónde encuentras hoy en día un padre que sepa algo de su hijo? ¿Lo ves? Ahí empieza el problema.

Una vez que Brenner ha acabado de comerse sus salchichas, se levanta y deja ahí al anciano sumido en su silencio. Pero es justo en ese mismo instante cuando, sacudido quizás porque Brenner al ponerse de pie ha corrido un poco la mesa, el viejo Löschenkohl dice:

–Ferdl.

–¿Qué Ferdl?

–El del club de fútbol, su entrenador. Me ha dicho usted que fue él el que se lo contó.

–Sí, el entrenador. ¿Se llama Ferdl?

–Es conductor de autocar. Hacen viajes a Yugoslavia. Viajes para jubilados que no tienen que pagar el desplazamiento.

–Y a cambio les venden un cojín mágico por 20.000 chelines –dice Brenner. Porque su tía Emmi, del arrabal de Puntigam, participó una vez en una de esas excursiones y regresó con un cojín mágico. Pero no lamentaría el dispendio por mucho tiempo ya que

poco después cayó fulminada haciendo cola para la confesión de pascua. Tenía 67 años. No es edad para una mujer.

–En los viajes en autocar Ferdl es un animador de primera –dice el viejo Löschenkohl sin dejar que la observación de Brenner le haga perder el hilo–. Sabe contar chistes que da gusto. Las abuelas están coladas por él.

–Eso es bueno para el negocio.

–Pero en el banquillo... –dice el viejo Löschenkohl bajando la voz. Porque es de esas personas que te cortan la palabra con sólo bajar un ápice el volumen de sus cuerdas vocales...en el banquillo, y eso aquí lo sabe todo el mundo, Ferdl se transmuta. Entonces no le sacas ni una palabra.

–Vaya.

–¿Quiere que le sea sincero?

Y Brenner responde:

–Si quiere que encuentre a su nuera...

Y el viejo Löschenkohl:

–Entonces usted también tiene que ser sincero conmigo. Porque lo de la cabeza de Ortovic ya lo dijeron en las noticias de las siete. De modo que no tiene por qué venirme con el cuento de Ferdl. Porque puede que mi hijo haya sobornado a Ortovic, pero no tiene agallas para cortarle la cabeza a nadie.

Constreñido entre el banco y la mesa porque Löschenkohl lo ha interpelado en trance de levantarse, Brenner se encuentra incómodo. Doblemente incómodo porque además no sabe qué hacer, si sentarse de nuevo o marcharse, ¿cuál de las dos opciones es menos ridícula?

Pero el viejo Löschenkohl vuelve a perderse en quién sabe qué pensamientos y Brenner se da cuenta de que se le ha dormido la pierna izquierda. Y, mira por dónde, en ese momento el acordarse de Ferdl, el entrenador, acaba siéndole útil.

–¡Venga, venga, una más! –se dice a sí mismo Brenner dándole un empujón a su pierna. Luego sale cojeando hacia el ala de personal cual futbolista que acaba de recibir una entrada.

Soberbia excursión a Eslovenia. Por sólo 148 chelines. Amenizada con música y performance de folclore esloveno. Viaje de ida y vuelta en moderno autocar panorámico.

- A las señoras se les obsequiará con un gran bolso estilo cocodrilo provisto de compartimento interior y un bolsito de cosméticos a juego.
- A los caballeros se les obsequiará con una billetera estilo cocodrilo provista de dos compartimentos, un llavero y un tarjetero a juego.
- Exhibición de artículos del hogar de la empresa Vogl-Versand de Múnich (participación discrecional).

Los obsequios le serán entregados a nuestro estimado público durante el viaje de aniversario.

Se ruega marcar con una cruz el punto de embarque donde desea ser recogido:

Gleisdorf

Sinabelkirchen

Ilz

Riegersburg

Feldbach (estación)

Bad Gleichenberg

Halbenrain

Bad Radkersburg (Plaza Mayor)

Cuando Brenner sube al autocar en Halbenrain, el vehículo ya está casi lleno. El conductor lo mira un tanto extrañado, y él inmediatamente se siente cogido en falta. Porque si a día de hoy subes a un autobús lleno, tú, recién llegado, tienes necesariamente la sensación de que los demás siempre han estado ahí. Y si encima uno te mira raro, puede suceder que te sientas cogido en falta, si eres proclive a tener mala conciencia.

Y Brenner tiene buenos motivos para sentirlo. Teme que Ferdl, el entrenador, lo conozca y adivine que su intención es tirarle de la lengua.

Pero ni hablar de que Ferdl reconozca a alguien. De modo que cuando Brenner echa un vistazo a los otros ocupantes del autocar, de inmediato entiende el porqué de la mirada extrañada del otro. Sucede que, aparte de Brenner, todos los demás viajeros son, como quien dice, de geriátrico.

Sólo hay una mujer joven con un traje chaqueta verde chillón y cabello rubio teñido, pero que de tanto tinte parece más bien una peluca de paja.

—¿Usted es el señor Brenner? —pregunta la mujer, porque ella es parte de la empresa, y

Brenner no llega a asentir con la cabeza pues ella ya lo está anunciando a voz en grito a través del micrófono—: Vamos a saludar al señor Brenner de Klöch.

Y claro, el bochorno que experimenta Brenner es mayúsculo cuando los mayores aplauden dócilmente, y tanto es así que le dan ganas de volverse sobre sus talones y apearse ahí mismo. Pero ¡naranjas de la China!

—¡En la parte de atrás quedan tres asientos libres! —grita la azafata en su estúpido micrófono, pese a que Brenner sigue a menos de medio metro de ella. Y obvio, esto representa un problema. Qué hago yo allá atrás, piensa Brenner, si lo que quiero es entablar conversación con el conductor. De modo que, muy astuto él, le dice a la azafata:

—Mire señorita, es que yo siempre me mareo en los autocares. ¿No podría ponerme... aquí delante?

Y con esto basta para que se arme la de Dios es Cristo. A los señores mayores de la primera fila casi se les saltan los marcapasos por la boca al oír la propuesta. Porque ellos sí se marean en los viajes y ahora no va a venir un mozalbete a quitarles el puesto delantero que han tenido que ganarse a pulso.

La azafata no atina siquiera a contestar a Brenner, cuando éste, modosito, ya se está acomodando en el asiento trasero y no vuelve a rechistar. Porque el detective esto lo tiene bien sabido desde que era policía, que no hay nada más peligroso que una persona mayor armada de bastón inglés. Que a menudo es sólo cuestión de interpretación lo de llamarlo bastón inglés o bayoneta, sobre todo si tienes el artefacto clavado en el estómago. Y se consuela diciéndose a sí mismo que aún le queda la opción de trabar conversación con Ferdl durante la estancia en Maribor.

Nada más pasada la frontera, la azafata empieza a chacharear a través del micrófono, porque su deber consiste en animar al personal y sobre todo repartir los regalos.

Brenner observa el paisaje que, cómo no, pasada la frontera es exactamente igual que antes de la misma. Luego observa que en el respaldo del asiento de delante también hay montado un micrófono con el cual él podría meter cuchara en el parloteo de la azafata y decirle por ejemplo: ¡Nena, deberías hacerte mirar tu propinitis!

Su potente voz de Dios Padre asusta tanto a los mayores que muchos de ellos caen fritos en el acto. Pero los demás no corren mejor suerte porque son devorados por los bolsos de cocodrilo que han recibido de la azafata.

Cuando Brenner despierta, ya se hallan en medio de la plaza principal de Maribor.

Les conceden una hora para visitar la ciudad, a la una es la comida y a continuación la feria de ventas. Todo opcional naturalmente, pero la comida es tan barata que nadie se la pierde, salvo una mujer que se ha extraviado en la ciudad.

Mientras tanto la azafata y el chófer han montado un pequeño estrado en el comedor, en el que, por supuesto, no falta el micrófono. Durante la comida los mayores ya sienten mucha curiosidad por saber qué polvos de la madre Celestina les estarán esperando.

Cuando el café está servido, la azafata y el chófer empiezan a pregonar sus mercancías: una manta milagrosa, la usas durante dos semanas y el reuma ha desaparecido como por arte de magia. Cuesta 6.000 chelines, de modo que los cinco chelines que la empresa se ha gastado en la comida enseguida los recupera, con creces.

Porque los mayores compran que es un placer, todos deben de sufrir de un reumatismo tenaz.

Acaso también la simpatía de Ferdl ha contribuido, porque la azafata está más bien para informar, mientras que Ferdl es quien intercala los comentarios picantes que hacen que a las señoras mayores se les suban los colores a la cara.

—¡Venga, venga, una más! —grita Ferdl tras cada manta de 6.000 chelines y la siguiente abuelita ya está abriendo su bolso estilo cocodrilo y poniendo el dinero contante y sonante sobre la mesa. Porque a nadie le gusta parecer tacaño y que los demás digan que tú sólo quieres aprovecharte del viaje barato encima con un conductor tan simpático. Hace un par de horas estuvieron a punto de desollar vivo a Brenner, pero ahora los vejetes muestran su lado generoso.

La última camisa no tiene bolsillos, dice el anciano sentado frente a Brenner.

Brenner no sabe qué decir porque qué le respondes a una persona mayor que te sale con una frase así. Aunque da lo mismo, el hombre no espera ninguna respuesta, con su frase sólo pretende infundirse ánimo para salir a comprar y ya va camino de Ferdl.

En ese momento, de repente irrumpe en el comedor la mujer extraviada que sin tiempo que perder sale al estrado. Y en menos que canta un gallo ya ha adquirido su manta antirreumática.

—¡Venga, venga, una vez más! —grita Ferdl.

Cuando se han deshecho de las mantas y de un montón de baratijas, conceden a los ancianos media hora para que den una vuelta y luego todo el mundo al autocar, y que nadie se me retrase.

O sea que ésta es la simpatía que caracteriza a Ferdl, según el viejo Löschenkohl, piensa Brenner. Como no me dé prisa, volveré a estar atrás de todo, con Ferdl en el otro extremo moviendo en silencio el volante y yo sin saber por qué el joven Löschenkohl sobornó al delantero del Feldbach, Ortovic.

Por eso Brenner decide quedarse sentado en el comedor, mientras los abuelos dan su vuelta y Ferdl y la azafata desmotan su altar en el extremo del recinto.

Entonces las furtivas miradas malignas de la azafata hacen blanco en Brenner, lo mismo sucede con las de Ferdl que sólo son furtivas y no duran más de unos segundos, porque a continuación se tornan en miradas de franco disgusto, aunque de nuevo sólo duran unos segundos hasta que Ferdl dice:

—Periodista, ¿verdad?

—¿Periodista? ¿Por qué?

—A los periodistas se los huele a diez leguas con el viento en mi contra.

—¿Acaso hay viento?

Ahora, obvio, vuelven las miradas, pero como está comprobado que no matan, Brenner sigue vivo.

Ferdl está hasta las narices de esos periodistas de la prensa sensacionalista. El club necesita todo menos un resurgir de la vieja historia del soborno de Ortovic.

Y llegados a este punto tengo que expresarle de veras mi felicitación a Brenner. Porque con una sola palabra hace que el humor de Ferdl cambie.

–Oberwart –dice Brenner–. ¿Ha sido éste el punto culminante de su vida?

Y tendrías que haber visto el efecto que surte en Ferdl el que Brenner haya mencionado la victoria en la Copa. Tienes que imaginártelo como cuando en un día nublado de repente asoma el sol; sí, ésa es la mejor comparación. De un momento a otro, la cara de Ferdl se pone francamente radiante.

Porque la columna «Retrato de la semana» de la sección deportiva del periódico siempre fue su sueño de juventud, que un día fuera él el retratado. Y que la gente diga lo que quiera de las excursiones para la tercera edad, que si estafa que si eso o aquello. Él todo el dinero lo invierte única y exclusivamente en el club. En una palabra, miles de mantas milagrosas, sólo para salir un día en «Retrato de la semana». Y ahora que lo tiene al alcance de la mano, como quien dice en persona, va y casi la pifia por mostrarse displicente.

–Tiene que disculparme. No era nada personal. Lo que pasa es que en este momento en el club todo anda muy revuelto.

Brenner se limita a asentir.

–Pero sabe una cosa, mejor conversamos en el autocar sobre la victoria en la Copa. Porque yo ahora tengo que recoger todo este material.

–Será difícil.

–No, no. Es fácil. En media hora están recogidos todos estos trastos. Porque a las seis hay que estar de vuelta. En esto los geriátricos son muy estrictos.

–Me refería a que será difícil que hablemos en el autocar.

–¿Pero por qué?

–Usted es el conductor.

–Sí, claro, yo soy el conductor.

–Y como conductor difícilmente podrá venir a sentarse conmigo en el asiento de atrás.

De buenas a primeras, Ferdl se pone tan serio como no había estado desde el momento en que extrajo la cabeza de Ortovic del saco de pelotas. Brenner ya teme que el otro crea que le está tomando el pelo. Y cuando hoy en día, tú como detective, quieres tirarle a alguien de la lengua, regla número uno: no le des al susodicho la sensación de que le estás tomando el pelo. Puede que tengas que hacerlo, pero no le des nunca la sensación de que es así. Ahí está la gracia.

Pero Ferdl no siente para nada que el detective le esté tomando el pelo. Porque ahora dice con toda seriedad:

–Ya encontraremos una solución.

Y luego, en efecto, una solución estupenda. La azafata tiene que dejarle a Brenner su asiento de copiloto, aunque de todos modos permanece de pie prácticamente durante todo el viaje abrumando a la gente con su verborrea. Porque ya tiene que empezar a prepararlos para el próximo viaje. Pero, claro, está celosa de Brenner porque puede ir delante.

Sentado directamente frente al parabrisas delantero de visión panorámica, Brenner goza, en efecto, de una magnífica vista del paisaje, y dicen que libera el alma tener semejante vista. Y a lo mejor es por eso por lo que se le suelta la lengua.

Habla tan desenvuelto con Ferdl que tú también le hubieras creído que era reportero deportivo, y eso que de fútbol Brenner nunca ha tenido mucha idea.

–Su guardameta es un auténtico mago.

–Lo puedes decir en voz alta.

–¿Lo descubrió usted?

–Milo estaba retirado.

Brenner no sigue preguntando. Porque por experiencia sabe que averiguas más cosas de la gente cuando no preguntas. En cuanto lo haces, siembras la suspicacia, pero si esperas pacientemente y no demuestras demasiada curiosidad, la gente acaba contándotelo todo. Está bien mostrar sensibilidad, atención, interés, dejar caer de vez en cuando una palabra sugerente, pero lo que no hay que hacer es insistir con preguntas. Es una regla de oro que va a misa.

Pero ahora es precisamente Ferdl el que deja de hablar y el detective no tiene más remedio que preguntarle:

–¿Y entonces cómo fue que llegó al Klöch?

–Antes Milo jugaba en la Primera División yugoslava. Yo siempre lo veía en la tele. Porque en Klöch podemos sintonizar los canales balcánicos. Entender no entiendes nada, pero el fútbol, una maravilla. De manera que Milo me llamó varias veces la atención, me parecía un guardameta extraordinario. Vamos, de clase mundial. Y ni soñar con que un día pudiera jugar para nosotros. Pero luego, hace cinco o seis años, el delantero del Partisan de Belgrado le destrozó literalmente el cráneo. Lo normal es que en situaciones así el delantero se inhiba, pero éste no, le entró a saco: rotura de maxilares, nariz, pómulo y qué sé yo qué más. Total, UCI y toda la pesca. No se imagina usted el aspecto que tenía.

–¿También estuvo en coma?

–Claro. En coma y en todo lo imaginable. Hasta que lo cosieron y remendaron de nuevo.

–¿Con implante de platino?

–Con implante de platino por todas partes. Si compras a Milo puedes hacerte de oro.

–¿Cuánto pagó por él?

–Ah, es eso lo que quiere saber. Está bien, se lo contaré. Después del accidente nadie oyó hablar más de él.

–Si te he visto no me acuerdo.

–Exacto, condenado al olvido. Durante años no se supo nada. Yo me había olvidado de él completamente. Porque el fútbol es así. Cuando eres famoso, todos te jalean, pero a la que desapareces del mapa, no te figuras tú hasta que punto quedas borrado.

–Pero luego usted volvió a acordarse de él.

–El año pasado nos compraron a nuestro guardameta Kaupp, que ahora es el tercer portero del Sturm Graz. Y a mí se me ocurrió pensar de nuevo en Milovanovic. Pensé que podría estar recuperado. O al menos lo suficiente para jugar en el Klöch. Y como voy cada semana, tengo mis contactos, naturalmente. Así que no tardé en localizarlo.

–¿Y dónde se había metido?

–¿Dónde iba a meterse? Pues en su casa, construía su casa. Empezó a construirla cuando aún ganaba bien como profesional. Pero luego tuvo que ponerse él mismo manos a la obra, nunca mejor dicho.

–¿Y fue fácil convencerlo?

–No, no fue nada fácil, pero, claro... –el chófer frota con fruición el índice contra el pulgar–. Al final no pudo negarse.

Viendo el gesto del entrenador hubieras pensado que cada mes a Milo le dan un fajo de cien mil chelines en mano.

–¡Mucho no le pagarán en el Klöchl! –dice Brenner, aunque por Milo mismo sabe que su sueldo fijo es exactamente de dos mil chelines. Al mes.

–Huy, se le paga bastante. Para ser un yugo. Recibe divisas que puede invertir en su casa.

–El caso es que además tiene que trabajar en el Löschenkohl.

–Sí, ¿lo ve?, más divisas que se gana.

–Visto así... Con el club gana algo. Y luego gana también en el Löschenkohl. Y en el Löschenkohl tampoco ganará tan mal.

Löschenkohl. Löschenkohl. Löschenkohl. Una cosa hay que reconocerle a Brenner, habrá dado más rodeos que otro, pero al final poco a poco lleva a Ferdl a su molino. Y ahora dice:

–El joven Löschenkohl también ha tenido cartas en el club.

–Ya no.

Pausa.

–Ya no –repite el chófer–. Porque ahora ni pincha ni corta.

–¿Por lo del soborno de Ortovic?

Durante un rato Ferdl no dice nada. Se queda callado porque ante un tema triste uno guarda silencio. Y luego dice:

–El joven Löschenkohl le ha hecho mucho daño a nuestro club. Así y todo no le guardo rencor. Porque me da pena.

–¿Por qué le da pena?

–¿No lo conoce?

–Sólo de vista.

–Es un pobre diablo. Siendo presidente del club va y soborna al delantero del Feldbach. ¡Hay que imaginárselo! Algo nunca visto en una categoría inferior. Algo sin precedentes.

–Y el delantero se fue derecho a la prensa.

–Sí señor, por una vez un yugo honrado.

–¿Y Löschenkohl?

–El club lo mandó derecho a la calle. Y a bombo y platillo. ¿Qué íbamos a hacer si no?

–Pero él no reconoció haberlo hecho.

–Aquí nadie reconoce nada. Pero era evidente. Yo conocía personalmente a Ortovic. Y, tengo que decir, lástima, un chico agradable. Y un buen delantero. Además, las

mujeres lo adoraban porque Orto era un muchacho apuesto, no muy alto, pero un morenazo con la fuerza de un toro.

Ferdl pone auténtica cara de placer al describir a Ortovic. Pero no vayas a pensar mal, porque ya sé yo que de los entrenadores se dice a menudo que no son sólo los intereses deportivos los que los mueven a ocuparse de los chavalines, sino que también hay un no sé qué de por medio.

Pero Ferdl jamás. Pongo mi mano en el fuego. Porque era mujeriego como el que más, y debo reconocer que por su forma de describir a Ortovic, se veía reflejado en él. Y en efecto, le sale desde dentro del corazón cuando dice:

–De veras, una lástima el chico tan guapo.

–¿Y sólo por las declaraciones de Ortovic echaron del club al joven Löschenkohl?

–Obvio, tuvimos que retirarlo del consejo directivo. Para que todo el mundo viera que era sólo la punta del, del...

–¿Del iceberg?

–No, no. Del... del club, quiero decir, del consejo directivo. Sólo el presidente. Es decir, sólo Löschenkohl.

Llegaban de nuevo a la frontera, pero no hubo trámites porque a Ferdl los aduaneros lo conocen ya. No quiero faltar a la verdad, pero para mí que estaban conchabados. El caso es que los hicieron pasar sin controlarlos y una vez al otro lado, el chófer dice:

–Cuando llega la noche se ponen ahí. Las putas de Yugoslavia. Al igual que los futbolistas que juegan para nosotros, las putas también se ganan aquí sus divisas.

Lo de las divisas parecía obsesionarle. Como chófer probablemente uno está familiarizado con el tema. En realidad, no es una mala profesión, con el tiempo puedes ver mucho mundo. Y Ferdl ha llegado a reunir un buen bagaje de cultura general que exhibe diciendo:

–Las putas yugoslavas son mejores y más baratas que las nuestras.

–Igual que los jugadores –dice Brenner.

–Exacto. Igual que los jugadores –se ríe Ferdl y apunta con la cabeza a la orilla de la carretera y dice:

–Ahí tiene a la primera. Pero es sobre todo los fines de semana cuando abundan. La novia de Ortovic también andaba ahí. Antes de desaparecer.

–¿Dejó a Ortovic plantado?

Menuda pifia. Porque es eso lo que siempre he querido decir. Preguntas en un momento inoportuno y lo estropeas todo.

Porque ahora Ferdl sabe que Brenner no es periodista deportivo. Cómo va a serlo si ni siquiera sabe que el delantero yugoslavo Ortovic y su novia desaparecieron un par de días después del soborno. Que se los tragó la tierra de la noche a la mañana.

Ferdl, tras el volante, se sume entonces en un silencio glacial. Ya puede Brenner preguntar o dejar de preguntar que de Ferdl no recibirá más que la gélida callada por respuesta. Sólo cuando Brenner lo chincha un poco con lo de las mantas milagrosas, el chófer acaba recobrando el habla.

Pero resultó que sabía lo que todos y nada más: que el delantero Ortovic del Feldbach

volvió a aparecer anteayer; en el gran saco de pelotas del FC Klöch. Justo tres días después de que el guardameta Milovanovic se esfumara sin dejar rastro.

Lo que sigue es, claro, un poco embarazoso de contar. Porque Brenner piensa en esa prostituta desaparecida, la novia de Ortovic. Piensa que quizás debería pasarse por el Borderline de la ciudad fronteriza de Radkersburg porque allí tal vez puede descubrir alguna cosa.

Y dirás que es una buena excusa. Ya me parece estar oyendo las murmuraciones de la gente: que Brenner no habrá ido de mala gana al Borderline. Y tampoco se puede tomar a mal que alguien piense así. Dicho *inter nos*, Brenner tampoco estaba muy seguro de si su único móvil era, por así decirlo, el de investigar o si también había ahí un algo de... Tú ya sabes a lo que me refiero, no hace falta que especifique. El caso es que Brenner al fin y al cabo no es más que un hombre como los demás.

Además se dirá que la prostitución callejera es una cosa muy distinta. Y la gente se preguntará: ¿Qué se le ha perdido entonces a Brenner en el Borderline? Pero vamos a ver, si ya todo el mundo va de listo por la vida, permítanme que yo, por una vez, diga también lo mío: es precisamente en el Borderline donde Brenner llega a avanzar ese milímetro determinante sin el cual a día de hoy seguiría sin haber atrapado al triturador de huesos de marras, que tanto terror llegó a sembrar en Estiria que las madres ya ni se atrevían a dejar salir a sus hijos a la calle. Aunque huesos de niños no había entre los que encontraron. Pero cuando eres madre, lo más normal es que te apliques lo de madre prevenida vale por dos.

Y en la actualidad pocas madres son conscientes de que es gracias a Brenner que pueden dejar salir a sus criaturas a gozar de la naturaleza. Y a jugar al bádminton y nadar y montar en bicicleta; que todo eso es muy divertido, pero sólo es posible gracias a que Brenner fue al puticlub. Y por mí, ya puede haber habido un poco de... en su decisión, o sea que me da igual si no lo hizo exclusivamente por necesidades de la investigación. ¿Acaso es tan grave si, a cambio, tenemos unos cuantos muertos menos en Estiria?

Tienen que disculparme, pero a veces me exaspera sobremanera la hipocresía de nuestra gente. A ver, sigamos, ¿por dónde me había quedado?

Es domingo por la noche, han transcurrido dos días desde el viaje en autocar a Maribor. Porque Brenner ha pensado que el sábado hay demasiado jaleo y que es mejor acercarse al puticlub el domingo por la noche que no hay tanta clientela, así le será más fácil trabar conversación con las chicas.

Hace veinte años, cuando aún estaba en la Escuela de Policía, Brenner estuvo más de una vez en un burdel porque de joven, arropado por el grupo, te resulta más fácil. Pero no hay que escudarse siempre en el grupo porque, a decir verdad, Brenner nunca le ha

hecho ascos a la cosa, para qué disimular. El caso es que desde que dejó la Escuela de Policía no ha tenido nada que ver con prostitutas; bueno, salvo una vez estando de servicio, pero en su vida privada nunca.

Ahora, después de tanto tiempo, le vuelve el nerviosismo, el miedo iniciático. Pero al instante se siente de nuevo como en casa porque justo a la entrada se encuentra con un viejo conocido. O sea que Jacky no es un desocupado, sólo que tiene todo el día libre para estar ganduleando en el Löschenkohl porque trabaja de noche. De portero en el Borderline.

–Vaya, o sea que éste es tu negocio, Jacky.

–No, es mi idealismo –refunfuña Jacky. Sigue un poco de mala uva porque no hace mucho ha tenido que volver al trabajo de portero del Borderline.

Hace sólo un mes que la médica jefa de servicio le ha dado el pasaporte porque dejó embarazadas a dos de sus enfermeras a la vez. Dicen que a ella el asunto le costó el ascenso a jefa del departamento porque aquí la gente sigue siendo un tanto extraña para eso de que una mujer de cincuenta tenga un amante de treinta. No sé que habrá de cierto en el rumor, pero cuando el río suena piedras lleva.

Jacky le sostiene la puerta, luego la pesada cortina de terciopelo rojo, luego una puerta negra con un cristal redondo, y al final Brenner, claro, menuda sorpresa.

Y es que es ahí donde ves cómo pasa el tiempo. La gente dice que es en los niños. Pero ahora Brenner lo ve en el burdel porque aquel, vamos, ni comparación con los de hace veinte años, cuando iba a la Escuela de Policía.

Una música, una bruma artificial, una luz de reflectores, no te lo puedo ni describir. Tú imagínate Nueva York, o París, o si prefieres Moscú, pero ¿en el este de Estiria? A Brenner le parece que en todo el cuerpo le nacen orejas, o sea cada poro de la piel una oreja; y ahora imagínate que por ahí, es decir, por todas partes te entra la música.

–¿Por qué pones esa cara tan triste? ¿Te catearon en el examen de bachillerato?

De súbito Brenner tiene a su lado a aquella pelirroja que no ha visto acercársele. Sigue como embobado y ahora recuerda esa vez que, estando en la Brigada Criminal, pasó toda una noche de guardia sin tener que hacer un solo servicio. Hasta las cuatro de la mañana estuvieron jugando, él y sus compañeros, al Mau-Mau, a un chelín por punto, y de pronto Oberascher se levantó, fue hasta el armario de las drogas donde estaba la cocaína que habían confiscado el día anterior y volvió a entrar.

Y ése es el peligro de este círculo vicioso, que años después puedes tener una recaída. De repente la cosa te tira y vuelves a quedar enganchado a plena luz del día, aunque lleves años seco. Y aquí hay una palabra para definir ese estado, se le denomina *backlash*, en inglés claro, porque tiene que ser tan terrible que no te atreves a decirlo en alemán.

¡Pero será posible! Brenner lleva ya... ¡espera!... trece, catorce, quince años seco, y ahora semejante *backlash*. El hombre cree que se le doblan las uñas. Por eso, en ese momento, masculla para sus adentros: «Me temo que Löschenkohl me sirvió un pollo empanado en cocaína».

La puta lo oye a pesar de la música atronadora, o acaso sabe leer los labios; no lo sé.

El caso es que se desternilla de la risa doblándose hasta la cintura y al incorporarse dice entre risas:

–Empanar el pollo en cocaína, qué buena la broma. ¿Cómo te llamas?

Sigue desternillándose, pero Brenner no está aún tan obnubilado como para no notar que ésa sólo espera una ocasión para poder desternillarse.

Pero, desgraciadamente, el tiro le sale por la culata, pues en Brenner su risa es absolutamente contraproducente. A la que huele el perfume penetrante de la mujer se le cae el alma a los pies. Toda la magia se esfuma. De repente vuelve a la sobriedad más absoluta. Ya puede haber tanta música tanta bruma y tanto *backlash* como quieran, que en cuanto Brenner huele el penetrante perfume, es como cuando le das a un interruptor. Al final resulta que el pollo ha sido empanado en suave harina de trigo monda y lironda.

–Me llamo Simón –dice Brenner porque piensa que no tiene por qué dar un nombre falso; que ya está lo suficientemente grandecito como para atreverse a decir su verdadero nombre en el burdel.

–Tumón.

–Simón.

–No, Tumón –vuelve a decir la puta mondándose de risa–. Porque en el burdel no nos gustan la palabras que empiezan con «si».

–¿Y tú cómo te llamas? –pregunta Brenner porque piensa: si ésta es tan charlatana, pues mejor que mejor, quizás he dado con la que buscaba.

–¡Tú Mon, yo Angie! –dice Angie.

Porque en todos los burdeles hay una Angie, y ésta es la del Borderline de Bad Radkersburg. Y como Brenner mira un poco alelado, ella vuelve a probar cambiando el orden:

–¡Yo Angie! –dice y se señala el propio pecho, que quizás debo añadir que lo tiene desnudo. Y luego le toca a Brenner el pecho diciendo–: ¡Tú Mon!

A continuación Brenner tiene que invitarla a un botellín de champán y a pesar de que pone de su parte para contribuir a la diversión, ella, después del segundo sorbo, ya le pregunta con cara de preocupación:

–¿Por qué pones esa cara tan triste? ¿Te catearon en el examen de bachillerato?

Y en realidad es sólo porque la frasecita lo exaspera tanto por lo que Brenner responde:

–¿Y qué cara voy a poner ante semejante pocilga?

Pero al decir pocilga no se refiere al burdel, o sea no es que tenga una objeción moral, se refiere a la mesa de al lado. Y la verdad es que del establecimiento nada que decir, todo impoluto, pero justo aquella mesa desocupada al lado de Brenner parece un criadero de cerdos: vasos rotos, botellas tumbadas, colillas por todas partes y, en el suelo, sólo falta la vomitona.

–Ah, eso sólo es de Palfinger –dice Angie.

–¿Quién es Palfinger?

–Yo Angie, tú Mon.

Ésta de veras está majareta, se dice Brenner para sus adentros. Y ahora, de veras se alegra de que la música esté tan fuerte y de enterarse sólo a medias de la cháchara de

Angie. Y si hoy en día te enteras de algo sólo a medias, es fácil ignorar la otra mitad.

–Es una broma, como en Tarzán, ¿entiendes? Yo Tarzán, tú Jane, ¿entiendes?: Yo Angie, tú Mon, ¿entiendes? ¿Qué Tarzán es el que más te gusta? A mí Johnny Weissmüller. Hombres así ya no hay. Te lo pongo por escrito.

Menos mal que Brenner es un especialista. Cuando no quiere oír algo... Porque cuando te has pasado dos décadas en comisarías y puestos de policía, entonces puede que seas un poco especialista en drogas, o un poco especialista en asesinatos, o un poco especialista en estafas. Pero especialista de verdad sólo eres en hacer oídos sordos. Porque día y noche oyes a alguien hablando. Si no es el colega de la otra mesa es la secretaria que negocia las condiciones de su divorcio: que quién tendrá la custodia del canario, y quién sólo el derecho a visitarlo. Si ahí no te conviertes en un especialista en hacer oídos sordos, no sobrevives medio año.

–¿Por qué pones esa cara tan triste? ¿Te han cateado en el examen del bachillerato? Ahí viene.

Pero la gracia de saber hacer oídos sordos está en volver a oír cuando llega el momento oportuno. Por eso digo que Brenner es un especialista. Porque hacer oídos sordos lo sabe cualquiera. Lo que no es tan fácil es prestar atención en el momento decisivo; eso es lo que distingue al as.

–Ahí viene.

Brenner ve cómo un mastodonte de manteca baja a tientas la escalera con piernas tan tambaleantes y enclenques que parecen cerillas. Palfinger se sujeta miedoso a la barandilla y cuando por fin alcanza el último escalón, necesita una eternidad hasta llegar a su pocilga. Entonces se deja caer sobre la poltrona color rojo vino con tal estrépito que levanta una auténtica nube de polvo, pero a la luz del reflector ésta se asemeja más bien a una aureola color rosa.

–Parece un cerdo –grita Brenner en el oído de Angie.

–¡Chissst!

De repente es Angie la que pone cara de haber sido cateada en el examen de bachillerato y dice:

–¿Estás loco? Si es nuestro mejor cliente.

–¿El marrano este?

Yo personalmente encuentro a la gente gorda diez veces más guapa que a esos que están en los puros huesos. Porque hay gente aquí que está tan flaca que de Biafra llegan donativos. Pero visto el panorama que tiene Brenner ante sus ojos, también tengo que decir que hay que entenderle. Porque no es sólo la corpulencia, sino, en general, el aura que irradia este sujeto.

–Es Palfinger –dice Angie.

–No conozco a nadie que se llame Palfinger.

Primero Angie no quiere creerlo.

–¿Dónde has hecho tú la escuela? –dice, y apura la última gota de champán y desaparece.

Cuando al cabo de cinco minutos vuelve recién maquillada, no se sienta con Brenner

sino con Palfinger, porque debe de calcular que con éste la comisión será más sustanciosa. Pero Angie no tiene hoy un buen día porque, antes de que se siente, Palfinger le propina una auténtica patada en el culo. Y hay que ver la agilidad que tiene el hombre, que hasta a mí me sorprende. Pero a la gente del Borderline no le sorprende en absoluto porque ya están acostumbrados al comportamiento de este individuo. Angie también vuelve a reír, ahora que ha conseguido incorporarse. Y ¿ves?, lo que distingue a una puta es que va y se sienta de nuevo al lado de Brenner y le pregunta si le paga otro champán. Pero a Brenner le falta tiempo para contestar porque Palfinger ya gruñe:

–¡Angie, apártate que voy a escupir!

Y aunque Angie despeja enseguida el sitio, Palfinger considera que no se da la debida prisa y desde cuatro o cinco metros de distancia le escupe a la cara.

La chica se escabulle definitivamente tras la barra y Brenner busca con los ojos otro sitio donde sentarse porque teme ser el siguiente a quien esta bestia ataque. Pero antes de que acabe de finalizar su pensamiento, Palfinger le suelta:

–Ven, siéntate aquí, olfateador de huesos.

Para casos así existe el viejo truco de hacerse el sordo. Y cuando uno quiere que lo dejen en paz, ésta sigue siendo una de las mejores opciones. Pero, cómo te diría, ¿acaso no es eso precisamente lo que Brenner quiere hacer cuando dice?:

–¿Qué pasa, que no acierta una segunda vez desde esa distancia?

–En un puticlub uno se tutea, olfateador de huesos. Es como cuando se escala una montaña, una vez superados los 2.000 metros la gente no se trata de usted; pues lo mismo vale para los burdeles. Ven, siéntate aquí conmigo y te cuento una cosa. Nunca escupo a alguien dos veces el mismo día. Por principio.

–También me lo puede contar desde ahí. Un poco de distancia no viene mal.

A Palfinger le cuesta moverse como a un viejo gravemente enfermo y necesita unos cuantos minutos hasta haberse liberado de su baja poltrona y estar de pie sobre sus piernas cerilla.

Luego se dirige lentamente hacia la puerta y le pide a Jacky que entre. Ahora Brenner comprende que lo del idealismo de Jacky no está tan fuera de lugar. Porque ganarse se gana el dinero con algo bien diferente.

Cuando Palfinger regresa con la hierba fresca, se coloca al lado de Brenner y con toda corrección le tiende la mano.

–Permítame que me presente: Julius Palfinger. Sería un honor para mí que usted se dignase a compartir conmigo la mejor cosecha de Jacky.

Tan envarado es para moverse como para expresarse, piensa Brenner. Haciéndose el cortés, el hombre le resulta aún más desagradable que dando patadas en el culo.

–No fumo.

–¿No tiene vicios? –dice Palfinger riendo para sus adentros.

A Brenner le sorprende ver lo hábil que es Palfinger con sus dedos regordetes para liar el porro. Lo enciende con una cerilla extralarga como las que se usan para encender el horno de gas. Y Brenner piensa: tras la primera calada desembuchará eso tan importante que tiene que contar. Pero el otro da primero otra calada, retiene el humo en los

pulmones tanto como puede y luego dice:

–¿Puedo preguntarle si en el marco de sus investigaciones ha dado usted con una huella de mi desaparecido amigo Horvath?

Es una ley de toda la vida. La gente que afirma que quiere contarte algo en realidad lo que quiere es sonsacarte información. Y los que dicen tener sólo una pequeña pregunta siempre quieren contarte qué sé yo qué cosas.

–¿Se refiere al artista Horvath?

–Para otros será el artista Horvath. Para mí es mi amigo Horvath.

–¿Y para quién es él el artista? –pregunta Brenner. Porque tú como detective no estás para dejar que otros te interroguen.

–Para su galerista. Y para los coleccionistas de arte. Sobre todo para Marko.

–¿Para éstos Horvath no es un amigo?

–¿Acaso a un amigo se le convierte en dinero en cuanto desaparece del mapa?

–No sería la primera vez que ocurre.

–El señor galerista Haselsteiner y el señor coleccionista Marko están que no hallan el momento de poder organizar la gran venta saldo de Horvath.

–Estos dos no parecen ser santo de su devoción –dice Brenner.

–¿Qué persona dedicada al arte es devoto de su galerista o mayor coleccionista?

–Entonces, usted también es artista.

–Julius Palfinger –se presenta el hombre por segunda vez a Brenner ofreciéndole de nuevo la mano, pero esta vez dice además–: Gran Premio Nacional de Artes Plásticas. Museo Peggy-Guggenheim, Galería Tate, Biennial, Documenta. Múnich, Berlín, Zúrich.

–¿Múnich, Berlín, Zúrich? –dice Brenner–. Eso me suena de jugar al Monopoly.

Y de veras, durante un tiempo en las guardias, Brenner y sus compañeros solían jugar al Monopoly en lugar de al Mau-Mau. Se compraban terrenos, casas y hoteles. Pero cuando cada dos por tres hay que salir al servicio, una de esas partidas dura una eternidad. Por eso pasó de moda y volvieron a sacar las cartas del Mau-Mau.

–¿Y? –dice Palfinger sacando de sopetón a Brenner de sus musarañas–. ¿Tiene alguna noticia acerca de mi amigo Horvath?

–Primero tengo que encontrar a mi cliente.

–¿Y qué pasa con Ortovic?

Brenner se limita a encogerse de hombros y le pregunta a su vez:

–¿Conoce a su novia, Helene Jurassic?

–Conozco a todas la putas de Austria.

No insistir con preguntas. Palfinger apaga su cigarrillo como si al hacerlo estuviera compitiendo en la olimpiada de habilidad de precisión. Y luego dice:

–¿Si yo le digo dónde está la Jurassic, usted me dice a mí dónde está Horvath?

–Okay.

En circunstancias normales Brenner jamás hubiera dicho «okay», y ahí es donde te das cuenta de que miente. Porque en ese momento no tiene la menor idea de dónde se habrá metido el tal Horvath. Ni siquiera tiene motivos para sospechar que los huesos hallados sean suyos.

–Helene se las piró a Viena –dice Palfinger.

–¿De dónde saca usted eso?

–En el burdel la gente no se trata de usted.

La amabilidad de Palfinger vuelve a menguar.

–¿Y dónde está Horvath?

–Muerto.

Brenner sólo lo dice porque teme que si confiesa que no tiene la menor idea, Palfinger le monte un zafarrancho.

Y quizá hasta sea mejor así. Porque así Palfinger se queda la mar de tranquilo y pasa las próximas horas entreteniéndose única y exclusivamente con la mejor cosecha de Jacky. Hasta que a las tres y media se acaba la música. Seguramente sabrás cómo es eso, lo silencioso que puede llegar a ser un local cuando en la madrugada quitan la música. Y en ese momento se oye la voz apagada de Palfinger:

–Tan fácil es liar el porro como el petate.

Sólo lo decía en voz baja para sí mismo. Pero Brenner lo oye estando tres mesas más allá. Aunque en ese momento lo que hace es repasar las preguntas del examen de bachillerato con una colega de Angie.

Quizá toda esta historia habría tomado otro derrotero si al día siguiente Brenner hubiera ido directo a Viena a buscar a la novia de Ortovic. Pero, al fin y al cabo, lo separaban cuatro horas de camino, de modo que pensó que puesto que Graz le pillaba de paso aprovecharía la ocasión para darse una vuelta por ahí.

Klöch está a una hora escasa de Graz y sin embargo aquello es otro mundo. Porque no debes olvidar una cosa: Brenner es de Puntigam, como quien dice, un arrabal de Graz, famoso por su cerveza, la Puntigamer. Y cualquiera pensaría que, llegado a Graz, se vería devuelto a su infancia; que la ciudad le traería recuerdos y le haría revivir cosas. Porque, en Graz, Brenner no ha estado desde el entierro de su padre y de eso, aunque cuesta creerlo, ya van a ser seis años.

Pero no, de sentimentalismo nada. Aquello que uno dice: una vivencia de la infancia, o el cine donde fue mi primera vez con una chica, o aquel otro sitio donde me caí un día con la vespa. Porque sabrás que Brenner antes tenía una vespa trucada. Cuando se presentó al puesto para policía estuvieron a punto de rechazarlo por la cantidad de denuncias que acumulaba.

Luego diecinueve años en la policía y casi nunca en Graz. Porque pidió varias veces traslado, sobre todo al principio, cuando su lema era: ahora soy joven y quiero ver mundo. Eisenstadt, Salzburgo, Linz, Landeck, Attnang... ha estado en todas partes menos en Graz.

Y ahora que vuelve a estar en Graz, sería comprensible un cierto sentimentalismo. Que le diera por pensar: tan joven que era y tantas ilusiones que tenía y heme ahora, pronto con el traje de pino. Porque esta expresión era la que siempre usaban los de la Brigada Criminal. Pero habría que preguntar a un psicólogo porque estaría bien saber si tiene algún significado eso de que a uno hoy en día le dé por llamar traje de pino al ataúd.

Esos mismos hombres son precisamente los que, por otra parte, tienden al sentimentalismo. Aunque en este momento nada más lejos de Brenner que ponerse sentimental. Está encantado de dejar atrás el asadero de pollos y el Klöch de marras. Y en Graz, con sus 300.000 habitantes, Brenner respira tan aliviado, ni que estuviera en Manhattan.

Ahora bien, ¿por qué digo yo Manhattan? No debes olvidar que Brenner tenía esa maldita costumbre de silbar. Y cuando de niño en Puntigam se pasaba las horas haciendo el gandul en el taller de carpintero de su abuelo, la emisora local Austria-Regional ponía todo el tiempo el programa «Pide tu canción». Pero no es que quiera disculparme por el gusto musical de Brenner. El tiempo dirá si lo que ponen hoy en la radio es tanto mejor

que «La gente caballera», la melodía que Brenner silba ahora ensimismado.

Ahora está dicho: «La gente caballera», canción arrabalera a más no poder, propia de las carpas de la fiestas populares. Pero no hay que olvidar que Brenner sólo se sabía una estrofa, que decía lo siguiente:

Y al caballero de Manhattan,  
en la batalla se la capan.

En eso podías notar que Klöch ya le resultaba agobiante. El asadero de pollos, el cuarto de servicio, la moledora de huesos, todo lo agobiaba. También el hecho de que en lugar de la patrona hubiera aparecido la cabeza de Ortovic. Y de pronto siente que... a ver si lo digo sin que suene melodramático... no sé; siente como si le estuvieran estrangulando la yugular. Tú imagínate una manguera de jardín a la que alguien le pone el pie encima y, claro, el agua ya no pasa. Pues así, y en Graz fue como si el zueco por fin dejara de oprimir la manguera.

Deambulaba entre miles de consumidores por la zona peatonal silbando la melodía de «La gente caballera». Y es que eso que llaman en psicología «elaboración del pasado» no es más que una verdad a medias. Porque Brenner ahora se siente de veras como en Manhattan, el bullicio de la zona peatonal le supone en estos momentos un verdadero placer, va leyendo los numerosos letreros de las tiendas, y que ya el primer sábado del mes la gente se sienta impelida a pulirse todo su dinero se le antoja la mejor idea que pueden tener, sí señor. Aunque, en circunstancias normales, nuestro detective suele ser un ahorrador empedernido que a menudo usa sus zapatos hasta que se salen los dedos por delante.

Pero quizá sólo se le ha ocurrido pensar en esto porque está frente a la zapatería que buscaba. Pertenece a la hermana de la desaparecida patrona del Löschenkohl y cuando Brenner mira el escaparate, no sólo silba sino que incluso tararea para sus adentros:

Y al caballero de Manhattan,  
en la batalla se la capan.

Quizá haya sido también por la primavera. O porque ayer en el Borderline empezó a cogerle gusto a la cosa. Que por eso le haya dado por canturrear esa canción. No soy psicólogo, por tanto no lo sé. Pero una cosa he de decir: la mujer que ve a través del escaparate está como para que a cualquiera se le pasen ciertos pensamientos por la cabeza.

Brenner espera ante el establecimiento hasta que no quedan clientes dentro. Pero es como una maldición, que cada vez que un cliente está a punto de salir, entra el siguiente. Al fin y al cabo algo bueno para la vendedora, pero malo para el detective.

A través del escaparate ya se ha percatado del extraordinario parecido entre la vendedora de zapatos y la patrona del Löschenkohl. Pues el joven Löschenkohl le ha dado dos fotos de su desaparecida esposa. Y desde entonces Brenner no ha dejado de

preguntarse una única cosa. ¿Cómo es que a una mujer tan atractiva se le puede pasar por el magín emparentarse con uno de un asadero de pollos? Porque hubieras apostado por lo que fuera, por París o, si me apuras, por ese otro sitio más lejos, al otro lado del charco, pero por Klöch, en la vida. En cualquier caso, Brenner entendía perfectamente que la mujer hubiera puesto pies en polvorosa.

Y luego la hermana. Cuando Brenner entra en la tienda tiene que hacer de tripas corazón para no ponerse a silbar. No de esa manera estúpida de antes cuando los hombres silbaban a las mujeres por la calle, tal vez lo recuerdes.

No, para no silbar su melodía. Porque nada más ver a una mujer automáticamente empieza a silbar para sus adentros lo del «caballero de Manhattan». En ese momento, obvio, alguna fibra se mueve en su interior, tiene sensaciones, y respira francamente aliviado: sigo siendo un hombre. Porque a ver, cómo no te va a dar la crisis de la mediana edad, si a día de hoy andas por los 45 y te estás pudriendo en Klöch.

—¿Desea usted algo?

Desear. A Brenner deseos no le faltan en ese momento. Pero también sabe comportarse y por eso sólo dice:

—El marido de su hermana, el señor Löschenkohl...

Ni decir tiene que la sonrisa despectiva de la mujer le atraviesa a Brenner la piel. Pero él, armándose de valor, sigue hablando como si tal cosa.

—...me dijo que la podía encontrar aquí.

—¿A ella, aquí?

—No, no a su hermana. A usted.

—¿A mí?

—Soy detective privado. Mi nombre es Brenner.

—Ah.

Ah. Qué interesante, hace un segundo Brenner se comía el mundo, y ahora tiene la autoestima por los suelos, ¿qué digo?, más abajo todavía, se le ha hundido totalmente, como en esos pantanos, en los que primero quedas sumergido hasta el cuello y luego, ojos que te vieron no te volverán a ver.

—El señor Löschenkohl dice que su hermana viene a menudo a verla.

—Ah.

—¿No sabrá por casualidad dónde está?

—¿En qué puedo servirle?

El gesto de la mujer ha sido extraordinariamente amable, de modo que si acabo de hablar de autoestima y pantanos, lo que tengo que decir ahora es que el sumergido Brenner reflota asomando el copete.

Pero lamentablemente la realidad me obliga a corregir enseguida porque lo que reflota no es un copete sino un tupé. Y tú prueba a sacar a alguien de un pantano tirando de su tupé. Bueno, aquí habría tema más que de sobra para filosofar largo y tendido. No obstante, prefiero ir al grano, aunque me sabe mal decir que Brenner, agradecido, devuelve la sonrisa y al mirar los ojos de la mujer se le ocurre pensar en aquella vez, hace cuarenta años, cuando asfaltaron la calle principal de Puntigam. Porque desde

entonces, en su vida ha vuelto a ver algo tan negro y brillante como el alquitrán fresco con el que cubrieron aquella calle.

Y sólo en ese momento cae en la cuenta. La mirada y la amable pregunta no van dirigidas a él, sino a la clienta que acaba de entrar en la tienda. Y lo creas o no, se trata de la presentadora de televisión que cada día da el tiempo de Estiria. Pero Brenner en ese momento no tiene ojos más que para su vendedora de zapatos. Tiene el pelo largo y rojizo y unos ojos negros como el alquitrán, toda una rareza.

Y vaya casualidad, porque Angie también tenía el pelo rojo y la presentadora del tiempo también, y no es que haya tantas pelirrojas. Pero es lo que pasa: durante un año no ves más que pelinegras, luego sólo rubias; son los caprichos de la vida.

En cuanto se marcha la presentadora del tiempo, la vendedora, acostumbrada ya a la amabilidad, conserva el tono y dice a Brenner:

–¿Podría pasarse al final de la tarde? Hay mucho ajeteo.

–Con mucho gusto. ¿Quiere que me pase a las seis?

–Si le va bien.

Sí, gracias. Hasta la vista. Brenner está contento. Ahora puede prepararse mentalmente para el encuentro con esta mujer. Que a fin de cuentas ha resultado ser bastante simpática, piensa. Y además, la idea de pasear un par de horas le viene como anillo al dedo. Buen tiempo, una ciudad hermosa, y en un pispás la vida adquiere para él un color bien distinto. Y sólo porque la susodicha le ha soltado una sonrisa. Así de ridículo es el ser humano.

Cuando a las seis menos cinco regresa a la tienda de zapatos, la puerta ya está cerrada. Y en el instante en que se percata de que es sábado de horario comercial prolongado y por lo tanto las tiendas cierran ya a las cinco, lo aborda una pelinegra diciendo:

–He ido un momento a la peluquería a que me decoloraran.

¿Lo ves? Ya decía yo que una pelirroja de ojos negros no existe, Brenner tendría que haber caído en la cuenta enseguida.

–¿Y el peluquero hizo una hora extra?

Porque ahora no voy a dejar que se me note la sorpresa, piensa Brenner. Pero no era momento para juegucitos y la vendedora de zapatos va al grano sin ambages:

–¿Cuánto tiempo hace que desapareció mi hermana?

–Una semana y media.

–¿Y ése ya recurre a un detective?

–En realidad fue su hermana la que me llamó.

–Ah.

Ah. Brenner tampoco se hubiera imaginado ni en sueños que la propietaria de una boutique le pudiera poner la carne de gallina. Pero tienes que saber que de niño lo que más le gustaba eran las películas de Winnetou el guerrero. Y con su pelo negro la vendedora de zapatos se parecía tanto a la hermana de Winnetou que... si no fuera porque sabe a ciencia cierta que Nscho-tshi murió en brazos de Winnetou, hubiera creído que la tenía delante en cuerpo y alma.

–Su hermana me llamó hace una semana para que me encargara del asunto de los

huesos. Pero cuando llegué a Klöch, ella ya no estaba.

–Lo que me extraña es que no se haya marchado antes.

–No es la primera vez que lo hace –dice Brenner.

–Pero antes siempre lo he sabido.

–¿Venía a su casa?

–A más tardar en una semana estará de vuelta. En el paraíso de los pollos.

–No parece mirar con buenos ojos al hombre que su hermana ha elegido como esposo.

–¿Qué hombre?

Ah. La arrogancia de la Nscho-tschi vendedora de zapatos desarma a Brenner. Y, claro, las cosas no pintan bien cuando a día de hoy un detective se deja desarmar tan fácilmente.

–¿Son ustedes gemelas?

–Yo soy cinco años menor.

Ahora menos mal que a Brenner se le ocurre una buena excusa y dice:

–Las fotos de su hermana deben de haber sido tomadas hace algún tiempo, ¿no?

Pero Nscho-tschi sólo pone esa mirada de: ¿acaso crees que necesito piropos?

–Las fotos son buenas. Ése es el aspecto que tiene actualmente. En las fotos nos parecemos mucho, pero en la realidad, como un huevo a una castaña. Yo tampoco lo entiendo.

–Será el carácter.

–Sí, probablemente. El carácter.

Debe de tener buen carácter la hermana mayor, piensa Brenner.

–¿Por qué cada dos por tres su hermana huye de Klöch?

–Yo sólo me he preguntado siempre por qué regresa.

–Quizá por amor.

–O por compasión.

–¿Con quién?

–Qué sé yo. Con los pollos probablemente.

–¿O con el viejo? –pregunta Brenner admirándose de que a ella se le agrie la cara al responder.

–Es posible. El viejo le daba pena a mi hermana por lo de las lesiones que le hicieron en la guerra. Y por lo de los actos compensatorios.

–¿A qué actos se refiere?

–¿Acaso le parece normal que una persona se pase el día asando pollos? ¿Y que cada año tenga que construir un comedor más porque le sigue pareciendo poco? En sus actos compensatorios se ve más claramente aún lo perversos que llegan a ser los hombres.

Hay que volver al tema, piensa Brenner:

–¿Y usted no tiene ni idea de dónde podría estar su hermana?

–Si se me ocurre algo, puedo llamarle por teléfono, ¿no? ¿Dónde lo puedo encontrar?

–En Klöch. Löschenkohl, ala de personal.

–Entiendo. Buenas noches, pues.

Buenas noches. Nada más quedarse solo de nuevo, Brenner nota lo solitaria que se

había quedado la zona peatonal. Cuanto más recorre la calle de un extremo al otro, más evidente se le hace el hecho de que en realidad no ha dado un solo paso hacia delante.

Y al caballero de Manhattan,  
en la batalla se la capan.

Ahora se alegra de veras de tener otra cosa que hacer en Graz esta noche. Aunque durante todo el día se ha sentido un poco atemorizado ante la perspectiva. Porque el interés por ver a la hermana de la patrona del Löschenkohl no ha sido más que secundario; la intención prioritaria que lo ha llevado a Graz es la de ver la exposición de Horvath, de la que le ha hablado Palfinger.

Brenner sólo ha estado una vez en su vida en la inauguración de una exposición. La mujer del jefe de la policía de Salzburgo bordaba molinos de viento holandeses y no es que le resultara fácil separarse de sus obras, pero para un fin benéfico... Porque, por lo demás, día sí día no el pasado oscuro de su marido en la prensa, de manera que ella optó por combatir la cosa a su manera, aunque fuera con molinos de viento.

Pero en una inauguración de las de verdad, con obras caras, Brenner nunca ha estado, es la primera vez. Aunque la apertura de la exposición de Horvath no difiere mucho de la que tuvo lugar en el salón de la señora del director de la policía. Porque allí los policías jóvenes le lamieron tanto el culo al jefe que al día siguiente las acciones de los fabricantes de vaselina se pusieron por las nubes. Y aquí en la galería Hasensteiner, tres cuartos de lo mismo; como si los asistentes no hubieran venido más que para hacerle la corte a un único hombre.

Pero ese hombre era exactamente la antítesis del director de la policía, un varón con la talla de un miembro de la guardia de honor, nervudo y de pelo níveo que hubieras dicho: recién importado de Argentina. Pero aquí en la galería Hasensteiner, en cambio, el lisonjeado es un hombrecillo insignificante, de cuarenta años como mucho, tan bajo que habrías podido creer que la joroba de los artistas flacos les viene de ahí, de tener que estar doblando el espinazo cuando se dirigen a él.

Pero no debo ser injusto, no todos los presentes son jorobados, a decir verdad, tanta gente tan guapa y elegante como la reunida en la galería Hasensteiner, Brenner no ha visto nunca en un mismo lugar. Y lo creas o no, el más guapo y elegante de ellos no llama la atención de Brenner hasta que no le pone una copa de vino delante de las narices.

—¿Qué tal encuentra a Horvath? —pregunta Kaspar Krennek poniéndole a Brenner la copa de vino en la mano.

—No lo encuentro porque no lo busco.

De algún modo la respuesta hace que Krennek piense en su padre, August Krennek, el Hamlet de la posguerra que siempre quería tener la razón. Pero, obvio, a Brenner no le dice nada. Porque esto a lo mejor es tema para la terapia del próximo martes, pero no para la inauguración de una exposición. De modo que se limita a sonreír y a decir:

—Yo, en cambio, ya le he echado el guante.

–¿Que tiene usted a Horvath?

–Por partida doble. Ese dibujo a lápiz que cuelga allí, enfrente. Y del otro salón, un grabado. Porque hoy todavía puedo competir. Dentro de un mes se venderán las grandes esculturas y éstas cuestan una fortuna.

–Pero tiene que estar vigilante porque un Horvath desaparece con una facilidad pasmosa –dice Brenner, y prueba el vino. Comparado al que servían en casa de la mujer del director de la policía, puro aguachirle.

–Para los cuadros no es desventaja que Horvath haya desaparecido –dice riendo Kaspar Krennek, el jefe de la Brigada Criminal–, mis dos dibujos los he adquirido antes por una décima parte.

–Los coleccionistas que compraron antes estarán contentos.

–Sobre todo uno –dice Kaspar Krennek–: el fabricante de goma Marko ha comprado en los últimos años obras de Horvath por unos cuantos millones. Y dentro de un mes las pondrá a la venta.

–Por diez veces más de lo que le costaron.

–Si el precio no sigue subiendo.

Brenner nota que Kaspar Krennek mira una y otra vez hacia el hombrecillo insignificante que se encuentra en el otro extremo. Pero ahora éste también parece haberse dado cuenta porque se ha apartado de sus discípulos y viene hacia Krennek.

–¿Me permiten que les presente, caballeros? –dice Kaspar Krennek muy formal, porque de nuevo lo traiciona su buena educación–. Nikolaus Marko, el coleccionista de arte más importante de Austria. Mi colega, el señor Brenner.

Tan vulgar le parece mi trabajo de detective, que para hacerme la cortesía me presenta como su colega, alcanza a pensar Brenner. Pero luego le vienen a la mente otros pensamientos. Porque Marko le dice a Kaspar Krennek:

–Sí que es trágico que un artista muerto siga cotizando más que uno vivo.

–Yo mismo tengo que darme golpes de pecho –dijo riendo Kaspar Krennek–. Y es que hoy mismo he adquirido mis dos primeros dibujos de Horvath. Que el precio se multiplique por diez no es más que el merecido castigo.

–Así y todo una buena compra –le felicita Marko–. En las obras de Horvath hay aún mucha fantasía. Y usted está en la feliz situación de poder contribuir a ello. Porque sus colegas de los tribunales siguen empeñados en impedir que recibamos la partida de defunción antes de la gran muestra el mes que viene.

–A lo mejor no está muerto –dice Brenner inmiscuyéndose.

El coleccionista de arte Marko lo mira sorprendido y dice:

–Rogaría porque tenga razón. Pero juraría que no la tiene.

–Rogaría y juraría –dice Kaspar Krennek, repitiendo, entre sonrisas, las palabras de Marko. Tan mal ha pronunciado éste las dos palabras que casi han sonado iguales.

–Rogaría y juraría.

El inspector de la Brigada Criminal se imaginó cómo el Hamlet de la posguerra se estaría retorciendo al oír cada palabra.



De Graz a Viena tardas una hora y media en coche. Pero si vas en tren el trayecto es de casi tres horas. Porque atraviesas el puerto de Semmering. Es el famoso ferrocarril de montaña, cuyo constructor aparece en los viejos billetes de 20 chelines. Se llamaba Carl Ritter von Gehgha. Lo puedes memorizar; no hace daño.

Hace cien años, un logro extraordinario de la técnica, cómo no. Pero hoy en día lo que más llama la atención es su lentitud. Y Brenner ya se está impacientando porque no hace más que distraerse con la historia de Horvath que no deja de rondarle la cabeza. Quisiera saber de una vez por todas qué pasa con la novia del decapitado Ortovic.

Su impaciencia le hace adoptar un ritmo del que él mismo se extraña. Venga, no hay tiempo que perder: primero, comprar tarjeta de teléfono al revisor; segundo, llamar desde el tren a la sede de la policía contra el vicio y las malas costumbres en Viena; tercero, pedir que le comuniquen con Winkler, el jefe de sección.

Y al cuerno el lío aquel con su mujer. En cualquier caso, de eso prefiero no hablar ahora. Porque han pasado ya quince años desde que Brenner hizo lo que hizo. Y se puede decir que a la sazón Winkler ya estaba prácticamente divorciado.

Pero al cuerno con aquello. Y al otro lado de la línea se oye la voz de la telefonista de la policía. Normalmente a Brenner le basta con oírla para percibir inmediatamente en la nariz el olor a rancio del cuartel, porque diecinueve años en la policía no se te olvidan de la noche a la mañana.

Diecinueve años con el mobiliario de la posguerra; todo de excelente calidad militar, nada que pudiera romperse. Lo único que alguna vez hizo falta fue si acaso remozar la pintura, por ejemplo cuando un detenido se hería aposta en el transcurso de un interrogatorio. O se ponía tan nervioso que le daba por vomitar y ensuciaba la pared por encima de la pintura al aceite; entonces, claro, había que blanquear. Y la centralita también sufrió una vez una remodelación; entonces, obvio, pusieron ordenadores, pero eso sí, las viejas máquinas de escribir siguieron funcionando porque para algunos formularios son sencillamente imprescindibles.

Las lámparas, los suelos de linóleo, los tablones de notas, los escritorios, las cafeteras; normalmente todo eso lo percibe de nuevo su nariz con sólo oír la voz malhumorada que dice: «Dirección de Policía II». Pero esta vez Brenner parece otro. Tres veces le pasan con una persona distinta, incluso oye ruidos de fondo, aunque él, impertérrito, no deja que ni una pizca de olor a rancio penetre en su nariz.

–Consejero Winkler.

–Felicidades por el ascenso.

–¿Qué ascenso? ¿Quién habla?

–Brenner. Cuando nos vimos por última vez todavía eras inspector. Y yo también.

–Ah, hombre, Brenner, casi no te reconozco. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué es de tu vida?

Winkler siempre ha sido un bonachón. Su mujer se las daba con queso que daba pena. Se parecía a la actriz de esa película francesa..., cómo se llamaba..., esa que echaron hace poco por la tele.

Eso sí, Winkler disimula a la perfección. Quién sabe, igual hasta lo ha olvidado por completo. Porque en eso los hombres son totalmente diferentes. Y Winkler es de los que no se hacen problemas. Además ha pasado la tira de años. En cualquier caso, lo que cuenta es que dos minutos más tarde Brenner se ha agenciado la dirección de la Jurassic. Y poco después de la media noche ya está en Praterstern.

De niño, en Puntigam, Brenner solía oír siempre a la hora de comer «Conductor al volante» en la radio. Era de veras un buen programa, con cantantes populares como Robert Stolz y Peter Alexander; daban reportajes, consejos y todo lo imaginable. Y a mediodía se oían las doce campanadas siempre desde un lugar distinto de Austria. Pero nunca desde Puntigam, dicen que por castigo porque al párroco se le atribuía una historia de sexo.

Y de aquellos avisos para conductores le venía a Brenner su familiaridad con el Praterstern, que conoció mucho antes de ir a Viena. Pero cosa curiosa, aunque sólo había oído hablar de esta rotonda de seis carriles en el centro de la capital en relación con atascos, obras o accidentes, se la imaginaba como un sitio hermoso, como una especie de planeta desconocido. Y a Helene Jurassic le debe de haber ocurrido algo similar porque si no por qué iba a ponerle a su bar el nombre de La Vía Láctea.

Cuando Brenner abandona la estación de cercanías para salir al Praterstern, lo primero que hace es dirigirse al contenedor-comisaría. Porque se siente un poco perdido, ahí en medio de esta rotonda preguntándose: ¿Y ahora cómo busco yo La Vía Láctea? Quizá por eso, siguiendo una vieja costumbre, lo primero que hace es acudir a la policía, que no deja de ser un punto de referencia. El puesto de policía del lugar es un contenedor como esos que se utilizan en las obras, seguramente los conoces, donde los albañiles a las nueve de la mañana ya se están emborrachando. Pues así, sólo que aquí no hay albañiles sino policías.

Y al llegar a la altura del contenedor-comisaría, Brenner se percata de que al otro lado, junto al concesionario Nissan, parpadean las luces rojas de un local nocturno. Se dispone, pues, a cruzar los cuatro, cinco, seis carriles en dirección al concesionario.

Una vez superada la cadena de obstáculos, el detective sigue vivo; ésa es la buena noticia. La mala es que el local no es La Vía Láctea de Helene Jurassic. De manera que Brenner prosigue su recorrido por el Praterstern; del concesionario Nissan a la taberna Hansy atravesando la Heinestrasse; cruza luego la Praterstrasse, toma el paso subterráneo en la Franzensbrückestrasse, deja atrás el paso subterráneo de la vía del tren, la alameda principal del parque, la Ausstellungsstrasse y la Lasallestrasse, pero nada. Nada de nada.

Lo repasa todo: el monumento al almirante Tegetthoff, el solárium Jamaica Sun, la

noría gigante, la gasolinera Avanti, el chiringuito de comida rápida, y cuando echa un vistazo a las calles laterales localiza incluso varios clubes: Rosi, Susi, Gato Negro. Al cabo de tres cuartos de hora vuelve a estar ante el concesionario Nissan; la tal Vía Láctea, desde luego, es una galaxia invisible en el espacio sideral del Praterstern.

Ahora bien, por esa rotonda no conviene circular a pie durante mucho tiempo. Pues en Klöch puede que ande suelto un brutal asesino, pero qué es un único asesino comparado con el Praterstern. Porque no te olvides de lo mal que conducen los vieneses. En París tampoco es que sean muy duchos, y en Nairobi tampoco. Pero lo que es en Viena, es que son malos con gana. Y si tienes a los peores conductores del mundo circulando por seis carriles y rozándote la oreja, fácilmente puedes perder los nervios.

Pero no son los bocinazos, frenazos y rechinazos los que sacan a Brenner de quicio cuando ya va por la mitad de su segunda vuelta. Es ese Mercedes blanco que de buenas a primeras invade la acera a trompicones y a punto está de aplastarle los dedos de los pies.

Y ya te puedes imaginar quién está sentado tras el volante del Mercedes blanco pelando el diente.

—Eh, Brenner, ¿qué te trae a ti por Viena? —pregunta Winkler, el inspector de la Brigada contra el Vicio, haciéndose el inocente.

O sea que el hombre sí se acordaba del lío de Brenner hace quince años con su mujer.

—¡Qué gracioso! Conque Vía Láctea, ¿eh? —dice Brenner.

—¡No me digas que buscas La Vía Láctea! —dice Winkler con sorna—. Estás pero que muy equivocado de lugar. Éste sólo es el Praterstern. No pertenece a La Vía Láctea. Es sólo una rotonda aquí abajo en la Tierra.

—¡No me digas!

Brenner sigue estando pálido como una sábana porque primero, una cerveza por la mañana en el vagón restaurante, que a eso él no está acostumbrado, y luego una vuelta y media al Praterstern. Y para completar casi acaba bajo las ruedas del Mercedes del marido de la Winkler.

Ahora Brenner debe de sentir que las piernas le fallan. Sólo así me explico que aceptara la oferta de Winkler. Porque éste le abre la puerta de su coche y Brenner deja a un lado su orgullo y sube.

—No lo tomes a mal, Brenner. Hay que divertirse un poco.

—¡Vaya gracia!

—Pero si divertirme era tu consigna, Brenner.

—Sí, sí. Tiempo ha.

—Pues fijate, no te he echado de menos en absoluto.

Winkler ha engordado al menos 30 kilos desde la última vez que se vieron. Pero Brenner no dice nada. Está contento de poder estar sentado en el confortable Mercedes y tener un chófer que lo saque del Praterstern.

—Helene Jurassic vive en el Monte Rojo —dice Winkler.

—Vía Láctea, Monte Rojo. ¿Será que la menopausia le da alas a tu imaginación?

—Hombre, ¿ya no aguantas una bromita? Al fin y al cabo lo de La Vía Láctea era una

buena ocurrencia.

–¿Y lo del Monte Rojo?

–¿Te suena Rotenberger?

–Sí, claro. Anneliese Rotenberger, la que cantaba con Rudolf Schock. En Puntigam siempre veía su programa en la tele.

–Se me había olvidado por completo que eres de Puntigam. Claro, siendo de provincias no puedes saber lo que en Viena llamamos un *Rotenberger*.

–Sí, de Puntigam. Y fijate qué maravilla, hasta sé escribir mi nombre.

–Antes no eras tan susceptible, Brenner.

–¿Y se puede saber adónde me llevas ahora?

–Al Monte Rojo.

Lamentablemente, cuando dos panolis entrados en años conversan, a menudo terminan por no enterarse de lo quiere decir el otro. Porque Brenner sabe perfectamente, cómo no, que el Monte Rojo es aquella colina donde los vieneses ricachones, o sea los llamados *Rotenberger*, tienen sus mansiones. Y también nota que Winkler ahora quiere ayudarlo, después del embuste que le ha colado con lo de La Vía Láctea. Pero ahora Brenner se empeña en no querer saber ya nada más.

Primero tiene que digerir la derrota que se ha autoinfligido recurriendo al método expeditivo. Por una vez que te decides por ese método ya la estás pifiando de tal manera que incluso Winkler, que nunca ha sido de los más lúcidos, te mete un gol. Calma, muchacho, lo que Winkler te quiere contar, ya lo sabrás a su debido tiempo, piensa Brenner.

Pero escucha lo que digo. Lo de la calma no tarda en ser historia. Winkler sigue adentrándose en el barrio de las mansiones en el Monte Rojo, donde, con cada metro que avanzan, los descapotables son más caros; con cada jardín que dejan atrás, los rottweilers son más agresivos y con cada casa que rebasan, las alarmas con autodisparador son más sensibles.

Brenner, sin embargo, no le da el gusto al cebón de su chófer de mostrarle la más mínima sorpresa cuando éste le sale con que la puta yugoslava de Radkersburg, Helene Jurasic, reside ahí, rodeada de directores de banco y ministros.

Pero cuando llegan ante su mansión, no puede por menos de quedar boquiabierto. No por el edificio, del más puro estilo modernista y tal. Y tampoco por el jardín, un auténtico parque. Y tampoco por los dos rottweilers negros, aunque éstos tratan por todos los medios de meterse a la fuerza por entre los barrotes de hierro forjado.

Es porque frente a la casa hay un Porsche platinado relumbrando pacíficamente al sol.

Pero vete tú a saber si sólo parece tan pacífico porque contrasta con el par de rottweiler que hay tras la verja. Brenner pasa al lado del vehículo y, sin pensarlo dos veces, abre la cancela. Ahora bien, ¿por qué no le inspiran el menor respeto aquellos perros que nada más verlo empiezan a soltar baba a chorros?

Verás, todo tiene que ver con Winkler. Porque éste sigue sentado en su Mercedes de servicio mirando con sonrisa maliciosa si Brenner se atreve a entrar o no. Y, por supuesto, ya se frota las manos de imaginar cómo Brenner, antaño héroe de su mujer,

ahora se va a cagar de miedo, nunca mejor dicho, ante los dos canes.

Brenner abre la verja y siente en su espalda la mirada de Winkler y, enfrente, la de los dos rottweilers de la Jurassic. Ahora bien, se dice que los perros huelen cuando una persona tiene miedo y que eso entonces sí que los pone agresivos. Porque ese olor debe de ser para un perro lo que para los humanos es ese aroma que percibimos al pasar por delante de una panadería y que nos despierta el apetito.

Es, pues, por Winkler por el que Brenner abre la verja tan deprisa que no tiene tiempo siquiera de sentir miedo. Y debe de ser por eso por lo que los rottweilers se abstienen de despedazarlo ahí mismo. Aunque es la hora de la merienda.

Pero en el último momento, según parece, le entra el pánico, o sea que exhala ese irresistible olor a panadería. Porque a la que casi ha alcanzado la puerta de la casa, una de las dos bestias vuela por los aires cual bola de nieve negra. Tú imagínate una de esas bolas de hierro que se usan en los derribos de los edificios viejos porque al jefe de obra le da la ventolera y dice: yo ahora lanzo la bola de demolición y luego como por arte de magia hago aparecer aquí un bloque de apartamentos con suelos de mármol, grifería dorada y demás artilugios; y luego una vez puesto el dinero a buen recaudo, me declaro en quiebra. ¿Ves?, por eso hay tantas casas nuevas de pisos entre las mansiones del Monte Rojo.

Pero la mansión de la Jurassic sigue estando ahí como una auténtica bombonera. ¡Y ni qué decir por dentro! Porque ahora Brenner ya está en el interior. Porque tiempo no ha tenido para llamar a la puerta.

—¿No suele usted cerrar con llave la puerta de su casa? —dice al ver que la dueña sale del salón.

—¿Qué dice?

—¿Tú no cerrar puerta casa?

—La mayoría de la gente suele ser honrada —dice Helene en un impecable alemán estándar, y le dirige a Brenner una mirada descarada como diciendo: primero, ¿qué se te ha perdido a ti en mi casa?, y segundo, ¡deja de hablarme en ese alemán de emigrante balcánico! Pero Brenner se siente libre de culpa, pues en cuanto a lo primero, el culpable ha sido el rottweiler, y de lo segundo, Milovanovic.

—Tiene usted que disculparme por haber entrado en tromba, pero es que los perros...

—En tromba entró también donde los perros.

Ahora Brenner difícilmente puede escudarse en Winkler. De modo que se calla porque la mujer le resulta demasiado rápida de palabra. Y hay que decir que Brenner es un poco de esos hombres que se dejan amedrentar fácilmente cuando tienen delante a una mujer con una réplica aguda.

Ya de entrada le ha causado buena impresión. Pero quizá es que es de esos que enseguida toman por inteligente a una mujer cuando es pálida, tiene el pelo corto y usa gafas. Yo sólo puedo decir una cosa: en el programa ese de la tele de adivinar profesiones jamás habrían dado con la de Helene; lo de puta no se le nota ni por el forro. Déjate de que si los típicos gestos de las manos, que si esto que si lo otro. A ella, desde luego, no se le nota nada.

Tampoco le hubiera echado en ese momento más de dieciocho años. Pero lo que pasa es que Brenner ya está en una edad en la que la gente joven te parece fácilmente más joven de lo que es. Porque Helene será pequeña y menuda, pero sus treinta ya los cumplió el octubre pasado. O sea Libra, aunque yo en esas cosas no creo. Pero la mujer no tarda en echar pelillos a la mar, y por eso bien podría decirse que tiene el típico comportamiento de los Libra, que tienden a ser conciliadores.

–¿Qué es lo que busca usted?

–Un amigo suyo ha perdido la cabeza.

–Ya la encontró la policía.

–Pero a mí me interesa más el resto.

–Pues yo que usted le preguntaría a éste –dice la Juristic sin inmutarse, y conduce a Brenner al salón de su casa donde está sentado el joven Löschenkohl, que tiene pinta de estar desesperado y enseguida empieza a gritar:

–Ya quisiera la mafia yugoslava poder colgarme a mí el muerto, pero yo no maté a Ortovic y sé que a Milovanovic lo encuentro aquí. Aunque tenga que quedarme esperando hasta el Juicio Final.

Dos minutos más tarde, Löschenkohl júnior se halla de nuevo frente a la bombonera de Helene. Y junto a él, Brenner. Pero ahora, increíble, los dos rottweilers, más buenos que el pan, echados obedientemente al pie de la mujer menuda. Y, ¿ves?, es por eso por lo que a mí no me gustan los perros, porque un día están a punto de arrancarte la cabeza y luego, al día siguiente, zalamerías; para eso mejor los seres humanos, si es eso lo que uno busca.

Ahora bien, a Helene Juristic, Brenner no consigue sonsacarle nada. Él ya es el tercero que la visita ese día. Tampoco a Kaspar Krennek la mujer le ha revelado nada acerca de su ex novio muerto ni del guardameta Milovanovic, que no da señales de vida. Aunque, algo es algo, Brenner al menos puede hacer el trayecto de vuelta en el coche de Löschenkohl júnior. Lástima, eso sí, haber comprado billete de ida y vuelta para el tren.

En cambio, llega a Klöch tres veces más rápido. Porque a día de hoy, si conduces a 190 todo el rato, para 190 kilómetros necesitas exactamente una hora. Durante tres cuartos de hora el joven Löschenkohl no dice ni mu. Pero ahora, por casualidad o por lo que sea, justo al pasar a toda pastilla por delante de la fábrica de pollos que acaba de quebrar, se le suelta la lengua:

–Hace medio año, Ortovic acudió a la prensa afirmando que yo lo había sobornado para el partido decisivo entre Feldbach y Klöch, lo cual es una mentira como una catedral. No pude explicarme qué sacaba con la calumnia. Ahora he tratado de averiguar algo sobre él. Hace unas semanas tuve la idea de que a través de periódicos deportivos yugoslavos de la época podría obtener información sobre su persona. Porque siempre se ha dicho que antes él era un fuera de serie en Yugoslavia.

–Como Milovanovic –dice Brenner.

–Yo, claro, no puedo leer la prensa yugoslava. Pero encontré una estudiante en Viena que fuera por mí a la biblioteca a revisar los periódicos. Me fotocopió y tradujo los apartados donde aparecía el nombre de Ortovic. Hoy por la mañana he ido a su casa a

recoger las traducciones –dice Löschenkohl júnior sacándose unas cuantas hojas dobladas del bolsillo de su americana, y se las da a Brenner.

Brenner lee que fue Ortovic quien le rompió la cabeza al guardameta Milovanovic de una patada.

–Ahora entiendo por qué busca usted a Milovanovic. Pero lo que no entiendo es qué sacaba Ortovic calumniándolo a usted.

Cuando vas de Viena a Klöch por la autopista, tienes que tomar la salida de Ilz. Luego puedes seguir por Feldbach o por Fürstenfeld. Más bonito es coger la carretera que pasa por Fürstenfeld y luego bajar por la ruta del vino hasta Klöch. Aunque llegas antes si vas por Riegersburg y Feldbach. Y los 15 kilómetros de Ilz a Riegersburg, el joven Löschenkohl se los cepilla con su Porsche a tal velocidad que la saliva que Brenner traga en Ilz todavía no le ha llegado al final del esófago cuando pasan por Riegersburg.

Y luego, en el trayecto de Riegersburg a Feldbach, Löschenkohl júnior dice:

–Yo tampoco lo sé. Sólo sé que mi mujer ha desaparecido al mismo tiempo que Milovanovic. Y que en esa misma semana apareció la cabeza de Ortovic.

Feldbach tiene un moderno campanario de hormigón. Antes era gris, pero luego tuvieron un párroco joven que incluso había estado con los hippies y a ése no le gustaba que el campanario fuera gris. De modo que lo hizo pintar de arriba abajo con manchas de distintos colores. Y como las colinas no son más altas, el campanario se divisa ya desde lejos, mucho antes de llegar a Feldbach. Claro que si vas arreando de esa manera como va Löschenkohl júnior, con todo y los colorines, visto y no visto.

–¿Ha visto usted la choza de Helene Juristic? ¿Cuánto cree que le habrá costado semejante bungalow en el Monte Rojo?

El joven Löschenkohl pronuncia la palabra con «a», o sea «bangalow». Y es que siempre ha habido los dos grupos, los que la pronuncian con «u» y los que la pronuncian con «a», y quizá sea ése el motivo por el que la palabra ha pasado de moda.

A Brenner ahora le parece incluso que no oía la palabra desde que su tía en Puntigam participó en un concurso en el que se rifaba un bungalow. Aunque lo único que ganó fue un tentetieso de plástico amarillo que luego regaló a Brenner. Pero ese tipo de recuerdos te pasan por la cabeza zumbando, que ríete tú de un Porsche. Y Brenner enseguida contesta:

–Unos cincuenta mil al mes tendrá que poner sobre la mesa, digo yo.

Al rostro del joven Löschenkohl vuelve la risa arrogante, mezcla de desprecio y un implorante «No me pegues». Mezcla peligrosa, piensa Brenner, aunque visto así, en este país prácticamente todo quisque debe de ser peligroso.

Pero Löschenkohl júnior, con el aspecto que tiene, da más pena que miedo. Y cuando estás con alguien dentro de un coche, tienes al otro muy cerca, y ahora Brenner puede ver la gruesa nuca del chico chorreante de sudor y llena de caspa, de modo que piensa: calvo y para colmo casposo, ¡qué putada!

–Helene Juristic no paga un solo chelín por su choza –dice el joven Löschenkohl.

–¡La que a buen árbol se arrima, buena sombra la cobija!

–Helene Juristic ya no tiene a nadie que la cobije. Lo que tiene es una choza de 20

millones en el Monte Rojo. Le pertenece, lo comprobé en el registro de la propiedad.

–¿Qué banco le ha prestado tanto dinero?

–No paga hipoteca.

Y para mí que a Brenner le sienta como un tiro que el joven Löschenkohl esté jugando por su cuenta al detective y que, además, no lo haga nada mal. Entonces le suelta en un tono un poco sarcástico:

–¡Qué cosa más práctica eso del registro de la propiedad, cualquiera puede mirarlo todo!

–Y hace unas cuantas semanas ésta todavía era de las que subía al coche que fuera por 300 chelines.

Para entonces ya han pasado Bad Gleichenberg. Luego cruzan hacia St. Anna y a las seis menos diez el Porsche está aparcando delante del asadero de pollos en Klösch.

Ni tiempo tiene Brenner de decir esta boca es mía, ni menos de dar las gracias por el viaje porque en el momento en que se baja, el joven Löschenkohl ya vuelve a arrancar. O sea que sólo ha venido a dejar a Brenner y no tiene interés alguno en ver al padre.

Por la mañana Brenner había salido hacia Viena lleno de optimismo. Como quien se dispone a viajar al ancho mundo. Ahora, en cambio, se siente como devuelto a Klösch con tirachinas. Una cosa tengo que decir: hasta donde yo sé, Brenner no es un histérico. Pero ahora a las seis menos diez este pueblo de mala muerte en la frontera con Eslovenia está a punto de ponerlo un poco histérico.

Ahora bien, cuando estás al borde de la histeria, lo mejor es comer algo. Brenner pide un sanjacobo y, acto seguido, sube a su cuarto de servicio.

A lo mejor conoces esa sensación: es demasiado temprano para ir a dormir, pero no sabes ya qué hacer con lo que queda de día. Y eso que el viejo Löschenkohl le ha colocado un pequeño televisor en la habitación. Pero ver la televisión ahora tampoco le apetece. Una peli en el aparato de vídeo no estaría mal, pero a ser posible una de esas en las que puedes ver el próximo día de tu vida por adelantado.

Tiene que haberse tumbado en la cama con la ropa puesta porque a las diez y media se despierta sobresaltado.

Puedes creerme si te digo que preferiría no contar lo que le sobresaltó. Tiene que ver con una especie de intimidación. Y en realidad de hecho no tiene por qué importarle a nadie. Que cada cual haga de su capa un sayo.

La camarera debe de tener en la cabecera de la cama un tapete bordado con el lema: «Antes la obligación que la diversión». Porque que cada día cumple con sus obligaciones, eso a Brenner le consta. Una buena camarera, eso por descontado, con brazos fuertes para estar todo el rato llevando y trayendo jarras de cerveza de aquí para allá y de allá para acá.

Y lo de la diversión, cómo te diría, ahora él mismo lo está oyendo de nuevo, como cada noche. Aunque le parece que incluso a un volumen mayor que otras veces, quizá sea sólo porque antes dormía. Lo que Brenner se pregunta extrañado es de dónde saca la camarera sus amantes. Porque una cosa hay que decir sinceramente, la chica no es que sea una belleza. Simpática y trabajadora sí, pero guapa no. Ahí no hay vuelta de hoja.

Y ahora que son las once y media en punto y comienzan sus gritos de placer, Brenner piensa: esta vez sí que me gustaría saber quién es el amante que la camarera se ha llevado hoy a su habitación.

Ahora bien, sólo si alguna vez has dormido en un cuarto de servicio sabrás a lo que me refiero cuando digo que esas habitaciones, sobre todo si se encuentran en un viejo mesón de campo, a menudo sólo están separadas por finos tabiques de madera. Antes aquello era el desván. Y en esto puedes volver a comprobar lo importante que es que un detective siempre lleve encima una navaja con sacacorchos. Porque con el sacacorchos a un tabique de estos tú le haces un agujero en un periquete.

No sé si sólo es la curiosidad de Brenner por saber quién es el amante de turno o si es el shock de haberse visto catapultado por el Porsche de vuelta a ese cuarto de servicio lo que lo empuja a distraer la mente.

O quizá también hay cierto interés sexual de por medio. Como esos críos que en las piscinas espían los vestuarios de al lado. No te lo vas a creer pero hay niños prodigio que aún no saben nadar 10 metros, pero podrían asumir en el acto una cátedra de ginecología.

Pero a la que Brenner distingue al otro lado a Horvath, decide coger su pistola y pasar un momento por la habitación contigua.

Al despertar a la mañana siguiente, lo primero que piensa Brenner es que fue un sueño. Porque cuando alguien no quiere afrontar algo, lo primero que hace es abrigar la esperanza de que ese algo es sólo un sueño. Pero no, no fue en sueños que encontró a Horvath en la habitación de la camarera.

Ahora bien, Brenner, no obstante, ha estado completamente sereno; ha optado por procurar que no se le note nada. Antes de dar cualquier paso, se dice a sí mismo, tengo que conseguir unas cuantas informaciones más sobre Horvath.

Sabe que el coleccionista Marko y el artista Palfinger tienen sus caseríos en St. Martin, de manera que aún sin desayunar baja hasta la parada de autobús y espera el coche de correos que a las nueve sale hacia St. Martin. Espera una eternidad al borde de la carretera hasta que por fin divisa a lo lejos el vehículo que se desliza lentamente por entre las verdes colinas. Un maravilloso espectáculo de la naturaleza, hay que reconocerlo. Pero Brenner, por supuesto, con la cabeza en otra parte.

Tampoco al viaje le saca mucho partido, tan centrado como está en Horvath. Y eso que en circunstancias normales aquel viaje, prácticamente en solitario, en el coche de correos de las nueve, le hubiera parecido extraordinario. No es que yo quiera hacer aquí un discurso patriótico o salir con que la tierra de uno es siempre la mejor. Pero puedo decir de mí mismo que he visto algo del mundo, el año pasado, sin ir más lejos, Egipto: paquete oferta especial con un buffet de desayuno para ponerte las botas. Y luego las pirámides, claro, un panorama fabuloso, ni que decir tiene.

Pero recorrer Estiria en el coche de correos sigue siendo una de las cosas más bellas que te depara este mundo: el sol, los campos, las laderas cubiertas de viñas y esos caseríos de una planta que parecen de juguete, a cual más apto para ganar el concurso de ornamentación floral. Y a mí que no me vengan con las estadísticas de suicidios, porque al fin y al cabo esas estadísticas las hay en todas partes, en cambio concurso de ornamentación floral no.

En St. Martin, Brenner se dirige al caserío más bonito y al llegar, claro, ve que en el buzón pone: Marko. Pero después de llamar al timbre cuatro veces sigue sin aparecer ni Dios. De modo que el detective se pregunta: ¿qué hago? ¿Llamo al timbre otra vez, le doy al aldabón, pego un par de gritos o lo dejo?

Antes de que Brenner tome una decisión, sale Palfinger de la casa vecina. Brenner casi no lo reconoce. Primero piensa que es por la luz del sol por lo que el depravado cerdo del Borderline de repente parece tan civilizado. Pero no es la luz del sol, es que el hombre entero parece otro, amable y sosegado. Tampoco pretende no conocer a

Brenner. Porque en eso los hombres son extraños, al día siguiente de haber estado en el puticlub, hacen ver como que no te conocen.

Pero a Palfinger esto lo trae sin cuidado, se acerca a Brenner inmediatamente y dice:

–Marko ha desaparecido.

En cambio Horvath ha vuelto a aparecer, piensa Brenner. Pero mejor no decir nada todavía.

–Me invitó a cenar ayer. Porque a Marko le gusta cocinar, ¿sabe? –dice Palfinger.

–Y ¿qué manjar te preparó?

Ahora Brenner, de buenas a primeras, decide tutearlo. En el Borderline lo trata de usted, cuando ahí todo el mundo se tutea, y aquí, de buenas a primeras, de tú. Porque en eso Brenner a veces es un poco suyo.

–No me preparó nada porque no estaba –dice Palfinger–. Me anunció a bombo y platillo que me haría una morcilla. En Klöch, donde Neuhold hubo matanza y Marko me prometió traer sangre y hacerme una morcilla fresca.

–¿Ayer sucedió eso?

–Volvió de la exposición al mediodía y andaba resacoso. Cuando estás así lo mejor es una morcilla. Así que se fue a ver a Neuhold. Yo trabajé duro todo el día reservándome el hambre para la noche. Porque una morcilla sólo es buena con buena hambre.

–A condición de que esté bien caliente –dice Brenner porque piensa: lo que vale para las salchichas de Frankfurt, tiene que valer con más razón para la morcilla.

–Pero al llegar a casa de Marko con un hambre canina, nadie me abrió. Llamé a Neuhold pero él también estaba extrañado de que Marko no hubiera aparecido porque su coche sigue aparcado en Klöch, pero él... como si se lo hubiera tragado la tierra.

–Ya aparecerá –dice Brenner porque empieza a estar un poco harto de que aquí la gente no haga más que desaparecer un día sí y el otro también.

–Sí, por supuesto. Pero pasa, hombre, estoy preparando la comida.

–¿A estas horas?

–Yo lo único que hago es cocinar.

–¿Cocinar y pintar?

–Pintar menos. Pero cocinar, todo el tiempo.

–¿Qué delicias estás preparando?

Brenner se sorprende de ver lo limpia y ordenada que está la cocina de Palfinger.

–Hoy toca sopa de manitas de cerdo. ¿Te gusta?

–No le hago asco a nada.

–Así tiene que ser en este caso –dice riendo el pintor y saca dos huesos grandes de una olla.

–¿Y éstos son los huesos para la sopa?

–Sí, huesos de cerdo. Que no de humano. Porque los de humano no sirven para nada.

–No servirán para una sopa.

–Ni para una sopa ni para nada. Conozco a uno que se partió veintitrés veces los huesos.

–¿Accidente de coche?

–Qué va, siempre por menudencias. Un día se cae de la cama, costilla rota. Pone el pie mal para levantarse, tobillo jodido. Se resbala en la bañera y...

–La bañera es peligrosa.

–En efecto, fractura de cráneo.

–Muy poco práctico. Recién duchado y ya le empieza a escurrir otra vez la sangre por las orejas.

Ahora tendrías que haber visto la cara que pone Palfinger. A él también se le va la sangre. Pero no por las orejas, sino de la cara, que se le pone blanca como la pared.

Esos artistas son gente difícil, eso está claro, piensa Brenner. Por un lado un grosero a decir no más y por otro, un sensible a más no poder. Y no es hasta ese momento cuando Brenner comprende por qué Palfinger ha reaccionado con tanta susceptibilidad. Y es que es él mismo el de los huesos rotos. El de la fractura de cráneo. Y la verdad, no me extraña con los kilos que le sobran.

–Eso de hablar de sí mismo en tercera persona sólo se le ocurre a un artista.

Palfinger no dice nada. Durante un rato no dice absolutamente nada, sino que, circunspecto, se pone a remover su sopa de manitas de cerdo, hasta que lentamente va recuperando el color.

–Probablemente te falta calcio en los huesos –dice Brenner.

–¿Crees que es por eso por lo que uno se cae en la bañera?

–¡Pero fracturarse el cráneo...!

–Eso no es lo peor.

–Y ¿qué es lo peor?

Palfinger no responde, sino que dice:

–Saqué la bañera llena de sangre y la convertí en instalación.

–¿Y qué nombre le pusiste a la obra?

–Demolición de cráneo.

–Qué exagerado.

–Yo siempre exagero. En la bici corro tanto que vuelo por los aires.

–¿Y la bici la expones?

–No digas tonterías, de las que no entiendes –dice el pintor estando de nuevo tan irascible como en el Borderline. Porque él nunca hubiera expuesto una bicicleta, pero tú explícaselo a Brenner, por qué expone la bañera y, en cambio, manda a reparar la bicicleta.

Sin embargo, es algo muy distinto lo que el pintor quiere explicarle ahora a Brenner.

–Es que no sé moverme como Dios manda. Unas veces cojeo de la pierna izquierda, otras de la derecha. No doy pie con bola. Al menos una vez al día me doy un golpe en la cabeza. ¿Comprendes?

–¿Qué es lo que hay que comprender?

–Por eso me gusta cocinar. Porque cocinar me tranquiliza. Cocinando nunca me quemo. Nunca vuelco nada. Cocinando nunca me he dado un golpe en la cabeza.

–Y eso que aquí todo cuelga sobre los fogones.

–Mi cuerpo se calienta cocinando. Mis pensamientos se calman. Y a veces me siento

tan compenetrado con el acto de cocinar que deseo ser parte de la cocción.

–Ahora vuelves a exagerar, pero que mucho.

Brenner enseguida tiene la sensación de que Palfinger ya no lo está oyendo. Y en efecto, permanece un cuarto de hora sin abrir la boca, ignorando la presencia de Brenner. Así que menudo contraste, hace unos días en el Borderline una auténtica fiera y ahora cocinando tan manso y prudente que Brenner no se hubiera extrañado si la aureola de santo que tenía en el Borderline por la luz de los reflectores de pronto volviera a rodear su cabeza. Aunque llamarlo «santo» es mucho decir, que allá arriba lo de cocinar no se les debe de dar muy bien. Ya me dirás tú, si antes tienen que bajar allá abajo a pedir prestado el fuego a los de la competencia.

Ahora Brenner se pone caviloso porque no consigue dilucidar el porqué de la desaparición de Marko, justo ahora que acaba de encontrar a Horvath. No logra atar cabos y vuelven a asaltarle esas dichosas dudas de siempre de si habrá hecho bien en elegir esta profesión.

Se alegra de que Palfinger por fin sirva la sopa de manitas de cerdo. Porque una sopa calentita sigue siendo el mejor remedio para los estados depresivos. Tanto es así que en todas partes debería estar cubierta por la seguridad social. Dicen que te devuelve el alma al cuerpo, y con razón. De manera que después de unas cuantas cucharadas, Brenner recupera el tono y se apresta a formular una pregunta concreta como corresponde hoy en día a un detective que se precie.

–¿El caserío es el domicilio permanente de Marko?

–Pasa la mitad del tiempo en Graz. Ayer hacía una semana larga que no lo veía por aquí. Tuvo una discusión tan fuerte con Jacky que hasta aquí se oyeron los gritos. Probablemente Jacky le reclamaba su dinero.

–¿Marko también es cliente de Jacky?

–Todo el mundo es cliente de Jacky. Pero el inconveniente con Marko es que no paga nunca. Deudas tiene a mansalva, no sólo con Jacky. A mí me compra mis cuadros, pero no me los paga. Te invita a morcilla, pero no te paga tu dinero.

–Siempre es así con los ricos. La pregunta es si los millonarios son todos unos tacaños o si los tacaños se hacen todos millonarios.

–No me hagas reír. ¿Marko un millonario? Su última tabla de salvación es Horvath.

Ahora Brenner vuelve a emplear su táctica para tirar de la lengua: no insistir con preguntas. Y esta vez funciona. Porque Palfinger les sirve a ambos un cucharón rebasado de sopa y luego dice:

–¿Sabes cómo ha dado Marko el pelotazo?

Aunque a Brenner la sopa ya lo ha calentado tanto que el sudor le escurre a chorros por la frente, coge de nuevo la cuchara, como quien dice: yo como, tú sigue hablando.

–Con neumáticos de goma –dice Palfinger.

Ahora Brenner:

–¿Se puede ganar tanto dinero con neumáticos de goma?

–Si están hechos a prueba de bala y a pocos kilómetros estalla una guerra en la que se necesitan neumáticos antibala para los vehículos, se ve que sí. De manera que en el

primer año de guerra Marko hizo su agosto. Los más beneficiados fuimos los artistas. Los precios de los cuadros se dispararon. Porque en un pequeño país como éste un coleccionista grande puede provocar una escalada de precios. Y Marko compraba todo lo que encontraba.

Brenner mete un poco la cabeza entre los hombros y, como buen chico, sigue cuchareando su sopa; Palfinger, también se porta bien y sigue hablando.

–Pero cuando llegó el embargo, Marko se quedó con todos sus neumáticos sin vender. Y una fábrica de las de no te menees, con 200 empleados. Esto te vuelve a comer todas las ganancias en menos que canta un gallo. De hecho, cuando Marko se deshizo de su colección los precios de los cuadros cayeron en picado. Sólo se quedó con unos pocos artistas.

–Por ejemplo, contigo y con Horvath.

–Los precios no volvieron a encumbrarse hasta que surgió el rumor de que Horvath había muerto. Eso fue la salvación de Marko.

–O sea que está deseando que Horvath no aparezca.

–Al menos no antes de la gran exposición el mes que viene. La de las esculturas. Porque esta semana empezaron sólo con los dibujos. Y en realidad lo de Horvath es la escultura.

–¿Conoces bien a Horvath?

–Es un solitario. No deja que nadie se le acerque demasiado. Y comer tampoco se puede con él. Y eso que es el mejor cocinero que jamás he conocido.

A Brenner le resulta un poco extraño eso de que todos estos artistas sean tan forofos de la cocina. Y de buena gana le hubiera preguntado a Palfinger. Pero sabe que en ese momento no debe de ninguna manera abrir la boca, así que deja que Palfinger continúe:

–Horvath tenía un paladar comparable a lo sumo con el mejor oído que exista. Podrías condimentar algo con 25 hierbas diferentes y él te habría adivinado todas y cada una tras el primer bocado. Y cocinar no cocinaba como un cocinero, sino como un alquimista en su laboratorio.

–¡Qué estupidez!

Mierda. Se le ha escapado esta frase. Es que tienes que saber que Brenner nunca ha podido soportar esa manera que tiene la gente bien de hablar de la cocina. Los aspavientos de los nuevos ricos, cuando comienzan por examinar la temperatura del vino con el termómetro clínico, antes de beberlo. Quizá su sensibilidad viene de que el asunto le recuerda a la intérprete diplomada aquella que una vez se lo llevó a Florencia y a los dos días se habían peleado tanto que volvieron a casa cada uno por su lado.

Pero a Palfinger no le molesta para nada el que a Brenner se le haya escapado aquello.

–Una estupidez –asiente con la cabeza–. Lo mismo debió de pensar Horvath. Pues sufría de esa adicción a comer que te hace tragar, vomitar, tragar, vomitar, tragar, vomitar.

–Eso sólo les suele pasar a las mujeres.

Brenner procura dejar caer el comentario así sin más, como quien no quiere la cosa. Pero igual se le ha ido la mano disimulando porque Palfinger no contesta.

Quizá no lo oye del todo. O no quiere oírlo. O acaso de veras no sabe que desde hace casi un año Horvath trabaja de camarera en el mesón Löschenkohl y noche tras noche es su propio amante.

Ahora no hay tiempo que perder. Brenner regresa con el coche de correos del mediodía y de alguna manera consigue controlar la vomitona y no ponerlo todo perdido hasta la redecilla del equipaje. La culpa no es de la sopa de manitas de cerdo, sino de ese pequeño detalle que le ha contado Palfinger.

Porque con su reacción airada a la anécdota sobre el fino paladar de Horvath, Brenner sólo logró escurrir por unos segundos el bulto de la verdad. Pero luego cayó del nido. Entonces no tuvo más remedio que preguntarse por qué la camarera no comía más que salchichas desde hacía meses y evitaba las especialidades empanadas como la peste. Al final no tuvo más remedio que preguntarse a dónde fue a parar la carne correspondiente a los huesos encontrados en el Löschenkohl.

Y ante la idea de que a él mismo le haya podido tocar uno de los trozos de carne empanada, a Brenner se le revuelve de tal manera el estómago que la media hora de viaje le resulta poco más o menos tan larga como lo que lleva de vida.

Su llegada a Klöch coincide con la hora punta en el Löschenkohl. Por tanto lo primero que hace es bajar al sótano a ver a la madre de Jacky, que en ese momento friega el suelo del pasillo.

—¿Dónde está Jacky?

Por lo general la mujer de los lavabos está tan alegre que Brenner ya ha pensado alguna vez: para que veas, eso de tener que ocuparte de los residuos materiales de la existencia ayuda a combatir los estados depresivos. Moraleja: hay quien se fija en modas y perendengues, pero padece una depresión latente y, en cambio, una mujer de los lavabos que no hace más que lidiar con la mugre es, lo que se dice, un sol.

Pero hoy de sol nada, sólo ojos llorosos y una voz muy quebrada que dice:

—Ha desaparecido.

Brenner espera a que continúe, pero ésa es toda su respuesta.

—¿Qué ha pasado?

La mujer no atina a pronunciar palabra.

Luego, de la vergüenza que siente, digo yo que habrá sido por eso porque otra explicación no tengo, se da media vuelta y corre a escabullirse en los lavabos de mujeres.

Por supuesto, para Brenner la situación es incómoda. Por un lado, se pregunta si debe ir tras ella y por otro, sabe que a día de hoy, tú como hombre, no entras así como así en los lavabos para damas. Pero cuando al cabo de varios minutos la mujer sigue sin salir y puesto que en ese momento no hay moros en la costa, Brenner entra por segunda vez en su vida en un lavabo para mujeres. Porque en la localidad de Lofér una vez tuvo que

sacar a una suicida del lavabo del Café Moser. Aún se acordaba de que la cocina estaba justo al lado del aseo y que durante toda la operación estuvo oyendo la radio del cocinero. Y en el mismo momento en que sacaba el documento de identidad del bolso de la suicida, el popular cantante Udo Jürgens entonaba su emblemática balada «Diecisiete años y rubia». Y lo creas o no, la muerta también: diecisiete años y rubia.

Y una vez dentro, en los lavabos de las damas, no ve a la mujer por ninguna parte. Pero claro, es que son doce cabinas. En alguna estará, piensa el detective.

—¡Señora Trummer! —la llama Brenner, pero no hay respuesta—. Señora Trummer, ¡diga algo!

Pero la señora Trummer no dice nada. Brenner no la oye decir ni pío. Ahora se fija en si en alguna de las cabinas está echado el cerrojo, porque seguro que conoces ese sistema en los lavabos de las tabernas: la puerta de las cabinas tiene a la altura de la cerradura un señalizador rojo o blanco que te indica: ocupado o libre. En realidad, un buen invento, muestra de que alguien por una vez se ha estrujado el cerebro. Pero todas las cabinas están libres, en todas el señalizador está en blanco. Entonces Brenner abre una tras otra todas las puertas.

Cuando llega a la penúltima, la señora Trummer sigue esfumada. Y al abrir la última, no sólo no hay señora Trummer, sino tampoco sanitario. Sólo una cabina vacía. Tampoco hay azulejos en la pared, lo único que hay es otra puerta.

Brenner golpea y oye ahora los sollozos de la señora Trummer al otro lado de esta segunda puerta. En un primer momento cree que la mujer se ha escondido ahí en el cuarto de las escobas, de modo que abre lentamente la puerta.

Pero luego se lleva una sorpresa. Porque la puerta que ha abierto no es la de un cuarto de escobas; es la puerta de la vivienda de la señora Trummer que no sólo se pasa el día trabajando allá abajo en los lavabos, sino que vive en los lavabos. Está ahí sentada en su viejo sofá color herrumbre en aquel agujero de 10 m<sup>2</sup> al que sólo entra luz a través de dos ventanas de sótano.

Brenner de momento queda un poco aturdido al ver a la señora Trummer, sentada ahí en su agujero, tapándose la cara con las manos.

Pero quizá no esté bien descalificar la vivienda de una persona llamándola agujero. Aunque sólo tenga 10 m<sup>2</sup>, sea oscura a plena luz del día y lleguen hasta allí olores y ruidos de lavabos. Para la señora Trummer ésa es su vivienda. Y no hay motivo para menospreciarla de esa manera, sólo porque el azar ha querido que a ti y a mí la vida nos trate un poco mejor. Porque, no te pienses, hay gente que es dueña de casas con unas azoteas desde las que llegas a ver hasta África y, sin embargo, tienen un agujero en la cabeza, o lo que es lo mismo: la cabeza hueca. Eso pienso yo.

La señora Trummer se esmera en tener su vivienda lo más arreglada posible: un pequeño aparador, de esos como tenía la gente pobre en los años cincuenta y que hoy en día están otra vez en boga; un sofá color herrumbre con relleno de crin vegetal, la mar de cómodo y prácticamente imposible de encontrar hoy en día; una mesa de cocina con un mantel blanco impoluto y un hule transparente encima, cosa muy socorrida porque si algo se te llega a derramar no tienes más que pasar el trapo y el mantel de debajo sigue

impecable.

–¿Qué ha pasado? –pregunta Brenner, pero la mujer sólo sacude la cabeza.

Brenner entonces no hace otra cosa que sentarse en la silla blanca de cocina y esperar.

Y pasados unos minutos la señora Trummer dice:

–Mi muchacho ha desaparecido.

–¿Cuánto hace que no lo ve?

–Una semana –dice la mujer–. Pero no es eso. Hace tres días cumplí los sesenta. Prometió que me llevaría a Graz al Emperador de China. Y esas promesas él nunca las olvida. Ya de pequeño siempre las cumplía. Dijo que un día me llevaría a comer a un chino, porque yo nunca he comido comida china –la señora Trummer saca un gran pañuelo de tela de debajo del cojín del sofá–. A mí que no me den comida china, que no me lleven a Graz, pero que me devuelvan a mi muchacho, no necesito nada más.

Y luego se suena, pero de nada vale porque enseguida comienza a llorar de nuevo.

Aparte de eso, Brenner no consigue obtener más información de la madre de Jacky. Y cuando ve en el viejo reloj de porcelana de la cocina que van a ser las dos y media, sabe que no le queda más remedio que subir a ver a la camarera. Porque a esa hora los clientes ya se han marchado, pero la camarera aún no se ha retirado a descansar, o sea que es el momento oportuno.

Hoy en día, no obstante, tú como detective no puedes dejarte guiar por las simpatías. Porque es cierto que la camarera le resultaba simpática; a mí, a decir verdad, también. Pero mientras se dirigía al comedor, aún abrigaba en secreto una esperanza: si aquí a todos les da por desaparecer uno detrás de otro, igual la camarera entretanto también ha desaparecido y yo me libro del mal trago que me espera.

La camarera, sin embargo, está ahí como siempre. Lo que no es igual es que tiene delante una copa de aguardiente. Está ahí sola, en mitad de la tarde, y Brenner nunca la ha visto beber nada que no sea su café.

–Yo también necesitaría un aguardiente –dice, y se sienta a su mesa.

–Con razón –comenta ella echándose al gznate el resto de aguardiente. Se levanta y va a la barra.

No era necesario que se tambaleara de esa manera porque Brenner ya le había notado su lengua de estropajo, señal de que llevaba más de un aguardiente. Pero si eres una buena camarera lo eres de por vida. De modo que a los pocos segundos la mujer aparece trayendo lo que Brenner ha pedido.

Sólo que no es uno ni dos aguardientes los que trae, sino de una vez la botella entera.

–Éste es el destilado de la casa. Sólo para el personal.

–¿Ya formo parte del personal?

–Duermes en el área de servicio, ¿no?

–Sí, visto así...

–El que duerma en el área de servicio forma parte del personal. Esto no tiene vuelta de hoja. Y al que no duerma en el área de servicio no se le da del destilado de la casa.

–¿Löschenkohl destila aguardiente?

–¿Löschenkohl? ¿Que si destila aguardiente? Antes pedos malolientes...

Ahora bien, no es necesario ser detective para ver que la camarera tiene una espina clavada. Cualquiera persona, como tú o como yo, lo notaría al vuelo. Porque antes nadie le ha oído nunca decir vulgaridades, al contrario, siempre ha sido una mujer educada. Trabajadora, agradable y esto con lo que ha salido ahora...

–Lo destila Klaushofer.

Brenner no dice nada, se limita simplemente a beber el trago que la camarera le ha servido. ¡Y hostias qué dinamita! No es que yo quiera asustarte... Brenner sigue teniendo esófago, lo que pasa es que durante unos instantes cree: adiós garganta, a partir de ahora sólo por vía intravenosa.

–83% –ríe la camarera cuando ve que Brenner pega un respingo.

–¿Qué?

–Que el aguardiente de Klaushofer tiene un 83% de graduación.

–Para algo así necesitas licencia de armas.

–Pero si no te hace nada –dice la camarera–. ¿No ves que es aguardiente puro? Sólo lleva manzanas.

–Ya sé, las manzanas no me hacen nada, pero la graduación sí.

–¡Qué va! Esto es inofensivo –dice la camarera y vuelve a llenar las dos copitas hasta el borde.

–Puede que lo necesite –dice Brenner, y vuelve a echar mano de la copita de aguardiente recién llenada.

–Verás cómo no te hace nada.

Y Brenner ya se está zampano la segunda de un solo trago. Pero lo curioso es que el segundo le quema menos que el primero. Y el tercero, ya ni te cuento. Claro, como son sólo manzanas que no hacen nada...

–La gente cuando se emborracha reacciona de manera muy distinta –dice la camarera.

–¿Muy distinta? Querrás decir: totalmente diferente –dice Brenner, que con el alcohol siempre le ha dado por llevar la contraria.

–Sí, reaccionan de manera diferente. Cada uno a la suya.

–Ajá. Cada uno a su manera –dice Brenner pensando que había pronunciado el «ajá» con la misma arrogancia que la Nscho-tschi de Graz.

–Uno se pone gracioso, el otro agresivo. Y al tercero le da por el sentimentalismo y hasta echa una que otra lagrimita...

–Y otros se ponen a echarte discursos –dice Brenner porque piensa: ¿qué hago yo aquí aguantando la perorata de la falsa camarera de los pollos en vez de pedirle explicaciones?

No sé yo si la telepatía existe o no, pero en ese preciso momento la camarera le suelta algo de motu proprio:

–Antes hubo una llamada para ti.

–¿De quién?

–Éste es el número –dice la camarera, y le pasa un posavasos en el que ha apuntado el número.

–¿De quién es?

–Lo he olvidado. Puedes devolver la llamada.

–Una llamada de Viena –dice Brenner.

–Ay... –dice la camarera.

–¿Qué quiere decir ay?

–Ay quiere decir mierda.

–¿Tienes algo contra las de Viena?

–¿Por qué voy a tener algo contra las de Viena? Ya te he dicho que a mí las Frankfurter me encantan. Siempre y cuando estén calientes... Debrecziner también puede ser. No tengo nada en absoluto contra las salchichas.

–Salvo contra la tuya propia.

¿Ves? A veces te pasas días postergando algo desagradable y en el momento menos pensado, zas, lo sueltas con bastante torpeza y poco tacto.

Pero, por otro lado, ¿cómo decir algo así con elegancia? A lo mejor hasta ha estado bien que el aguardiente le haya echado una mano.

–Creo que se nos han subido las copas a la cabeza.

Esto lo dice la camarera. Tienes que perdonar, pero es que de golpe y porrazo no me sale decir: el camarero. Aunque al fin y al cabo era el mismísimo Horvath el que ahora volvía a llenar las copas.

–A tu salud, Brenner.

–Pero ahora no te me vayas a poner agresivo –dice Brenner.

–¿Agresivo yo? A mí el aguardiente en el peor de los casos me pone alegre –dice la camarera que con las mismas se suelta a llorar y añade–: O sea que ahora ha salido.

Y Brenner dice:

–En efecto, ha salido a la luz.

Y la camarera bebe otro trago y se limpia la boca y dice:

–A la luz.

Se calla durante un rato y luego continúa:

–Ha salido a la luz. Y ahora pensarás que tengo algo que ver con los huesos del sótano.

Y Brenner dice:

–No necesariamente.

Y la camarera dice:

–Un hombre que se hace pasar por camarera tiene que levantar sospechas.

–No necesariamente –dice Brenner.

–No necesariamente. Salvo si aparecen huesos en el restaurante donde sirve –dice la camarera y se levanta–. Yo ahora me voy a descansar.

Y Brenner se queda solo con la botella de aguardiente.

Pero ya no se sirve más. Permanece sentado, echando globos. O sea que empieza a rumiar, como cuando te pones al sol y te calientas los cascos. Uno mismo cree estar pensando, pero lo que en realidad hace es rumiar. Y en lugar del sol es el aguardiente el que le calienta, pero no los cascos sino la barriga.

Si Brenner se hubiera puesto a reflexionar seguramente le habría dado vueltas a la posibilidad de si la camarera, o sea Horvath, es o no es el triturador de huesos. ¿Qué induce a creer que sí, qué induce a creer que no?, se preguntaría. Pensaría quizá cuál

podría ser el móvil. ¿Y por qué la patrona? ¿Por qué Marko? ¿Por qué Jacky? ¿Por qué Ortovic y Milovanovic? ¿Y quién de ellos fue el primero en ser encontrado? Y reflexionando quizá hubiera concebido una manera de encauzar sus investigaciones en lugar de seguir dando tumbos sin orden ni concierto.

Pero Brenner no reflexiona. Lo que hace es rumiar y mientras lo hace le surgen todas estas preguntas, pero, obvio, formando un tremendo batiburrillo. Y él rumia al mismo tiempo sobre su zapato izquierdo, sobre por qué siempre le sale un agujero en el mismo sitio, en el lado izquierdo y junto al dedo pequeño. Con los zapatos recién comprados ha vuelto a pasar lo mismo.

Porque ésta es la ventaja del rumiar frente al pensar: que puedes rumiar muchas cosas a la vez. Los ruidos que llegan de la cocina como las imágenes de los calendarios que cuelgan de las paredes. Porque cuando te pones a rumiar no escoges sobre qué vas a hacerlo. Es distinto cuando piensas porque puedes elegir un poco el tema.

Rumiando no está en tu mano saber lo que saldrá. Puede ser una gran sorpresa, qué te crees tú. Ahí tienes otra diferencia con el acto de pensar en el que puedes excluir un poco la sorpresa. Claro que cuando piensas algo puede sorprenderte, pero no de una manera que, por así decirlo, te deje patidifuso.

En fin, no es que ahora yo quiera lanzar un alegato en contra del pensamiento. Porque rumiando uno, por lo general, no saca nada en limpio. Rumias un poco, luego te duermes. Ésa es la única sorpresa que experimentas normalmente cuando rumias. Te sobresaltas y piensas sorprendido: me he quedado roque. Pero por lo general, uno se pone a rumiar solamente porque es demasiado perezoso para pensar, eso también hay que decirlo de una vez por todas.

Ahora yo mismo he empezado a rumiar un poco, ¿ves lo fácil que se cae en eso? Es cosa de brujas.

Ahora Brenner, sin embargo, queda patidifuso cuando deja de rumiar. Es un auténtico shock lo que experimenta, porque otro nombre no se le puede dar. Pero no porque de tanto rumiar haya llegado a algo contundente, a una verdad suprema o algo por el estilo que uno pueda decir: ¿ves?, en este caso ha valido la pena rumiar y qué bien que me haya dado pereza pensar.

No, esta vez Brenner deja de rumiar sobresaltado porque en el comedor ha entrado un extraño que lleva una camisa exactamente igual a una suya. Si sólo fuera la camisa, dirías que qué casualidad. Pero también son los pantalones y los zapatos. Y, claro, doble shock para Brenner porque en los pies de Horvath ve por primera vez en su vida lo mucho que se nota el pequeño agujero en el zapato izquierdo junto al dedo pequeño.

—Ya no tengo ropa de hombre.

—¡Qué raro que te queden bien mis zapatos!

—Calzo el cuarenta y uno. Un número un poco grande para una mujer.

—Yo el cuarenta y dos. Un número un poco pequeño para un hombre.

Son frases de este tipo las que te hacen ver que Brenner no deja de estar un poco acomplejado por su estatura. Y eso que la suya es normal. No es la estatura lo que hace que se vea retaco, sino los hombros que son demasiado anchos y las piernas demasiado

cortas. Eso es: las proporciones.

–Mejor pasarse de grande que de pequeño –dice Horvath.

–¿Cómo has entrado en mi habitación?

–Llave maestra. De la camarera.

–¿Y ahora ya no vas de camarera?

–¿Cómo dices?

Brenner hubiera preferido morderse la lengua y no haber dicho lo de «ir de camarera», como si fuera carnaval y la gente va diciendo: voy de Charlot, para eso sólo necesito traje negro, bombín y bigote. Y listo el disfraz.

Pero Horvath se limita a sonreír. Ahora está a años luz de las lágrimas y además parece completamente sobrio cuando dice:

–No, ahora ya no voy de camarera.

–¿Y entonces? ¿Qué hacemos ahora?

–Ahora vamos a dar un par de vueltas en mi coche.

Brenner sale, pues, con aquel hombre delgado a quien su camisa a cuadros le viene demasiado holgada y sube al Ford Fiesta de la camarera.

El vehículo está lleno de esos cachivaches que la gente suele tener en sus coches; del retrovisor cuelga un CD, sobre la tapa de la cajuela hay una muñeca portapapel higiénico hecha en ganchillo y, junto a la guantera, un portarretratos imantado con el lema «feliz viaje». Pero la fotografía amarillenta tamaño carné del hombre tiene que haber sido del tiempo de Elvis Presley porque qué mechón engominado más horrendo.

No sorprende especialmente a Brenner que a día de hoy un hombre pueda decidir: mira, preferiría ser una mujer. Incluso hay operaciones, y él todo eso lo entiende. Y que a un artista se le ocurra pensar que quiere ser una persona corriente y moliente, también. Pero que alguien en su transformación llegue incluso a colocar en el coche una muñeca portapapel higiénico hecha en ganchillo, eso no le cabe en la cabeza. Y por lo tanto piensa que quizás es ése el motivo por el que la camarera arma cada noche semejante jaleo. Quizá no ha sido sólo por el placer, sino también un poco por el deseo de que yo la descubriera; algo así como un: ¡libérame de mi muñeca portapapel higiénico!

El aguardiente y el runrún del coche le producen a Brenner un soponcio tal que a punto está de dormirse. Pero se domina porque con Horvath no las tiene todas consigo. Y en un caso así, cuando se trata de los propios huesos, quedarse dormido no es lo más aconsejable.

Después de una hora larga llegan a una vieja y destartalada cabaña a las afueras del pueblo de Straden.

–Aquí me crié yo –dice Horvath cuando ya ambos se han apeado.

–Pero ahora parece deshabitada.

–Desde hace quince años. Desde que murió mi padre.

Adosado a la pequeña cabaña hay una especie de garaje, hecho sólo de madera y sin puerta, como los que se usaban antes para guarecer los carros para heno. Ese cobertizo al que Horvath ha llevado a Brenner es el doble de grande que toda la vivienda. De las paredes cuelgan aún herramientas oxidadas, en parte ya recubiertas de musgo y hierba

que con los años han ido expandiéndose entre las vigas de madera.

Porque en eso, naturalmente, la naturaleza es inclemente. Primero es el ser humano el que no tiene clemencia e invade la naturaleza construyendo todo lo que se le viene en gana, pero luego la naturaleza tampoco es muy noble porque, a la que el ser humano se descuida, vuelve a hacer suyo el terreno perdido. Aquí se juntan dos de la misma laya y ninguno de los dos me da pena.

Sólo cuando Horvath empuja la puerta de tablas que hay en la parte posterior del cobertizo, Brenner cae en la cuenta de que todo el tiempo ha estado oyendo el leve ruido de un arroyo. Es un torrente que pasa justo por detrás de la pared del cobertizo y el espacio que media entre ésta y el ribazo de piedra es tan estrecho que sólo caben dos pies, uno al lado del otro. Una vez fuera, Horvath vuelve a cerrar la puerta. El torrente brama allí de tal manera que Horvath tiene que gritar para que Brenner lo oiga:

–De niño siempre me ponía aquí después de haber recibido una torta de mi padre.

Brenner no dijo nada. Primero porque no quería gritar y segundo porque el ruido de un torrente tiene algo que invita a la meditación. Es agradable mirar de hito en hito el paso del agua, es como cuando estás delante de una hoguera y te vienen a la mente las mejores ocurrencias. En todo caso, ahora a Brenner sólo se le ocurre pensar en la posibilidad de que Horvath sea el asesino. En tal caso, si ahora me empuja al arroyo, la jugada le habrá salido de maravilla.

Horvath, no obstante, a voz en grito sigue desgranando su historia en la oreja de Brenner.

–Aquí fuera nadie me veía ni oía chillar gracias al fuerte ruido de la corriente. Sólo una vez mis chillidos debieron de ser tan fuertes que mi padre los oyó desde dentro. Entonces salió, levantó su mano y me acarició el pelo. Pero eso fue peor que si me hubiera dado la torta que esperaba.

Brenner nunca ha sido de los que dan mucho valor a esas historias de la infancia. Le resulta desagradable oírlas, como cuando uno va a la sauna mixta. O mejor dicho, no es que tenga que ver con la sauna mixta, sino con lo que te voy a decir ahora.

Una vez Brenner se lió con una mujer, una tal Kerstin. Ella siempre quería ir con él a la sauna. ¿Y por qué no? Es saludable y durante todo el invierno que estuvo con Kerstin, Brenner no tuvo ningún resfriado porque la sauna para eso es excelente. Y justo en julio, cuando había roto con Kerstin, cogió una gripe que no veas, una semana entera sudando, que ríete tú de una sauna.

Pero fue más bien un no sé qué psíquico, eso que dicen que una separación, aunque la cosa sólo haya durado un invierno, siempre cala en el inconsciente y a la que te descuidas ya has contraído el virus.

Rompieron principalmente porque Kerstin hablaba por los codos, siempre que si la infancia y la psicología, que si tal, que si cual. Y eso que a Brenner la psicología le interesa mucho, aunque sobre todo la policial. Porque para la policía la psicología es, como comprenderás, sumamente importante. Pero estar oyendo todo el rato lo de la infancia de Kerstin, eso más bien un palo.

Y ¿ves? A eso me refería yo con lo de rumiar. Cuando caes en eso todo se te vuelve

un batiburrillo que además crece si hundes la mirada en las aguas de un arroyo. Aunque también puede haber sido un poco por el aguardiente que Brenner llevaba aún en el estómago, por lo que no podía dejar de rumiar. Por otro lado, se conoce lo suficientemente bien como para saber que es una buena señal si ahora por fin deja de pensar. Porque pensar no ha sido nunca su fuerte. En cambio, rumiar, en eso es campeón del mundo.

De manera que Horvath está ahí de pie con la espalda como pegada con cola a la pared de madera. Le cuenta un montón de historias, pero Brenner no oye más que el ruido del arroyo. Y no deja de rumiar hasta que Horvath vuelve a entrar en el cobertizo.

Brenner, entonces, le sigue y ve que cierra la puerta que conduce del garaje al taller. Desde la calle antes no se veía más que la pequeña cabaña, pero detrás estaba el taller y delante de éste, el garaje, y todo junto era mucho más grande de lo que a primera vista parecía.

—Mi padre era carretero, un oficio extinto —dice Horvath y cierra la puerta. Ahora escucha lo que te digo.

En el momento en el que entra al taller, Brenner se asusta de tal manera que por un instante su cerebro piensa en algo completamente distinto: en cómo una vez siendo escolares en Puntigam forzaron la puerta del campanario y treparon hasta donde está el armazón de la campana. Allí encontraron un montón de calaveras; debían de ser varios centenares y estaban colocadas ordenadamente unas sobre otras.

Era una costumbre de la iglesia. Exhibían un arrume de calaveras, sobre todo de antepasados, en la entrada de la iglesia en Puntigam. Como queriendo decir: recuerda que eres hombre muerto. Eso era antes, pero luego menudas reformas hicieron: abrieron una tienda al lado de la entrada con postales y toda la pesca. Y entonces surgió la pregunta de dónde poner las calaveras. Y el párroco, ni corto ni perezoso, dijo: ¿sabes qué?, las ponemos allá arriba en la torre, ahí no molestan a nadie.

Pero a aquellos chicos sí que les molestó un poco; mejor dicho, salieron pitando como alma que lleva el diablo. Ése debió de ser el motivo por el que Brenner ahora lo recordaba. Porque hubiera preferido salir pitando como entonces, pues cuando entró en el taller vio inmediatamente las cinco enormes mesas de carnicero.

Ya las conocía de antes. De cuando los carniceros no tenían aún esos materiales sintéticos de alta calidad y cortaban la carne en mesas de madera que parecían cepos cuadrados; es así como has de imaginártelas. Ahora bien, con los años el carnicero iba cortando y cortando, de manera que la superficie de la mesa se iba haciendo cada vez menos plana. Como cuando el agua fluye durante miles de años por encima de una piedra. Y con el tiempo la mesa se fue combando hasta convertirse en un auténtico paisaje ondulado.

Y ¿ves?, entonces Horvath compró las mesas de carnicero y declaró que aquellos paisajes ondulados eran obras de arte suyas. Porque sabrás que hoy en día en el arte está permitido sacar cosas encontradas, antes quizá eso no valía, pero hoy, reformas por doquier, en la iglesia, y también en el arte. Y ahora a Horvath le admitieron sus mesas de carnicero.

Aparte de las cinco mesas de carnicero, en el taller también había una sierra de cinta eléctrica tan grande que casi llegaba hasta el techo.

–Cuando tenía diecisiete años tuve mi primer novio. Él tenía ya casi cuarenta.

Y, cosas del diablo, a Brenner le viene de inmediato el cantante Udo Jürgens a la mente. Porque Horvath también es rubio, aunque más bien rubio cenizo.

–¿El de la foto en el Fiesta? –pregunta Brenner.

–Nos enamoramos cuando yo tenía trece años. Pero, claro, entonces imposible. De manera que él se marchó a Arabia Saudita para trabajar durante cuatro años de montador. Luego, cuando regresó, estábamos más colados aún que antes. Pero, claro, todavía seguía siendo imposible. Nos encontrábamos cada noche aquí en el taller. La gente casi lo lincha cuando la cosa se destapó. Pero él, no sé cómo, se las arregló para escapar y esconderse.

Unos días más tarde volvió aquí, al taller. Era domingo y mientras todos estábamos en la iglesia él encendió la sierra de cinta que hace un ruido tan tremendo que la casa entera tiembla. Un ruido infernal.

Al decir esta última palabra, Horvath no pudo por menos que sonreír y luego dijo:

–Así pudo prepararse un poco. Porque al cielo no vas si tú mismo te cortas el cuello.

Ahora Horvath tiene que sonreír de nuevo al ver la cara que pone Brenner. Luego se limita a decir:

–Cuando volvíamos de misa, ya desde lejos oímos que la sierra de cinta estaba encendida.

Ahora Horvath va hacia donde está la sierra y estira el cuerpo para alcanzar el interruptor negro de alta tensión situado en el extremo posterior. Por miedo al ruido, Brenner instintivamente mete un poco la cabeza entre los hombros. Pero el interruptor sólo hace «clac».

–No hay corriente –dice Horvath, y ríe. Cuando entran a Brenner en la UCI, él en su inconsciente sigue oyendo esa risa.

Pero vamos por partes.

Cuando Brenner y Horvath vuelven a subir al Ford Fiesta ya ha empezado a oscurecer. Horvath conduce en medio del crepúsculo y hablan tanto que uno creería que aquél no es un Fiesta normal, sino más bien uno con el hermetismo de un confesionario.

Pero luego el Fiesta no enfila hacia Klöch, sino hacía el lado contrario.

–¿Sabes algo de Marko? –pregunta Brenner.

–¿Por qué?

–Porque ha desaparecido.

–Qué va. Lo vi ayer en el asador.

–¿Y qué buscaba?

–¡Adivina! Lo pusiste nervioso cuando apareciste en la inauguración de la exposición.

–¿Y eso por qué?

–Marko está a punto de declarar suspensión de pagos. Los bancos ya le han caído encima a su fábrica de goma.

–La goma vuelve a estar de moda –dice Brenner.

–Eso ya no saca a Marko del atolladero. Porque es muy poca la goma que se necesita para una goma.

–No me refiero a esa moda –dice Brenner–. Sino a la moda de neumáticos de goma en Yugoslavia.

–Ah, entonces también estás enterado de lo del embargo. Que se quedó con toda la mercancía sin vender.

–No me inspira lástima –dice Brenner, a quien no pasa desapercibido que Horvath y Palfinger le han presentado el caso de la misma manera. Pero el que dos personas no se contradigan no tiene por qué ser indicio de que están mintiendo. Hay que tener cuidado de no pasarse con la manía de analizar.

–A mí tampoco me da lástima. Cuando el negocio iba viento en popa, me compró casi todos mis trabajos. Al menos cincuenta tablas de carnicero tiene que tener.

–¿Cuánto le costaron?

–Unos veinte o treinta mil chelines. Pero desde mi desaparición valen diez veces más.

–¿Docientos o trecientos mil?

–Sabía que se te daba bien el cálculo.

–Y con los millones de tus tablas de carnicero pretendía sanear sus cuentas.

–Pero se le presentó un pequeño imprevisto. Tú ya no eres madero, así que te lo puedo contar. Y a Jacky tampoco tiene por qué importarle.

–¿Crees que Jacky está muerto?

–Tengo un palpito. Aunque me daría pena por él. No sólo porque era mi camello. Cuando desaparecí como Horvath con la intención de ser por fin yo mismo, la hierba dejó de interesarme. Porque no le pega a una camarera de asadero de pollos y yo quería ser una camarera corriente y moliente. Pero cuando llegó el estrés, primero con los huesos y luego con Ortovic, fui a comprarle un poco a Jacky.

–Para calmarte –dijo Brenner.

–Primero se extrañó de que la camarera quisiera hacerle un pedido. Pero cuando le dije exactamente lo que quería, obvio, enseguida me reconoció. Porque todo el mundo encarga según sus gustos y en eso el camello te reconoce hasta en sueños. Pero se hizo el sueco. Yo aprecio a Jacky, además es un hombre guapo, aunque un perro retorcido. Fue derecho a Marko y lo chantajeó diciendo que antes de la gran exposición revelaría que yo seguía vivo.

–Los precios, naturalmente, habrían vuelto a caer en picado.

–Me percaté de que llevaba tiempo sin ver a Jacky. Pero ayer, de buenas a primeras, se me apareció Marko. Desde hacía días estaba enterado de mi escondite por Jacky. Pero fue sólo tu aparición en la inauguración lo que le hizo perder los estribos. Pensó que yo estaba detrás de todo eso, que quería destapar la cosa justo antes de la gran exposición con la que él pretendía sanear sus cuentas. Habría querido matarme con sus propias manos para que por fin fuera cierto que estoy muerto. Me amenazó con cargarme el mochuelo del asesinato y gritaba como un energúmeno: «Porque yo sé de quién son los huesos que hay en el sótano. Lo sé y lo declararé si apareces antes de la exposición». Estaba completamente fuera de sí, hasta casi me arranca las tetas, pero en ese momento apareció el viejo y lo puso de patitas en la calle.

–¿Y de quién son los huesos?

–Eso tienes que preguntárselo a Marko.

Ahora entraban en Bad Gleichenberg, un balneario dormido, donde ya al pasar te da lumbalgia. Pero ellos no pasan, sino que Horvath enseguida para frente a la discoteca Little Joe.

–¿Qué hacemos aquí? –pregunta Brenner que no logra hacer encajar las piezas de este rompecabezas y empieza a estar tan harto de la búsqueda infructuosa que hubiera podido quedarse dormido al instante. Entrar en una discoteca era lo último que en ese momento le apetecía.

–Yo me voy a casa, pero tú puedes entrar al Little Joe –dice Horvath señalando el Porsche platinado en el aparcamiento frente a la discoteca.

–¿Por qué sabías que Pauli estaría aquí?

–Porque viene todos los días.

–¿Es suyo el local?

–No me hagas reír.

–¿Qué hace aquí entonces?

–¿De dónde crees que le viene su cabeza de cebollón?

A Brenner le pareció llamativo que Horvath tuviera semejantes agresiones contra

Löschenkohl júnior. Se diría que un apaleado siente compasión por otro. Pero, claro, es justo al contrario. Al fin y al cabo, pasa exactamente igual que con los perros. Basta con que un caniche divise a un pinscher para que se le despierte la vena sanguinaria. Hasta tal punto que a su lado un rottweiler parece la santidad en persona.

–Y pregúntale a dónde fueron a parar los 20 millones que hace un año todavía figuraban en la cuenta del Löschenkohl. La patrona me lo contó –le alcanzó a gritar Horvath a través de la ventanilla abierta del Fiesta.

En la Little Joe, Brenner vuelve a estar completamente despierto. Porque no debes olvidar una cosa: hoy en día hay discotecas y discotecas. No todas son iguales. Eso sí, una como la de Gleichenberg no te la encuentras dos veces. Porque el arquitecto que la diseñó de veras se esmeró. Toda la discoteca está concebida como si fuera un establo, o sea como uno de esos corrales que seguro que conoces, con animales hacinados y comederos, mangueras, en fin todo lo que normalmente hay en un sitio así.

Los hombres, reclinados en los comederos, miraban aburridos a las tres chicas que bailaban. Porque en todo el mundo pasa lo mismo, sea en Gleichenberg, en Manhattan o donde sea: las mujeres prefieren bailar y los hombres mirar embobados.

Sin embargo, cuando Brenner sube al piso superior por la rampa para cerdos, se siente aliviado. Arriba, nada de establo. Acondicionamiento de bar normal y corriente. Se acerca, pues, a la mesa de Paul Löschenkohl y éste, sin saludarlo, le pregunta:

–¿Ha sacado algo en claro?

–No directamente.

–¿E indirectamente?

–Como cuando lanzas un tiro libre... –dice Brenner.

El joven Löschenkohl pone un poco cara de pánfilo.

–Nunca se sabe cómo es más peligroso –dice Brenner.

–¿Le interesa el fútbol?

–Me interesan los 20 millones por los que Ortovic lo calumnió a usted con la historia del chantaje.

El joven Löschenkohl le hace señas al camarero para que le traiga otro vaso. Aunque el de whisky que tiene delante aún está casi lleno. Tiene la cara tan abotargada como si llevara días sin ingerir otro alimento. Cuando el camarero trae el otro whisky, Paul apura rápidamente el anterior como si lo hiciera por el camarero, o sea como gesto de amabilidad hacia él, para que se pueda llevar el vaso cuanto antes.

Brenner no sabe qué pedir, pero al final pide una coca-cola.

–¿Con ron?

El pelo del camarero brilla tanto como si se lo hubiera engrasado con un pollo asado.

–Coca-cola sin ron.

Porque Brenner se alegra de no sentir ya el aguardiente de la tarde. Aunque es sólo su imaginación, porque tú crees que ya no sientes el alcohol pero, claro, sentirlo lo estás sintiendo todo el tiempo, eso está comprobado.

–Usted sólo quiere blufearme.

Y la pronunciación del joven Löschenkohl vuelve a ser de campeón. No sólo dice

«bangalow», sino también «blafearme», porque en eso sí que es consecuente. Aunque luego sea inconsecuente como un viejo borrachín. Porque sólo se resiste durante unos cuantos segundos y luego vuelve a empezar.

Empieza a relatar muy lentamente su historia. Tan lentamente como habla quien se concentra en cada palabra. Pero no vayas tú a creer que se concentra porque esté mintiendo. Al contrario, si has mentido toda tu vida, mentir es para ti como coser y cantar, te sale sin esfuerzo. Entonces es al decir la verdad cuando tienes que concentrarte.

–En los años cuarenta mi padre empezó a convertir una pequeña taberna de vino en un asadero de pollos. Al principio no era extraño que lo único que vendiéramos fuera unas cuantas copas de vino blanco al día. Cuando en una jornada ingresábamos cien chelines estábamos contentos. Pero con el tiempo la cosa fue mejorando. Luego vino la ampliación y con ella más clientela. Y unos años más tarde, otra ampliación y luego otra, y otra. Y así, no sé cuántas veces.

Paul coge un posavasos y empieza a garabatear en él con su bolígrafo.

–Mi madre pronto alzó el vuelo porque mi padre sólo pensaba en el dinero. Se casó con un yugoslavo. Mi padre a duras penas se percató de que ella se había marchado. Y volvió a ampliar. Al final tenías la sensación de que los fines de semana le dábamos de comer a media Estiria.

No mira a Brenner en ningún momento. Mientras habla, lo único que hace es garabatear en el posavasos.

–Luego yo me casé. Mi padre estimaba a mi mujer. Era buena trabajadora y pronto asumió las finanzas. Yo cada vez pintaba menos en la empresa y menos para mi mujer. Me equivoqué al traerla al asador. Cuanto más tenía que ver ella con los pollos, menos me interesaba.

En el posavasos rojo decía en letras blancas: DISCO LITTLE JOE; BAD GLEICHENBERG. Y con su bolígrafo, Pauli iba haciendo desaparecer lentamente la palabra DISCO.

–No obstante, un día vino a ponerme en antecedentes. Me dijo que mi padre se había cepillado un millón de chelines en una semana. Me pidió que hablara con él. Pero con él no se podía hablar. En los meses siguientes fueron cinco los millones que se gastó. Yo le seguí la pista y descubrí que iba a ver a una prostituta.

Entretanto Paul ha tachado la siguiente palabra, y sobre el posavasos ya sólo se lee: JOE BAD GLEICHENBERG.

–Sabrá que desde la guerra mi padre no es un hombre con todos sus atributos. Por eso, unos años después, se casó con mi madre porque ella ya tenía un hijo. Luego ella me dejó con él para que yo heredara algo. Y mi padre, que durante cincuenta años no tuvo ojos para ninguna mujer, de pronto va y funde seis millones de chelines con una prostituta. Yo lo seguía una y otra vez; iba siempre a casa de Helene Juristic, la novia de Ortovic.

En el posavasos ya sólo quedan las letras de BAD GLEICHENBERG.

–Luego, la suma de lo esfumado alcanzaba ya a los diez millones. Mi mujer dijo que

era la mitad de lo que el hombre había ganado en toda su vida y que era mi obligación hacerlo incapacitar; de lo contrario, adiós empresa. Entonces fui a los tribunales con las pruebas y además de los extractos bancarios me exigieron al menos un testigo. Y mientras lo buscaba, desaparecieron otros dos millones.

En el rojo del posavasos sólo resalta ya la blancura de GLEICHENBERG.

–Y luego Ortovic se enteró de que yo quería hacer incapacitar a mi padre. Entonces tuvo la idea de incapacitarme a mí antes de que yo hiciera lo propio con mi padre. Quiero decir, intentó incapacitarme públicamente, ridiculizarme, de manera que nadie me diera crédito. Regó el cuento del chantaje y se salió con la suya: acabó con mi reputación en toda Estiria.

LEICHENBERG, montaña de cadáveres. Cuando Paul termina su relato, dirige a Brenner una mirada interrogante.

–¿Y usted espera que yo le crea esta historia? –dice Brenner. Porque aunque hoy sabemos que todas y cada una de las palabras de Paul se ajustaban a verdad, en ese momento el detective no sabe si creerle o no.

–¿Puede preguntarle a la Juristic?

–La Juristic está en Viena –dice Brenner. Y en ese momento se acuerda de que aún no ha llamado al número que le apuntó la camarera.

–Puede coger mi coche.

Ahora bien, Brenner es todo menos un forofó de los coches. Ni siquiera tiene uno. Pero dar una vuelta en el Porsche platinado... ¿cómo te diría?, ¿a quién no le tienta una cosa así?

–Sólo tiene que tener cuidado con el dispositivo antirrobo –dice Löschenkohl júnior, y le da a Brenner la llave y un mando a distancia con el que puede desbloquear el bastón de seguridad para el volante con tan sólo apretar un botón.

Y en efecto, Brenner consigue desbloquear el bastón dándole al botón, pero luego habría deseado que guardar aquel tocho pesadísimo fuera también cuestión de apretar un botón. Porque un Porsche suele ser estrecho y, en cambio, el dichoso bastón aquel era tan enorme que no sabías dónde meterlo.

Sacude la cabeza porque sabe exactamente que los ladrones de coches profesionales abren estos artefactos en un santiamén. Que sean un poco más grandes, un poco más pequeños, qué más da: spray refrigerante, martillo y sanseacabó. Tardas tú más en guardarlos que ellos en robártelos. Pero al final logra engastarlo de través entre los dos asientos cóncavos, y asunto arreglado.

Y ¿ves? Eso es lo que yo siempre digo, porque a él no le apetece nada ir a ver a la Juristic, ni siquiera la ha llamado por teléfono. Su único deseo es dar una vuelta en el Porsche. El niño en el hombre, como se suele decir en son de burla. Pero si Brenner en ese momento no coge el Porsche, hoy podríamos visitar un muerto más en el cementerio de Klöch.



Tardo yo más en decir esta frase que lo que Brenner tarda en ir y volver de Klöch a Viena. Porque dos horas después de medianoche ya está tumbado en su cama del cuarto de servicio. Pero claro, ni modo de pegar ojo.

Cuando a día de hoy recorres a toda mecha 400 kilómetros de autopista en un Porsche platinado, o sea como si fueras una raya plateada en el horizonte, puedes estar contento si la adrenalina no te sale por las orejas. Pero la adrenalina, en realidad, es lo de menos, es otra la razón por la que Brenner no logra conciliar el sueño.

Porque más tardo yo en decir esta frase que Brenner en finiquitar su conversación con Helene Juristic. Esta vez ya sin hacerse de rogar, la chica cuenta a Brenner con pelos y señales cómo le sonsacó la fortuna al viejo Löschenkohl. Y es tan explícita que Brenner lamenta no haberse tomado antes un whisky o al menos un cubata en la Little Joe.

Ahora, tumbado sobre su cama para personal, ve aún las luces traseras de los coches atravesando cual rayos la oscuridad de la autopista. Esos puntos rojos se le acercan tan rápido que a veces piensa que las luces traseras son en realidad delanteras, o sea que los coches le vienen de cara.

Mientras mira al cielo raso de su habitación, no hace más que restregar el pulgar contra la yema del dedo corazón de su mano izquierda. Seguro que conoces esa sensación de tener que tocarte una ampolla que tienes en alguna parte. Pero que en unos cientos de kilómetros de autopista alguien toque tantas veces el interruptor de las luces que acabe haciéndose una ampolla, eso sí que es un pequeño récord mundial.

Son ya las tres y media y Brenner sencillamente no puede dejar de pensar en lo que Helene Juristic le ha contado hace unas horas. Y ahora siente cómo el dolor empieza a treparle lentamente de la clavícula a la cabeza. Porque primero el subidón de adrenalina y luego el bajón de la jaqueca; toda una filosofía podría estar sustentada aquí.

Pero Brenner no tiene ahora la vena filosófica. Porque si hoy en día tienes dolor de cabeza, es eso exactamente lo peor que puedes hacer: ponerte a meditar sobre cosas trascendentales. Es como si a la cefalea Porsche vas y le añades un motor Turbo y entonces la cosa sí que se agrava porque la tensión en la nuca te provoca una jaqueca que se te cuele en la cabeza por detrás de la oreja izquierda y unos segundos más tarde ya no sabes ni cómo mirar al frente.

Brenner, claro, no llega a cometer semejante error tan tonto. Porque lo que tiene que pensar es algo bastante simple. ¿O es que acaso hay algo más simple que pensar una y otra vez en lo mismo? Y Brenner no puede por menos que pensar en que ha sido el guardameta Milovanovic quien le ha abierto la puerta en casa de Helene Juristic, y en lo

que ambos le han contado después.

Pero más tarde yo en decir esta frase que lo que Brenner tarda en comprender quién es el triturador de huesos.

Ahora, a las cuatro de la mañana, Brenner sigue sin haber pegado ojo. Y entonces el dolor de cabeza le alcanza de pleno. El detective da vueltas en la cama y le parece que el ronroneo de la moledora de huesos se oye cada vez más.

Y de nuevo tiene que pensar en Helene Jurasic, y en Milovanovic. Y en Löschenkohl júnior que le prestó su Porsche. Y en la camarera. Y en el viejo Löschenkohl. Y luego, por quinta o sexta vez en esta noche, se levanta y ve que fuera sigue reinando la más absoluta oscuridad. Y luego hace bolitas con el papel higiénico para metérselas en las orejas y no oír el ronroneo de la moledora de huesos.

Sin embargo, luego se detiene a pensar por qué la moledora de huesos suena día y noche. Y piensa, porque cuando estás despierto en la noche empiezas a pensar en todo lo imaginable que en el día ni se te pasa por la cabeza. Piensa, digo, la de montañas de huesos que habrá ahora en el sótano, porque Milovanovic lleva casi dos semanas sin alimentar la moledora.

Y al final no se mete las bolitas de papel higiénico en las orejas. De repente le asalta la curiosidad de saber qué aspecto tiene ahora el sótano de los huesos, de modo que se viste y baja a echar un vistazo.

Y se dice: es preferible no encender la luz del pasillo, puede serme útil. Y nota que en la oscuridad los ruidos se hacen más fuertes. Y el de la moledora de huesos aumenta a cada paso que da en dirección al cuarto de los huesos. Y luego, obvio, tamaña sorpresa.

Porque, mira tú por dónde, la puerta del cuarto de los huesos está cerrada con llave. Aunque no es ésta la sorpresa, sino que tras la puerta no hay ruido alguno. Ni ronroneo ni nada que se le parezca.

Entonces, ¿de dónde viene el ronroneo? Si arriba en mi habitación oigo la moledora, pero abajo no oigo nada, ¿qué posibilidades caben? Puede que alguien haya apagado la máquina mientras yo bajaba y me esté esperando tras la cortina con el cuchillo de matarife. Pero el hecho es que por ninguna parte se ve cortina alguna en el sótano.

O bien que no sea la moledora de huesos lo que he oído todo este tiempo desde mi habitación.

Pero luego, de pronto, Brenner vuelve a oír el consabido ronroneo, aunque procedente de otra dirección. Y se dispone a rastrearlo.

Desanda el pasillo, pero el ruido está y no está por todas partes y en ningún sitio a la vez. Piensa si despertar a la mujer de los lavabos y preguntarle de dónde viene el ruido. Pero recuerda que la mujer, afligida por la desaparición de su hijo, se fue ayer a casa de su hermana a Bad Reichenhall.

La mujer de los lavabos no está, ni tampoco está su hijo ni tampoco la camarera, piensa Brenner mientras pega la oreja a las distintas puertas del sótano. Incluso a cada una de las del lavabo y, por supuesto, especialmente a la que conduce a la vivienda de la mujer de los lavabos. Luego, abre esta última puerta, aguza el oído ante la que da acceso a la vivienda e intenta abrirla.

Está cerrada con llave, claro, así que Brenner la fuerza y constata que el ronroneo tampoco viene de ahí.

Abandona la vivienda y va al cuarto de las escobas que está entre el de los huesos y los lavabos para mujeres. Y piensa: si he forzado la puerta de la vivienda también puedo forzar la del cuarto de las escobas y luego se da cuenta de que éste tiene una puerta de acero. Y se queda pensativo: ¿desde cuándo los cuartos de las escobas tienen puertas de acero?

Vuelve a la vivienda de la mujer de los lavabos y acerca el oído a la pared que colinda con el cuarto de las escobas. Y enseguida siente que su cerebro, presa de la migraña, recibe un agradable masaje porque el muro vibra que da gusto. Y luego corta por lo sano.

Ni siquiera se toma el tiempo de subir por la escalera, sino que sale al aire libre a través de la ventana de la vivienda y allí ve confirmadas sus sospechas. El cuarto de las escobas tiene una ventana igual.

Nota lo pronto que se anuncia el crepúsculo en esta estación del año. Aunque la oscuridad sigue siendo absoluta. Pero ya presentes el amanecer. No obstante, a través de la ventana no habría visto nada, ni siquiera a plena luz del día porque está tapada con papel por dentro. Además tiene uno de esos modernos cristales antirrobo. Ya podría un coloso de 150 kilos darle una patada, sólo conseguiría saltar él mismo en mil pedazos sin provocar ni un rasguño en el cristal.

De modo que Brenner corre al Porsche y coge el bastón de seguridad del volante. El amanecer ya está en el aire, casi puedes palparlo.

Y luego, como obedeciendo a una voz de mando, los pájaros se sueltan a trinar a una. Brenner no recuerda haber escuchado jamás semejante ruido. Salvo ahora cuando el cristal estalla bajo el impacto del bastón de seguridad.

Mientras entra a través de la ventana no ve lo que se dice nada de nada. Pero sí siente el frío atroz de la cámara frigorífica. Las paredes son tan gélidas como las de aquel iglú que construyó hace una eternidad. Y luego encuentra el interruptor de la luz y luego... adiós, muy buenas.

Inmediatamente reconoce a la joven patrona del Löschenkohl, sigue pareciéndose mucho a su hermana, aunque de ella no queda más que la mitad. Al coleccionista de arte Marko sólo lo reconoce al fijarse con detenimiento, aunque está intacto en uno de los estantes. Pero Brenner sólo lo había visto una vez brevemente cuando le dijo en la galería de Graz: «Rogarí porque tenga razón. Pero juraría que no la tiene».

De eso hace dos días. Pero para Brenner es como si hubiera sucedido en otra vida. El que en cambio sí se encuentra en otra vida es el coleccionista Marko.

Brenner encuentra otro cadáver. Está boca abajo y, no obstante, su identificación resulta de lo más sencilla. Porque Ortovic no tiene cabeza. Y un segundo después el detective siente cómo la puerta de metal se abre a sus espaldas.

El viejo Löschenkohl lleva puesto el elegante pijama color vino tinto que le regaló su nuera para su cincuenta aniversario. Sólo da unos cuantos pasos hacia Brenner preguntándole qué busca él ahí.

Pero Brenner no atina a pronunciar palabra. Quizá conozcas esas hachas de carnicero,

con las que basta con tocar un cerdo para partirlo en dos mitades. Pues bien, es con una de esas hachas con la que el viejo Löschenkohl intenta ahora tocar a Brenner un poquito.

Y ¿cómo te diría...?, lo consigue. Aunque hay que decir que Brenner, la mar de ágil, pega un salto hacia un lado. ¡Menuda proeza con 45 años! Lo que pasa es que si hoy en día tienes que elegir entre quedarte sin cabeza o pegar un salto ágil, seguro que pegas el salto, lleves encima los 45 o no.

Sin embargo, tan ágil como un jovencito ya no es. Y ése debe de ser el motivo por el cual no alcanza a retirar la mano izquierda con suficiente prontitud. El hacha da justo sobre la tabla de carnicero en la que Brenner se ha apoyado con la mano izquierda para pegar el salto que le ha salvado la vida. Y suerte que tiene, porque el viejo sólo le rebana el meñique.

Doler no duele pero, claro, tampoco hace gracia. Y para colmo Brenner está ahora arrinconado. Se dice rápido, que alguien está arrinconado, como metáfora, pero cuando de veras lo estás, eso es otro cantar. Entre la puerta y el detective está el viejo con su hacha de carnicero. Y el tragaluz, a dos metros de altura. Es cierto que Brenner es veinte años más joven que el viejo Löschenkohl pero, claro, con un hacha de carnicero en la mano la diferencia de edad es relativa.

Y el hacha del viejo vuelve a estar en alto. En ese instante, por segunda vez en esa mañana, Brenner repara en el insoportable escándalo que armaban los pájaros.

Porque si a día de hoy te has resignado a morir se te ocurren todo tipo de detalles intrascendentes. Y mientras el hacha de carnicero se precipita en vertiginosa caída sobre su cabeza cuadrada, Brenner distingue claramente el canto matinal de la lavandera blanca, el trepador azul y la curruca. Porque en la escuela de Puntigam Brenner tuvo un maestro que les enseñó a distinguir los diferentes cantos de los pájaros y éstos ahora le vienen a la mente cuando el viejo Löschenkohl se dispone a descargarle el hacha encima.

Pero Brenner vuelve a arrojarse a un lado, aunque claro, cabría preguntarse qué sentido tiene porque qué más da que sea al segundo o al tercer intento cuando te partan en dos. Aunque en un momento así, obvio, es el instinto el que reacciona.

El hacha se entierra tan hondo en la tabla de carnicero que el viejo casi no puede sacarla. A toro pasado, bien puede uno decir que esos dos segundos que el viejo tarda en sacar el hacha de la tabla hubieran sido la ocasión de Brenner. Ahí tendría que haberlo doblegado. Pero si estás tirado en una cámara frigorífica, y sólo te quedan nueve dedos, necesariamente ves el panorama desde otra perspectiva. Sólo así puedo explicarme que Brenner se quedara tumbado sobre la tabla de carnicero pensando en qué se yo qué cosas.

Pero no te vayas a creer que la vida desfila ahora ante sus ojos. Porque se dice que cuando uno está ante la muerte, la vida entera le pasa por delante en un segundo: guardería, colegio, carné de conducir, embrutecimiento paulatino, todo en uno o dos segundos, como en una película. Pero en este caso, nada. Ya te diré yo lo que pasa por la mente de Brenner en esos dos segundos hasta que Löschenkohl vuelve a tener el hacha en alto.

Porque cuando alguien es consciente de que se va a morir se vuelve mucho más sabio

y distendido que en los años anteriores en que ha estado obstinadamente aferrado a su brizna de vida. Y ahora, en ese estado de consciencia, Brenner puede atar cabos que seguro no habría atado de haber seguido en tensión.

A decir verdad, una sensación maravillosa la de constatar que el extremadamente complicado enredo de repente se resuelve. Para Brenner es de veras emocionante ver cómo la relajación lo lleva a comprender todo sin esfuerzo. Pues a menudo sucede que te empeñas demasiado en entender y por eso precisamente no entiendes.

En esos dos segundos que el viejo necesita para arrancar el hacha de la tabla de carnicero, a Brenner le vienen de nuevo a la mente las palabras de Helene Jurassic. Cómo hace unas horas le contaba que el viejo no le había exigido un servicio en forma a cambio de sus millones. Vuelve a oír la voz de la mujer con tal nitidez que cualquiera pensaría que está asomada al tragaluz roto contando su historia.

Que el viejo Löschenkohl la visitaba varias veces a la semana y que lo único que le exigía era que se arrodillara ante él y se fuera comiendo uno a uno los montones de billetes de mil. Y la imagen de Helene comiéndose en menos de medio año la fortuna del viejo vuelve a atravesar la mente de Brenner mientras el otro sigue sin conseguir liberar el hacha de la tabla.

Ahora Brenner también entiende que el sueño de la vida de Horvath consistiera en volver al este de Estiria a hacer de camarera corriente y moliente. Y cuando a día de hoy lo que está en juego es el sueño de tu vida, tú no lo abandonas así porque sí por un pringoso traficante de mercenarios. Además te resulta comprensible que tu jefe, a quien con dieciséis años lo obligaron a ir a la guerra, convierta a ese mismo traficante de mercenarios en fiambre. Pero como todo esto no es más que una sospecha sin confirmar, a la que te la hueles, optas sencillamente por no enterarte a derechas, y en cambio, por si las moscas, dejas de saborear los filetes empanados y pasas a alimentarte exclusivamente de salchichas de Frankfurt, piensa Brenner, mientras el viejo agarra el hacha por la parte anterior de la cuchilla con la mano izquierda para poder sacarla con más facilidad de la tabla.

Ahora con la relajación Brenner también comprende que no era la moledora de huesos, sino la cámara frigorífica lo que desde el principio resonaba bajo su ventana. Y por qué la nuera de Löschenkohl desapareció justo ese día en que lo llamó por teléfono. Que su sospecha la condenó a muerte, porque por desgracia era correcta, piensa entonces Brenner en lugar de emplear esos dos segundos que le quedan en dejar que su vida le pase por la mente antes de que Löschenkohl consiga sacar el hacha de la tabla.

Porque no era cierto que el traficante de mercenarios al que el viejo puso de vuelta y media llevara medio año sin aparecer por el Löschenkohl. Aparecer había aparecido, sólo que cuando la Inspección Sanitaria lo sacó de la moledora de huesos ya no era reconocible. Y cuando el productor de goma, Marko, le gritó a la camarera que sabía de quién eran los huesos, el viejo Löschenkohl, naturalmente, tuvo que darse prisa. Porque Marko era otro de los que trapicheaba con los señores de la guerra y era verdad que sabía que el traficante de mercenarios había desaparecido de la noche a la mañana.

Pero es curioso que un asesino pueda cometer tantos errores seguidos sin ser

descubierto, piensa Brenner. Porque primero no se ocupó de eliminar bien los huesos del traficante de mercenarios. Segundo, no se deshizo de su nuera sino hasta después de que ésta hubiera hecho acudir al detective a su propia casa.

Y cuando descuartizó al extorsionador Ortovic, creyó que podía hacer recaer la sospecha sobre el recién desaparecido Milovanovic depositando su cabeza en las instalaciones del club de fútbol. Pero aquí Löschenkohl no ha contado con los huéspedes, o sea con Milovanovic, piensa Brenner, en el instante en que el viejo puede sacar por fin el hacha y de nuevo la tiene en alto.

Pero mira tú por dónde. Ahora que el viejo apunta a su cráneo estando a medio metro de distancia, el dolor de cabeza de Brenner desaparece como por ensalmo.

¿Y lo ves? Por eso yo siempre digo: en la vida nunca hay que perder la esperanza. Existe ese viejo dicho que dice: al final del túnel, cuando crees que no hay salida, de repente aparece una lucecita. En sentido metafórico, claro está, porque en el caso de Brenner una lucecita hubiera sido justo lo que no necesitaba. Porque de haber habido una lucecita, el viejo Löschenkohl habría visto su cabeza como presentada en bandeja. Y de veras resulta curioso que para Brenner la luz de esperanza fuera justo el hecho de que alguien apagara la luz en la cámara frigorífica.

—¡Suelta el hacha, padre!

En la oscuridad, Brenner apenas alcanza a distinguir al joven Löschenkohl, pero en cambio reconoce enseguida su voz.

—Y ahora sal —le dice Paul a su padre.

El hombre obedece al hijo sin rechistar. Paul vuelve a encender la luz y pregunta a Brenner:

—¿Sano y salvo?

—Salvo mi dedo.

—Se lo pueden volver a coser. Llamo enseguida a la ambulancia.

—¿De dónde ha salido usted?

—De la Little Joe. Vine a buscar mi coche.

—Si me lo presta de nuevo, no necesito ambulancia.

—Como quiera —dice Paul, que debe de estar bajo shock porque su mirada ha rozado el cadáver de su mujer y de los otros dos hombres tumbados en los estantes de la cámara frigorífica como si de presas de pollo y cerdo se tratara. Y luego avanza con su padre escaleras arriba.

—He cambiado de opinión, llámeme una ambulancia.

—Muy bien —dice Paul que parece haber madurado de la noche a la mañana.

Y también Brenner está absolutamente sereno, como si no se tratara de su propio dedo. Pero es que de veras no es su propio dedo lo que le preocupa, porque ahora va y le dice a Paul:

—¿Conoce al fabricante Marko, el coleccionista de arte?

—Sí. Es el que está tumbado ahí, al lado de mi mujer.

—¿Sabe dónde vive?

—Vivía en St. Martin. En el viejo caserío a la salida del pueblo.

–Exacto. ¡Envíeme allí la ambulancia!

–¿Por qué no la espera aquí?

Pero en ese momento Brenner ya se marcha pasando por delante de Paul y de su padre con su dedo en una mano y las llaves del Porsche en la otra. Va rápidamente a la cocina, coge una bolsa de plástico de las que se usan normalmente para congelar carne y envuelve su dedo.

Luego saca unos cuantos cubitos de hielo de la nevera y los mete en otra bolsa junto con el dedo envuelto. Porque en la policía siempre tuvieron cursillos de primeros auxilios, y Brenner sabe exactamente lo que tiene que hacer para que el dedo se mantenga fresco el mayor tiempo posible y se lo puedan volver a coser.

Luego sube al Porsche y, obvio, el volante queda completamente ensangrentado, pero qué se le va a hacer.

Cuando Brenner llega al cruce, ve ya una luz azul acercándose por la izquierda. Espera a que la ambulancia, que viene a toda pastilla desde Radkersburg pase por delante de él y luego se le pega.

Ahora bien, será porque está herido o porque la ambulancia circula a toda mecha, el caso es que con su Porsche Brenner a duras penas consigue mantener la velocidad. Se admira de que la ambulancia vaya todo el tiempo con la luz azul encendida, pues no se divisa ni un coche en varias leguas a la redonda, o sea que la luz no es necesaria. Sólo que, claro, los voluntarios están contentos de poder correr por una vez como lo exige una emergencia.

Y por si fuera poco, ahora también activan la sirena. ¡Y eso que son las cuatro y media de la madrugada! Brenner, sin embargo, no tiene tiempo de preocuparse por los estirios privados de su sueño. Porque la ambulancia pega otro acelerón. Pero él no se queda atrás porque se le ha despertado el afán de competitividad y se dice a sí mismo: no será un voluntario de Radkersburg el que me deje a mí rezagado.

Luego divisa ya el letrero que anuncia la entrada a St. Martin, y el límite de circulación de 50 km/h para el paso por la localidad, pero la ambulancia y Brenner pasan embalados a 150 por el pueblo. Y por fin, en el otro extremo de la población, está el caserío del fabricante de goma Marko.

La ambulancia se para, Brenner hace otro tanto y luego, de golpe y porrazo, las puertas de ambos lados de la ambulancia se abren simultáneamente como movidas por un resorte y dos uniformados saltan del vehículo al más puro estilo de un comando de asalto.

Y luego, mayúscula sorpresa:

Cuando el conductor de la ambulancia salta del coche, Brenner enseguida cree reconocerlo. Y no es de extrañar porque se trata de Franz Tecka, el delantero centro del FC Klösch. Un armario, casi tan alto como el viejo Löschenkohl y tan ancho como Brenner. Su padre había sido leñador, su abuelo y su bisabuelo también. ¿Y Franz Tecka? Secretario en el almacén de la cooperativa agrícola.

Porque su padre decía: quiero que mi hijo tenga una vida mejor. Y por eso Franz cursó la carrera de comercio y ahora desempeña un oficio sedentario, ante el ordenador. Tiene

la energía de un toro, pero lo único que mueve en todo el día son los dedos. ¿Qué hacer entonces con toda esa energía?

El entrenamiento de fútbol es bueno en estos casos, pero en el choque con el Oberwart Franz sufrió un esguince de los ligamentos de la rodilla izquierda. De modo que ahora se pasa el día dándole a las teclas del ordenador y, tras la jornada, de entrenamiento nada. Lo digo porque quizá así entiendas mejor por qué Franz salta de la ambulancia, va disparado hacia el Porsche y abre la puerta de un tirón.

Pero en lugar de empezar a gritar, queda sumido en el silencio. Y quizá es a ese silencio al que se refería su padre cuando hablaba de la tala. En el último instante, antes de caer el árbol, se hace un silencio absoluto. Así está Tecka ahora mismo, en medio de un silencio tal que hasta se puede oír el leve chasquido con que le cae la mandíbula por la sorpresa.

Porque el que está dentro del Porsche no es Pauli, quien lo ha llamado hace un momento y a quien se disponía a gritarle a la cara que está terminantemente prohibido ir pegado a un vehículo de socorro y si ganó el carné en una rifa. Tras el volante ensangrentado, está sentado el hombre con el dedo rebanado que Pauli le anunció al teléfono. Y Franz Tecka se pregunta: ¿por qué conduzco yo a todo trapo de Radkersburg a St. Martin, cuando tengo al herido detrás?

Pero todo esto se debe, por supuesto, a un enorme malentendido. Brenner le explica en pocas palabras a Tecka que no es para sí mismo que ha llamado a la ambulancia, sino para el hombre que se está muriendo de inanición en el caserío de Marko. Aunque, claro, éste está cerrado y entonces Brenner le dice a Tecka que haga el favor de forzar la puerta.

Sin embargo, el socorrista Laireiter, compañero de Tecka, se opone. Laireiter es el que manda y dice en tono legalista:

–Ni hablar de forzar la puerta. No nos está permitido. Lo tendríamos muy mal, de cara a la ley.

–¿Preferís que el hombre se muera de hambre ahí dentro? –grita Brenner.

–¿Y usted cómo diablos sabe que hay alguien dentro? –dice Laireiter.

Brenner nota enseguida que con éste no hay nada que hacer. Con tamaño leguleyo puedes discutir hasta el día del Juicio. Y además, Brenner es consciente de que a él mismo le empiezan a faltar las fuerzas. Porque menuda cantidad de sangre la que puedes llegar a perder por el meñique. Por eso vuelve a dirigirse a Tecka:

–Si tú ahora derribas esa puerta de una patada, puedes salvarle la vida a un hombre.

Pero inmediatamente interviene Laireiter:

–Hay que avisar a la policía. Y la policía avisará a los bomberos y los bomberos forzarán la puerta.

Brenner no le hace caso. Nota que a Tecka le tienta lo de darle una patada a la puerta, porque su pie derecho está sano y a día de hoy no tienes tantas ocasiones de derribar una puerta de una patada.

–¿Y si Marko me denuncia? –dice Tecka.

–Marko no puede denunciarte porque está muerto.

–¿Y entonces quién está dentro?

–Lo verás enseguida. Pero si no te das prisa también será un muerto.

Ése es el día en que la señorita Edith de la guardería se ha despertado sobresaltada a las 04:44 h. Aunque por lo general, cuando se queda a dormir en casa de Palfinger, duerme especialmente bien. No obstante, esta vez, cuando ve que en el radio reloj brillan tantos cuatros, piensa que debe de haber soñado que frente a la casa ha impactado un obús.

Pero no; ha sido el pie de Franz Tecka que de un solo patadón ha descerrajado la puerta de madera del caserío de Marko.

Sin perder un segundo entran en tromba; Brenner el primero, seguido de Tecka y, tras él, el socorrista Laireiter protestando vehementemente. Pero en la sala no hay ningún herido, ni en el dormitorio ni en el lavabo ni en la planta superior.

–Esto va a traer cola –dice Laireiter una y otra vez, debatiéndose entre el miedo y el placer del mal ajeno–. Cola va a traer esto, ya verás tú. Y te vas a quedar esperando tu chapa por mucho tiempo.

–A la mierda la chapa –dice Tecka porque el verano que viene habría recibido su segunda estrella en el uniforme, pero ahora le da igual. Porque tirar abajo esa puerta le ha producido una sensación superior a cualquier condecoración. Pero alguien como Laireiter no va a entender eso nunca.

Y ahora Brenner se le acerca a Tecka y le dice:

–No encuentro la llave del sótano.

En dos patadas, Tecka ya ha derribado la puerta.

Allí, en el sótano, está él, Jacky, demacrado hasta los huesos y sin aliento para pronunciar palabra. Tecka se agacha y le agarra del brazo. Su pulgar es casi tan grueso como el antebrazo de Jacky. A Brenner no le sorprendería si se oyera un tercer crujido: el del brazo de Jacky rompiéndose bajo la brusca mano del socorrista de la Cruz Roja.

Pero aquí Brenner está siendo injusto con Tecka. Porque puede que de ordinario sea un patán, pero para tomar el pulso, vamos, la suavidad en persona. Y ahora está palpando a Jacky con sumo cuidado para ver si éste da señales de vida.

Luego vuelve a oírse un crujir de huesos. Brenner se sorprende de ver que Laireiter se hace de nuevo el importante tratando de animar a la víctima del desvanecimiento.

Pero no entiende que la víctima no es Jacky. Cómo iba a entenderlo. Al fin y al cabo es él mismo quien está a punto de sucumbir en brazos de Laireiter.

Cuando Brenner despierta de su inconsciencia cree que han pasado sólo dos minutos y no un par de semanas; semanas en las que su dedo ha vuelto a formar parte de su mano. Sin embargo, no es de extrañar que crea que aún se halla en el sótano de Marko.

–Primero me salvas la vida y luego me dejas morir aquí de tedio –le dice Jacky desde su cama, apenas Brenner abre los ojos.

Porque Jacky ya está estupendamente bien. Le han hecho ganar dos kilos; todo a base de infusiones, claro está. Pero desde ayer ya ha podido ingerir una pizca de puré de patatas.

Brenner intenta decir algo, pero siente la boca aún un tanto extraña y no puede por menos que pensar en Milovanovic, en el implante de platino que le pusieron cuando Ortovic le destruyó la cara.

Cuando ve el grueso vendaje que cubre su dedo, todo vuelve a su mente y poco falta para que el recuerdo lo devuelva al coma. Pero de eso ni hablar, a quedarse ahí quietecito y a apechugar, que Jacky lleva días esperando este momento.

–Por tu dedo no tienes que preocuparte. Aquí en Graz tienen un buen especialista, el doctor Schneider. Ése te cose hasta la cabeza si hace falta.

–Entonces Ortovic también se está recuperando –dice Brenner, y ésta es la primera frase que pronuncia después de diez días de inconsciencia. A Jacky se le pone la piel de gallina al oír cómo su salvador intercala ese comentario lenta y vacilantemente. Como aquel peso pesado que en el ring bailoteaba siempre con tanta elegancia que ningún rival lograba cogerlo en falso. Pero el que sí lo cogió fue el Parkinson. Que, aunque lo parezca, no es el nombre de un boxeador, sino de una enfermedad que hace que no puedas dejar de bailotear con elegancia.

Y por lo mismo que las típicas logopatías del Parkinson hacen que parezcas perdido aunque estés en pleno uso de tus facultades mentales, Brenner ahora parece un poco lerdo por su lengua estropajosa, pero mentalmente está más ágil que de costumbre:

–¿Al final a quién ha arrestado la policía?

–El viejo Löschenkohl ha confesado ya los cuatro asesinatos: el de su nuera, el de Ortovic, el de Baumann...

–¿Baumann?

–Ése fue el primero. Yo mismo fui testigo de cómo contrataba a los mercenarios.

–Eso le recordó al viejo la época en que de chaval lo enviaron a la guerra.

–Exacto. Y luego, Marko, el cerdo ese.

–Marko no tuvo tiempo de liberarte –dice Brenner.

–No me da ninguna pena. También hacía negocios con Baumann.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo dice el periódico.

–¿Y qué pasa con Milovanovic?

–Imagínate, vive con la Juristic. Todos esos yugos están conchabados.

Hay un aspecto sumamente curioso: cuando has pasado mucho tiempo en coma, las partes de tu cuerpo no despiertan todas a la vez, sino una tras otra. Y en Brenner ya casi todo ha despertado, salvo la moral, que sigue un poco en estado comatoso. Porque le da lo mismo si atrapan también a Milovanovic y a la Juristic o no. Lo único que le interesa es saber si Kaspar Krennek ha descubierto lo que éstos se traían entre manos, o sea que ha vuelto a despertarse el afán de competitividad.

–¿La Brigada Criminal tiene bastante con el viejo Löschenkohl?

En ese momento, sin embargo, Jacky cree que Brenner aún está medio en coma por las cosas ininteligibles que dice.

Y luego hace su entrada la comitiva médica y en los próximos días hay tanto ajeteo que Jacky olvida por completo lo que Brenner ha dicho.

Un día los visita Horvath, que ahora vuelve a probar suerte con lo del arte porque la vida normal le ha resultado demasiado anormal. Y otro día los visita Paul Löschenkohl, que ahora vuelve a probar suerte con el asadero de pollos.

Aunque, claro, difícil lo tiene porque su padre ha convertido a muchos de sus clientes fijos en caníbales involuntarios.

Y por supuesto hay gran revuelo entre la gente. De tres sé que se han hecho vegetarianos: una mujer de St. Anna, la maestra de la escuela primaria de Klöch y un carpintero de Gniebing. Pero a éste la abstinencia le ha atacado los nervios de tal manera que sólo ha aguantado una semana.

Y en eso cifra también el joven Löschenkohl su esperanza. La gente olvida rápido. El hambre vuelve y la clientela también si se le hace un buen precio.

–Claro que tan barato como mi padre ya no puedo ser.

–¿Cómo está su padre?

–No le va tan mal –dice Paul–. En la prisión lo tratan bien y le permiten ayudar un poco en la cocina. Las tablas de carnicero se las he regalado a Horvath –continuó Paul cambiando de tema. Porque no quiere explayarse hablando del padre. Sigue tan cambiado como la noche en la que impidió que su padre empanara a Brenner. Un tipo más bien simpático, hay que reconocerlo. A Brenner casi le resulta comprensible que la hermana de la vendedora de zapatos se hubiera casado con él.

Cuando se dispone a marcharse, Brenner alcanza a decirle:

–Usted me ha salvado la vida.

–Usted a mí también.

Y Paul en esto no deja de tener razón. En cualquier caso le deseo que tenga suerte con el asador porque así tendría un quehacer y el ser humano necesita quehaceres, especialmente cuando es psicológicamente tan inestable como el joven Löschenkohl.

Sin embargo, hay situaciones en las que preferirías no tener tarea alguna. En las que no

necesitas nada más que tranquilidad y sólo tranquilidad. Por ejemplo, cuando te han rebanado un dedo y te lo han vuelto a coser.

Pero Brenner y la tranquilidad no casan muy bien. Constantemente alguien está queriendo obtener de él alguna información y por supuesto tampoco Kaspar Krennek se hace esperar. Le trae de regalo esos buenos bombones belgas y nada más llegar pronuncia tres veces la consabida frase:

–Le felicito. Siento envidia de la buena.

Y eso, claro, sólo lo dices cuando está a punto de reconcomerte la envidia.

A Milovanovic, Kaspar Krennek ni siquiera lo menciona. Sólo le interesa averiguar cómo Brenner pudo saber que Jacky estaba en el sótano del caserío de Marko. Ahora bien, situación embarazosa para Jacky, que mira a Brenner con bastante nerviosismo a la espera de que éste revele o no la verdad. Que Jacky era el camello de Horvath y que había extorsionado a Marko. Pero luego gran alivio al oír que Brenner dice:

–Mirando a la cámara frigorífica me dije: la patrona está aquí, Ortovic está aquí, Marko está aquí, el único que no está aquí es Jacky. Y Horvath me dijo que Jacky lo reconoció. Marko vino enseguida a silenciar a Horvath, lo cual sólo tenía sentido si antes había hecho lo propio con Jacky.

–A este cerebro supersónico le debe usted la vida –dice Kaspar Krennek dirigiendo a Jacky una sonrisa un poco forzada.

–No es para tanto –dice Brenner rechazando el elogio–. Porque no tiene usted que olvidar que en la cámara frigorífica yo ya daba mi vida por perdida. Me faltaba un dedo y la sangre me salía de la raíz del dedo como si hiciera aguas menores. No sé si usted habrá experimentado algo semejante, pero le aseguro que es un shock descomunal. Y fue con la fuerza del shock como lo supe, no con la normal.

Kaspar Krennek es ahora presa de una cierta agitación porque Brenner también le está queriendo dar una lección de humildad.

–En todo caso tengo que felicitarlo de nuevo. Siento envidia de la buena –dijo al despedirse.

Cuando Kaspar Krennek hubo atravesado la puerta, Jacky y Brenner se abalanzaron sobre los bombones belgas. Pero el primero ya se le atraviesa a Brenner en el gástrico. Porque justo en ese momento Jacky vuelve a pensar en lo que dijo Brenner el día en que despertó.

–¿Y por qué preguntaste por Milovanovic nada más despertar?

Brenner alcanza a retener el caracol de chocolate blanco antes de que éste le rueda entero esófago abajo.

–¿Y qué andaba buscando ése en casa de la Jurassic?

–Todos los yugos se conocen entre sí –dice Brenner haciendo ruido al masticar.

–Pero ¿por qué preguntaste por él nada más despertar?

–¿Qué pasa, que has entrado en la edad de preguntar o qué?

–¿Qué lograste sonsacarles a Milovanovic y la Jurassic?

En un cuarto de hospital no te le escapas a tu vecino de cama, y Brenner piensa: por qué no contárselo. Que bastante mierda tiene el mismo Jacky pegada a los talones.

–Te lo voy a contar –dice, pero luego sigue chupando su caracol de chocolate hasta que por fin arranca–: Escucha lo que te digo. Ortovic es el delantero que en su día le partió la cara al portero Milovanovic en Yugoslavia. Y no sucedió por error, sino que se trataba de un asunto familiar. Porque el tal Milovanovic tenía una hermana pequeña, Helene Jurasic. Le llamaban la Jurasic porque con dieciocho casada y con diecinueve divorciada; el apelativo, no obstante, le quedó para siempre. Luego la chica cayó en manos de Ortovic que tenía una pésima reputación, por eso su hermano no estaba de acuerdo con el enlace. De modo que Ortovic respondió a su manera.

Brenner se mete otro bombón belga a la boca y no continúa su relato hasta no haber acabado de chuparlo.

–Luego Ortovic no tardó en poner a Helene a trabajar. Y el hermano seguía intentando arrebatarla. Pero el asunto era peligroso, y no porque necesariamente estuviera la mafia de por medio, sino porque en esos círculos una vida humana vale poca cosa. Cuando Ortovic se vino a Austria con Helene, el hermano les siguió los pasos. Porque el FC Klöch nunca se habría podido permitir un guardameta tan bueno, con o sin implante de platino. El que Milovanovic jugara por un sueldo fijo de 2.000 chelines tendría que haber dado que pensar.

Y va otro bombón belga. Pero más que el chocolate blanco, Brenner disfruta la impaciencia de Jacky.

–Cuando a día de hoy te topas con alguien que no sabe tu lengua, automáticamente piensas que es un poco idiota. Pero Milovanovic no tenía un pelo de tonto. Encontró los huesos mucho antes que los de la Inspección Sanitaria de Alimentos. Y también creía saber cuál era su origen. Tenía la misma sospecha que tuvo luego la patrona del Löschenkohl. Porque para la gente de la casa no era tan difícil atar cabos como para los extraños. Pero Milovanovic no fue con el cuento a la policía, sino que confió su sospecha a su hermana, a Helene Jurasic.

–¿No puedes contar y chupar al tiempo? –pregunta Jacky, molesto al ver que Brenner intercala de nuevo una pausa para saborear otro bombón. Pero de nada le vale su protesta. En el hospital la gente se vuelve un poco extraña y Brenner sigue paladeando tranquilamente su bombón, antes de retomar la historia.

–Cuando Helene se enteró, tuvo miedo del viejo Löschenkohl, cogió todo el dinero y se largó a Viena. Porque Helene tampoco es del género tonto. Nunca le habló a Ortovic de las inauditas cantidades de dinero que se tragaba. En realidad, le ocultó todo lo que tuviera que ver con la ingesta del dinero. Ortovic sólo sabía que Löschenkohl era un cliente perverso que dejaba mucho dinero por estar con Helene.

–¡Vaya si perverso!

–Pero Ortovic no iba a permitir que ella se desembarazara de él así como así. La siguió e intentó obligarla a trabajar, pero Helene le dio una idea mejor. Lo azuzó a alzarse de una con todo el dinero de Löschenkohl. Como precio de su silencio. Más no le dijo, sólo: el precio del silencio.

–Y Ortovic creyó que el precio del silencio se refería a la cosa perversa. Pero Löschenkohl entendió que le pedía el dinero a cambio de guardar silencio acerca de los

huesos de Baumann. O sea un malentendido –dice Jacky riendo.

–Porque mientras Ortovic se dirigía en coche al asador Löschenkohl, Milovanovic llamó al viejo Löschenkohl haciéndose pasar por Ortovic y le exigió un precio por su silencio mencionando explícitamente a Baumann.

–Entonces Löschenkohl tuvo que silenciar a Ortovic.

Han dado buena cuenta de los bombones belgas y a Brenner le duele un poco la barriga.

–Pero ¿por qué te revelaron a ti esto la Jurassic y Milovanovic?

–No me revelaron ni siquiera la mitad de la historia.

Pero la otra mitad está en la prensa: la declaración del viejo Löschenkohl diciendo que Ortovic le llamó por teléfono y lo amenazó con Baumann. Ortovic, sin embargo, no podía saberlo. Así que sólo tienes que sumar dos y dos.

–Pero ¿por qué no se lo dijiste al de la Brigada Criminal? –pregunta Jacky, aunque en el fondo se alegra, puesto que siempre se ha entendido bien con Milo. Aunque, por otra parte, la sangre fría de los dos hermanos para tenderle la trampa al viejo Löschenkohl tampoco es que sea ejemplo de finura inglesa.

–Krennek no me lo preguntó –dice Brenner. Y se dice para sus adentros con un punto de arrogancia: la estrategia de enterarse sin insistir con preguntas hay que dominarla cabalmente. No basta con un mero abstenerse de preguntar. Porque a Kaspar Krennek, por ejemplo, a quien se le caen los anillos si lo hace, lo aventaja incluso Jacky, que no se corta un pelo a la hora de coserte a preguntas.

Pero las preguntas de Jacky no son ni de lejos molestas para Brenner. La que le resulta molesta es, obviamente, la médica en jefe, la doctora Plasser. Porque aunque trabaja en otra unidad, viene ahora queriendo reconciliarse a toda costa con Jacky.

Brenner se siente como mosca en la leche durante sus visitas, tanto que una vez hasta se hace el dormido. Y es que, sin que yo sea puritano ni mucho menos, el numerito que monta la médica jefa de servicio aquí con un paciente, cuando hay otro en la cama de al lado, pasa de castaño oscuro.

Pero, en fin, para qué hablar, Brenner tampoco dice esta boca es mía, aunque la cosa va en aumento. Sólo piensa que cuando Jacky vuelva a estar sano, el idilio no tardará en acabarse.

Pero mira tú por dónde. Un mes más tarde Jacky ya es doctor por vía matrimonial, que no universitaria, y Brenner tiene que servirle de padrino. Y poco tiempo después Jacky ya es uno de los mejores anfitriones que ha tenido jamás la sociedad de Graz y su foto aparece en la prensa del corazón junto a la de Carolina de Mónaco.

Y escucha lo que te digo: que digan lo que quieran, que si la cocaína, que si patatín, que si patatán, lo que a Jacky lo hace tan popular entre la gente bien de Graz no es sólo la cocaína. Al fin y al cabo todo se debe a esa manera tan campechana que tiene.

Sin embargo, no es lo mismo encontrar simpático a un tipo jovial y dicharachero que tener que compartir con él tu habitación durante semanas. Y Brenner ahora espera con ansias su alta del hospital. Le hace ilusión poder volver a dormir al fin solo. Y ¿ves?, por eso digo yo siempre que no hay que cantar victoria antes de tiempo.

Recogiendo sus cosas se encuentra con el papel en el que la camarera le ha anotado el número de teléfono de Viena. Todo el tiempo creyó que se trataba del número de la Jurassic. Pero ella le aseguró no haber llamado nunca al asador.

Entonces Brenner piensa: llamaré ahora mismo desde la habitación antes de marcharme. Porque siente curiosidad de saber de quién puede ser ese teléfono. Cuando ha marcado dos o tres cifras oye la señal de inexistente. Un segundo intento y de nuevo la misma señal.

–¿No está en casa? –le pregunta Jacky desde su cama entre sonrisas porque él tiene que quedarse unos días más.

–El número no es correcto.

–El número marcado no existe –rió Jacky.

Brenner sólo piensa que a Jacky se le han subido los humos por su éxito con la médico en jefe. A decir verdad, yo también puedo entenderlo. Si tú hoy en día asciendes de hijo de la señora de los lavabos a futuro cónyuge de la médica en jefe, eso primero tienes que digerirlo.

Pero Jacky ahora dale que te pego. Y ¿ves lo que digo?, ahora resulta que Brenner ha hecho bien en contarle todo con pelos y señales. Incluso lo del número de teléfono que la camarera le apuntó en el Löschenkohl.

–Déjame ver el número –dice Jacky, y coge él mismo el papel que está sobre la mesita de noche–. ¿Lo escribiste tú?

–No, la camarera.

–¿Horvath?

–Exacto.

–Pero no pone el prefijo de Viena.

–Pero pone que es de Viena.

–No, lo que pone es Wiener.

–Eso mismo, Wiener, o sea vienés.

Brenner ya lo ha recogido todo y se dispone a marcharse. Tampoco le merece tanto interés ese número. Pero Jacky insiste en jugar al detective. Busca algo en el cajón de su mesita de noche y luego saca la esquila arrugada de la patrona del Löschenkohl que le ha llevado su madre.

–Mira esto –dice Jacky.

Y mientras Brenner lee: «...sumidos en la pena comunicamos la muerte repentina de Angelina Löschenkohl (apellido de soltera, Wiener)», Jacky ya coge el auricular y marca el número escrito en el papel sin el prefijo de Viena.

–Han contestado –dice, y le pasa a Brenner el auricular.

Cuando un cuarto de hora más tarde Brenner abandona el hospital, la vendedora de zapatos ya está en el aparcamiento esperando al sol. Lleva unas gafas con cristales ahumados y una libra de pintalabios en los morros. Esta vez debe de ser él el destinatario de su sonrisa porque no hay nadie a sus espaldas.

Y qué quieres que te diga: el viejo Löschenkohl ha sufrido desde sus dieciséis años esa trágica disfunción. Y Brenner ahora en pleno aparcamiento sufre el problema contrario.

¡Vaya bochorno! Y eso a su edad. Pero él no puede remediarlo. A cada paso que da las piernas se le ponen como un flan, porque el resto, todo tieso que ni el mero triturador de huesos.

## Créditos

Título original: *Der Knochenmann*

Edición en formato digital: marzo de 2012

© 1997 Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg

© De la traducción, María Esperanza Romero, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-629-9

Conversión a formato digital: El poeta. Editores digitales, S. L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
Índice	3
EL TRITURADOR DE HUESOS	4
1	5
2	10
3	18
4	26
5	35
6	43
7	50
8	58
9	67
10	73
11	83
12	89
13	98
Créditos	105